



Toda la vida

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

Toda la vida

Conjunto de relatos del Taller de Autobiografía impartido
por la periodista y escritora Mili Rodríguez Villouta

Diagramación: Marta Suárez

BiblioGAM

Santiago de Chile

Noviembre de 2017

*Sencillamente, gracias a todos
por esta experiencia preciosa.*

Mili

Contenido

Presentación.....	3
1. Resignificar mi vida. <i>Mónica Bauerle</i>	5
2. Mi vida a toda velocidad. <i>Oretta Buratta</i>	19
3. Kutri y mis sueños. <i>Celia Carrasco</i>	31
4. Las flores mágicas existen. <i>Uberlinda Chávez</i>	50
5. Una gema es más que una piedra. <i>Gemma D'Ottone</i>	53
6. Autobiografía en tres momentos. <i>Claudio Espínola</i>	72
7. Hago lo que me agrada. <i>Ana María Herrera</i>	85
8. Trazas de vida. <i>Mauricio Perrin</i>	100
9. De pronto se va hilvanando la historia. <i>Viviana Schulz</i>	116
10. Caminante por el círculo de la vida. <i>Ana María Villarino</i>	122
11. Recuerdos con olor a canela. <i>Yolanda Zeitun</i>	136

Presentación

¿Qué es lo que mueve a una persona a escribir un relato autobiográfico? Tal vez el impulso de arrancar del olvido aquello que considera esencial; o la intención de dejar una parte de la propia historia como un legado familiar; o el deseo de valorar lo vivido; o, quizá, la búsqueda de un mayor conocimiento de sí mismo.

En BiblioGAM se reunió un grupo de entusiastas adultos mayores con la intención de ejercitar su pluma y dejar por escrito algunas experiencias de vida. En los encuentros con la profesora Mili Rodríguez se leyeron textos de diversos y reconocidos autores, así como los que iban surgiendo, semana a semana, del ejercicio escritural de cada uno de los participantes.

En la lectura y comentario de estas historias personales se fue construyendo un lazo de amistad y afecto. La reflexión acerca de la existencia así como la mirada en perspectiva de sus vidas permitieron organizar y poner en valor los recuerdos de los participantes, cuyos relatos autobiográficos, honestos y emotivos, ahora presentamos.

Ellos muestran alegrías, amores, sorpresas, dolores, esperanzas y anhelos, aspectos que constituyen el tejido de la existencia y que, probablemente el lector podrá reconocer como parte de su experiencia vital.

Agradecemos el compromiso de los adultos mayores integrantes del Taller de Autobiografía dirigido por la profesora Mili Rodríguez, y felicitamos los resultados de su trabajo.

BiblioGAM
Diciembre de 2017

1

Resignificar mi vida

Mónica Bauerle

Postulé al taller de Autobiografía de BiblioGAM teniendo un objetivo: “Sé que a través del taller podré contactarme con mi vida recordando y resignificando momentos que parecen olvidados o ¿bloqueados? Solo al reconstruir mi autobiografía podré saberlo”.

Pero en la participación en el taller, no solo escribí parte de mi autobiografía, sino también me encontré con un grupo de personas maravillosas con las que compartimos alegrías y dolores de nuestras vidas, y se dio un clima maravilloso de respeto y empatía. No reconstruí toda mi autobiografía, pero sí estoy segura de haber encontrado amigas maravillosas.

Soy Carmen Mónica Bauerle Madariaga, mujer de 64 años.

Nací en Parral un 7 de mayo de 1953 en el seno de una típica familia católica de clase media. Mi padre, Adolfo, un hombre que siempre he admirado por los valores inculcados y Carmen, mi madre, muy pechoña, trabajadora, y muy machista (siempre sus hijos varones fueron los preferidos) y para mí un ser muy distante.

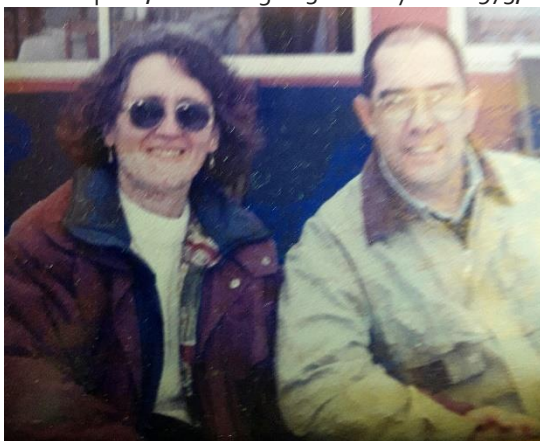
Somos seis hermanos: José (el regalón de mamá), yo, mi hermano Mauricio (muy relajado, le decíamos Pajarón, ya que todo olvidaba en cualquier parte, creo que tenía déficit atencional), Isabel, mi única hermana mujer, que cuando chica decía que cuando grande sería hombre, Alejandro, mi hermano Pascual, que nació un 25 de diciembre, y Eduardo, el menor, siempre consentido de papá y mamá, hasta el día de hoy sigue siéndolo, aunque papá y mamá no están.

Vivimos en Parral hasta después del terremoto del 21 de mayo de 1960, y nos trasladamos a Cauquenes, ya que mi papá se haría cargo de una bodega de venta de harina y subproductos del trigo que mi Tío Óscar, hermano rico de mi padre, abría en dicha ciudad.

Fui al colegio de monjas de la Inmaculada Concepción de Paulina von Mallinckrodt, "La heroína de esta obra de amor". Así rezaba el himno del colegio.

Luego, al Liceo de Niñas de Cauquenes, egresando el año 1969 para ingresar a la Universidad de Chile de Talca en el año 1970, para estudiar Pedagogía en Biología y Ciencias Naturales. Allí conocí al Mono Ricci, como le llamaban al futuro padre de mis hijos. Me casé un 25 de noviembre de 1972, con algunos meses de embarazo. Nunca les conté a mis padres que estaba embarazada, y cuando en mayo empecé con síntomas de parto, creían que el nacimiento de mi primer hijo se había adelantado.

Después, el domingo 13 de mayo de 1973, nació Marcelo, luego



viene la exoneración de mi marido de la universidad, y nos vamos a vivir a Cauquenes con mis padres. Un lunes 25 de abril de 1977 nace en Parral mi hija Francisca.

En el año 1980 nos venimos a vivir a Santiago, y un lunes 20 de julio de 1981 nace mi hijo Paulo.

Me separo en enero de 1991, muy duro momento de mi vida. Y en abril de 1998 conozco al amor de mi vida, mi viejo Omar, con quien estamos compartiendo un proyecto de vida hermoso.

Y aquí estoy, con 64 años, disfrutando de la vida, y lo más importante, haciéndome cargo de ella.

Patitas para que las quiero

Tendría unos 5 o 6 años, aún vivíamos en Parral en una casa cercana a la de mis abuelos. Me encantaba ir a verlos, era una casa quinta muy grande con tres puquitos o vertientes naturales, un largo parrón que comunicaba la puerta de entrada con la casa, que estaba al fondo, en el patio de esta quinta donde entre otros árboles, había una enorme higuera bajo la cual a veces comíamos, y en la que jugábamos a subirnos y sacar brevas o higos.

Luego de bajar algunos escalones, había que caminar desde la puerta de esta maravillosa casa quinta, atravesar el parrón, que tenía distintos tipos de uvas y hermosas y fragantes flores rosadas (creo que eran azucenas silvestres), y entonces se llegaba a los escalones para ingresar a la casa de mis abuelos.

Cruzar la mampara, llegar a la galería soleada que rodeaba toda la casa... Un imponente comedor, y hacia la derecha el dormitorio de ellos, con dos camas de fierro, un ropero de dos puertas cubiertas de grandes espejos, dos cómodas maravillosas con espejo y mármol, y cada cama con su velador. En el de mi abuela siempre un crucifijo, la Biblia, el rosario y muchos fetiches que la identificaban como una devota católica, y en el de mi abuelo siempre libros que él leía con mucho entusiasmo. Más tarde supe que era masón. Y para esa época, vivir con un masón era como vivir con el diablo, pero ellos se amaban y respetaban por sobre todo. Ambos tenían la libertad para practicar activamente sus creencias.

La cocina no estaba en la casa, sino en otra dependencia: había que atravesar un corredor para llegar a ella. Ese lugar era el reino de mi querida abuela Berta. Recuerdo una gran cocina a leña, muebles de cocina cubiertos de mármol, una pesada mesa en el centro.

En ese reino, mi abuela no solo cocinaba para la familia, sino también preparaba matrimonios, tortas, y todo lo que sus amigas le mandaban a hacer para poder afrontar el período de vacas flacas. Tenía un pinche de cocina que le ayudaba, debe haber sido de las primeras banqueteras o masterchef criollos.

En ese corredor que unía la casa con la cocina, y que la rodeaba por detrás, se podía encontrar la leña para la cocina y las estufas, sacos de carbón, sacos de papas, cebollas colgadas, cochayuyo... en fin, todo aquello que permitía abastecer la economía de la casa y el incipiente negocio de mi abuela.

También en ese corredor había un lechero, un tarro de unos 100 litros con una llave. Era leche que traían del campo y que a mi abuela le permitía ganarse unos pesitos extras.

Un día fui a verla, y estuvimos en la cocina, recuerdo aún el sabor de los merengues que me regaló. Me despedí de ella, y caminaba por el corredor cuando mi vista se fijó en una gota de leche que caía de este lechero. Preocupada de que no se perdiera, moví la llave hacia la derecha, y en lugar de cortar la gota, ¡comenzó a salir un chorro de leche! Me asusté, solo quería correr.

Me vio el pinche de cocina y comenzó a gritar. Salió mi abuela, cuchara en mano, corriendo hacia el lechero, y yo al verla, corrí "patitas para que las quiero".

Me asusté mucho, no quería volver a la casa tenía mucho miedo, me sentía culpable. Pero mi abuela, que era una mujer muy especial, en lugar de enojarse conmigo fue al otro día a casa para invitarme a comer otros pasteles, y explicarme que la llave del lechero era distinta a las llaves del agua, y que era mejor que no me metiera en lo que no debía.

No sé si ese susto influyó en que la leche no fuera de mis alimentos preferidos, pero sí aprendí que la llave del lechero no es como todas las llaves y a no meterme en lo que no debía... aunque no sé si lo he aprendido.

Reencuentro y recuerdos de una niñez

Miércoles 5 de julio, BiblioGAM, sala de reunión, comienza la segunda patita de nuestro Taller de Autobiografía.

Reencuentro con los compañeros de taller y con nuestra Mili. Este momento tiene un significado muy distinto al de la primera reunión del Taller I. De reunirnos un grupo de extraños con un interés común, el de

participar en el Taller de Autobiografía, al de un reencuentro con amigos con quienes hemos recorrido un camino común, redactar nuestra autobiografía.

En esta aventura hemos mostrado y desnudado nuestros recuerdos, nuestras vidas, nuestros dolores y alegrías, hemos ido tejiendo un hermoso entramado de amistad, escucha, y admiración en algunos momentos, en fin, una muestra de cómo el amor, el dolor, la vida, nos van uniendo y permitiendo conocernos, aceptarnos, y tal vez querernos, tal como uno es.

Llega el momento en que Mili asigna la tarea "Redactar momentos alegres de nuestra infancia" un ejercicio de 3 a 4 páginas. Mi primera reacción interna es quedar en blanco. Una vez más siento que no me acuerdo de nada. Poco a poco empiezo a trabajar los recuerdos, que al final, misteriosamente y en silencio, se parecen.

Para que no se me olviden los escribo como frases en notas de mi celular (benditas notas, como siempre me ayudan para el olvido).

Pasen a ver el circo

Una vez al año, esta propaganda se escuchaba por las calles de Cauquenes, casi siempre en primavera. Pasaba un camión o una camioneta con parlante, música y payasos. Los veíamos, y para nosotros era una fiesta. Al escucharlos, saltábamos, gritábamos de alegría, para nosotros era un gran acontecimiento. Había llegado el circo de las Águilas Humanas, el circo Frankfurt u otro.

Siempre nuestro padre compraba un palco para el día de la inauguración, éramos seis hermanos, y en ese palco cabía toda la familia, estábamos casi dentro de la pista. Para mí, era un día maravilloso, comenzaba con la salida del Señor Corales vestido como militar, casi siempre de color rojo, luego los payasos, que muchas veces le hacían bromas a los espectadores de los palcos, como lanzar un balde, que creíamos con agua, pero era chaya, y nos dejaba llenos de papeles. A veces había trapecistas, se me apretaba la guata pensando que se iban a caer, y el máximo era cuando salían los

animales, un caballo con una hermosa bailarina, monos, un tigre, un elefante.

Un hermoso espectáculo, inolvidable.

Paseos a la playa

Nuestro padre tenía una camioneta, una Chevrolet 61 larga, muy parecida a la del Padre Hurtado: en estricto rigor, más que de nuestro padre, la camioneta era de la bodega de mi tío Óscar, con ella se repartía harina, afrecho, y otros subproductos del trigo que se vendían en la Bodega Molino Baüerle que mi padre administraba.

En verano, algunos domingos, íbamos de paseo a Pelluhue o Curanipe.

El paseo comenzaba el día antes, preparación del cocaví para llevar, mamá con la “empleada doméstica” (en ese tiempo así se le llamaba a quien trabajaba en casa) y si estaba mi abuela, también participaba. Imperdibles los huevos duros (de hecho, hasta el día de hoy, para mí no es paseo si no van los huevos duros).

Domingo temprano nos levantábamos, en la parte de atrás de la camioneta, se colocaban los sillones de coligue de nuestro living, allí nos sentábamos y nos íbamos cantando y jugando. En ese tiempo no existían las sillas de autos y nadie se preocupaba de medidas de seguridad. Lo importante era no pararse, no saltar, no caerse.

Casi siempre íbamos a Curanipe, a la casa de don Armando Salas y la señora Emperatriz, una casa grande con corredores por todos los lados, un comedor con una hermosa vista de la playa, del mar, y del río. Allí nos juntábamos con la familia Del Río Salas, amigos de mis padres. Las mujeres conversaban y en la cocina dirigían la preparación del almuerzo, onces, comidas y vituperios, nuestras madres nos acompañaban a la playa, los hombres conversaban y compartían un vinito entre ellos.

En la playa, a jugar, hacer castillos de arena, enterrarse en la arena, bañarse en esas aguas heladas. No había bloqueador, nada para protegerse la piel. Nadie sabía del cáncer a la piel, ni de rayos UV. Más adelante cuando éramos lolas, un poco de Coca-Cola para el color.

Yo, como era muy blanca, y estaba todo el día al sol, me agarraba feroces insolaciones. Llegaba a casa roja como jaiba, con mucho calor (en realidad, fiebre). Me echaban clara de huevo batida, y durante la semana me despellejaba entera. Todo era parte del paseo.

Así es que a aguantar el dolor, el despelleje, y estar listos para el próximo paseo. Cada verano llevaba tantos cambios de piel como paseos e insolaciones.

En la piscina de trigo

En el verano se cosecha el trigo, con trillas a yegua o con máquinas trilladoras. Los productores venden sus sacos de trigo, y todos los días viene desde Parral el camión del Molino de mi tío Óscar, para llevarse los sacos comprados en la bodega.

Los pequeños productores llevaban a vender pocos sacos, al fondo de la bodega se hacía una especie de piscina, con sacos de trigo al rededor, y al medio se iba depositando el trigo a granel. El trigo era el agua de nuestra piscina.

Para nosotros era una piscina, después de almuerzo nos colocábamos traje de baño y nos tirábamos piqueros, nadábamos como podíamos, lo pasábamos bomba, invitábamos amigos y vecinos, ¡era una fiesta! Gracias a Dios, nunca nos picó una araña del trigo.

Luego de nuestro baño tan particular, subíamos a la casa llenos de trigo y de tierra, pero felices. A ducharnos y recibir las reprimendas de nuestra madre.

Mi abuela morada

Mi abuela Berta, una hermosa y elegante mujer, muy preocupada de su estética, cuidaba mucho su apariencia y sus canas. Al lavarse el pelo, se echaba un líquido azul morado para que el color blanco se mantuviese y las canas no se volvieran amarillas.

Un día estábamos en misa con mis amigas, y de repente empiezan a mirar para atrás, ¡y se reían de una señora que tenía el pelo azul morado!

Miro hacia atrás, y veo que esa señora es mi abuela, en lugar de defenderla me dio mucha plancha y me quedé calladita.

Mi abuela venía llegando de Parral, había ido aún matrimonio, fue a la peluquería y quien le lavó el pelo, en lugar de echarle unas gotas del azul le aplicó toda la botella. El pelo se lo enjuagaron muchas veces, pero nada pudieron hacer.

Melena pelo largo

Nuestro hermano Eduardo, el menor, quería dejarse crecer el pelo: corría el tiempo de los Beatles y los hombres jóvenes deseaban tener la famosa melena Beatles.

Cuando llegaba a casa la tía Chichi y el tío Hernán, jugábamos a las cartas hasta tarde, y nuestro hermano Lalo, que tendría unos cuatro o cinco años, nos molestaba porque quería jugar. No había caso cuando le decíamos que se fuera a dormir.

Él también soñaba con tener melena. Se nos ocurrió decirle que en la noche era cuando más crecía el pelo, que había que concentrarse, pensar en ello, así que había que acostarse y susurrar no muy fuerte melena pelo largo, y este crecería milagrosamente.

Lalito se acostaba, y a manera de rezo decía “melena pelo largo” hasta que se dormía, nosotros felices jugando. Al día siguiente le decíamos que le había crecido el pelo, él feliz y nosotros también.

Luego de algunos días ya no nos creyó, porque su pelo seguía igual.

Pica pica

Mi hermana Chabela era muy intrépida, ella podía hacerlo todo.

Una vez estábamos en el comedor y uno de mis hermanos le dice: “Tú no eres tan chora, no eres capaz de comer ese ají que está en ese plato, eres cobarde”.

Al principio no quería, pero le picamos la guía. Ella toma el ají y se lo come. Se pica entera, comienza a llorar, llega desde la cocina nuestra madre, ve a la Chabela llorando, la toma de la mano y la lleva corriendo a la ducha, para lavarle la boca. Al principio nos reíamos, luego nos

asustamos y terminamos llorando, castigados sin salir y con buenos coscachos.

Diálogos de niños

Mi hija Francisca, desde niña, fue muy preocupada de su estética, le importaba mucho estar bien peinada, tener bonitos vestidos, muchos pinches. Desde chiquita y mientras la vestía, conversábamos qué ropa se quería poner, cómo y con qué colets o pinches se peinaría, siempre enseñándole lo importante que es tener su propio gusto y combinar colores. De a poco fue haciéndolo solita.

Un día se vistió, y orgullosa me dijo:

—¿Mamita, me conviene o no me conviene? (queriendo decir: ¿me combina o no me combina?).

En mi barrio, en la década de los 80, todos los días recorría las calles y pasajes un carrito de Soprole que vendía yogur, leche y otros productos más de la marca. Nosotros éramos clientes frecuentes, así que el vendedor golpeaba la puerta de nuestra casa.

Francisca estaba en casa, acostada, enferma con amigdalitis.

—Francisca, ¿quieres yogur?

—Ya, mamá.

—¿De qué sabor?

—Del que tú quieras, pero que sea de frutilla.

En el jardín infantil “Los chiquilines”, Francisca estaba haciendo su pre básica.

Al parecer, en clase estaban conversando de la familia. Un día Francisca llegó muy triste, diciendo que no quería ir más.

—Hija, ¿qué pasó?

—La tía me dijo cosas de mi papá.

—¿Qué te dijo?

—Estábamos hablando de los nombre de los papás, y yo le dije “mi papá se llama Mono y le dicen Ángel”. Ella le cambió el nombre y me dijo que se llamaba “Ángel”, y que le decían “Mono”. Yo siempre lo he conocido como Mono, y a veces le dicen Ángel.

Ahí le explicamos que el nombre real era Ángel Juan, pero que siempre le habían dicho Mono.

Luego de mi separación, por motivos prácticos y económicos cambié de colegio a Paulo y lo matriculé en el colegio municipal Cardenal Antonio Samoré, lugar donde trabajaba. Así podría ir y venir conmigo. Paulo estaba en cuarto básico. El cambio de colegio lo conversamos y le hice hincapié en que era el colegio donde yo trabajaba, y que no tendría un trato especial por ser mi hijo.

Un día faltó su profesora. Como yo trabajaba en la UTP del colegio, se me pidió que fuera a reemplazarla, y yo fui con una guía de matemática. Comenzamos a resolverla, y los niños levantaban su mano para participar y salir a la pizarra. Como los niños sabían que yo era la mamá de Paulo, traté de no favorecerlo en su participación. Él quería pasar a la pizarra y siempre levantaba su mano.

Yo lo ignoraba, y siempre elegía a otro niño.

Cuando escucho a mi hijo con la mano levantada:

—Ya pu' mama, cuándo me vas a dejar pasar a la pizarra.

Andrés, era vecino de Omar, mi pareja. Llamaba la atención la admiración que su hijo Andresito sentía por su padre, andaba siempre a su lado y le ayudaba en todo lo que Andrés hacía. Si cortaba el pasto allí estaba, si salía a comprar le acompañaba.

Un día Andrés arreglaba el auto, con el capó arriba. Andresito arriba de un piso, absorto, miraba el motor y le preguntaba de todo.

—¿Papá, qué estás arreglando?

—Cambiando el filtro de aire

—¿Para qué sirve?

—Para que entre el aire y se produzca la combustión. Andresito, pásame un alicate.

Andresito busca el alicate y se lo pasa.

—Mira, Andresito tenemos que sacar esta tuerca para poder cambiar el filtro.

En eso se le cae la tuerca a Andrés.

—¿Cagamos, papá?

Desde 1980 que vivimos en la misma casa, está ubicada en un pasaje que tiene en total 14 viviendas. Mis hijos se criaron jugando junto a todos los niños del pasaje, ya que este era un patio común. Allí jugaban a la pelota, andaban en bici, las niñas jugaban a las muñecas, a los profesores y otros juegos. Había mucha vida de barrio. Los fines de semana, de 11 a 14 horas y en la tarde, era común que los niños estuvieran jugando y las madres siempre atentas a lo que pasaba con ellos.

Domingo de junio, se celebraba el “Día del padre”, primer día del padre desde nuestra separación. Mis niños esperaban ansiosos que llegara su papá para saludarlo y entregarle su regalo.

Margarita, nuestra vecina, es una niña de la misma edad de Francisca, que tiene Síndrome de Down, y jugaba con Francisca, Sara y Carola. Paulo con sus amigos, y Marcelo con los suyos.

Ángel llega como a las 12.30 horas. Estaciona su auto frente de la casa.

Margarita lo ve, y se va hacia él, y comienza a pegarle:

—Tú, papá de la Pancha —y le pegaba.

—Tú, papá de Marcelo.

—Tú, papá de Paulo —y seguía pegándole.

Víctor y Raquel, padres de Margarita, la ven y corren a separarla.

—Margarita, qué te pasa. Ángel es el papá de la Francisca.

—Tú, papá de la Francisca y le das besos a la tía Pachi. Yo te vi en su casa el otro día haciéndolo.

Todos se miran, ya que era Vox populi la relación de Ángel con mi vecina Pachi. La única que no se había dado cuenta era yo. Gracias a Margarita me informé.

Mi nieta

Constanza, mi nieta mayor, tenía cinco años, más o menos, venía llegando de vacaciones de la parcela de mi hermana. Con Omar estábamos conversando con ella, y ella nos dice: “En la parcela de mi abuela Chabela lo pasé muy bien, con la Cony jugábamos mucho, recolectamos frutillas y arándaros.

“Conita”, le responde Omar con mucho cariño, “no se dice arándaros se dice arándanos.

—Bah, yo digo como quiero.

Nos miramos y nos reímos. Desde ese momento, es una frase que utilizamos mucho y cada vez nos reímos

Aluvión

Mayo de 1993 iba a ser un hito en mi vida. El viernes 7 cumplía 40 años y me aprestaba a celebrarlo en grande con mis hijos y mis amigos. El lunes 3 amaneció súper nublado, temprano comenzó a llover, era una lluvia muy fuerte, no hacía frío. Antes de ir al trabajo fui a buscar el cheque de la pensión de alimentos de mis hijos, y en la corporación de La Florida retiré un préstamo de Bienestar, otro cheque, pero no alcancé a ir al banco a cambiarlos.

Al mediodía fui a casa. Paulo, mi hijo menor, tenía clases en la tarde. En el trayecto de la casa al colegio, la lluvia era cada vez más intensa. Llegamos al colegio de Paulo, él a su sala, yo a mi oficina. A la hora de almuerzo, Ximena, amiga y colega, nos cuenta que su mamá la llamó y le contó que estaba la escoba con la lluvia, que incluso había personas muertas. Pensé, “qué exagerada”. Ya en mi oficina, como a las 3 de la tarde, recibo una llamada telefónica de mi hijo Marcelo. Al llegar a casa se encontró con la líquida realidad: “Mamá, estamos inundados, está la escoba en el barrio”. Recién ahí puse más atención a lo que estaba pasando, prendimos la televisión y todos los canales hablaban y reportaban el aluvión de la quebrada de Macul.

Mi jefa y amiga Luisa, se ofrece a llevar a mi hijo Paulo a su casa. Yo decidí irme a casa en micro. Dejo el auto estacionado en el colegio, no me atrevía a manejar, había gran cantidad de agua y barro en las calles, y eso era en todo el trayecto de regreso a casa. Cuando iba a tomar la micro, pasé a comprar cigarros, no podían faltarme, era una gran fumadora.

Tomé la micro, iba casi llena, pagué el pasaje, yo de pie mirando, la calle José Pedro Alessandri era un verdadero río.

Me bajé en el Líbano. El cruce de las calles eran dos ríos que formaban verdaderas olas. Al descender, casi pierdo el equilibrio, el agua me llegaba más arriba de la rodilla. Aún me quedaban cuatro cuadras por caminar o nadar. En ese momento aparece una camioneta blanca, bendito conductor, súper solidario, a todos los peatones que estábamos allí nos ofrece llevarnos. No sé cómo me subí en la parte de atrás de la camioneta. Nos avanza dos cuadras, hasta Las Torres, parecía que íbamos en un bote, no se veía el pavimento de la calle, solo agua, que llegaba más arriba de las ruedas de la camioneta. En Las Torres con el Líbano, otro punto crítico.

Por Las Torres bajaba un torrente de lluvia y barro desde la quebrada de Macul. Como puedo, atravieso la calle, miro hacia mi barrio, El Líbano con Cuadro Verde. Era imposible llegar allí, se veía peligroso, el agua y el barro tendrían más de medio metro. Con mucho cuidado y miedo llegué a la Villa de Serbima, que estaba detrás de nuestra Villa. Ubiqué la casa que colindaba con mi pasaje y pedí permiso para pasar por el patio, saltar la pandereta y llegar al patio de la casa de mi vecina Erna.

Ni siquiera me acordé de mis dos operaciones a la columna, cómo me encaramé en la pandereta, cómo lo hice, aún para mí es un misterio, realmente la adrenalina del miedo y de la pena te hacen hacer cosas increíbles.

Mi pasaje y todas las casas estaban totalmente inundadas, el agua con barro llegaba más arriba de la rodilla. Llegué a mi casa, el agua y el barro había entrado a todo el primer piso, como mínimo 20 centímetros en toda la casa, el agua y el barro estaban hasta dentro de los closets, casi me desmayo, casi me morí. Mis vecinos de enfrente estaban peor que nosotros, sus casas están un poco más bajas que las nuestras, entonces la cantidad de barro y agua que tenían era superior. En años anteriores, con fuertes lluvias, a ellos les había entrado agua, incluso habían contratado seguros por daños de la naturaleza.

Mi hijo Marcelo había tratado de salvar la mayor cantidad de cosas, camas, ropa y otros. Los muebles de living sobre la mesa del comedor, colchones en el segundo piso. Había desenchufado todos los

artefactos eléctricos. Nos pusimos a trabajar, subimos todo lo que pudimos al dormitorio mío que estaba en el segundo piso. Trabajábamos sin pensar en el frío que hacía, estábamos con la ropa mojada y embarrada. Y no podíamos sacar el agua y el barro de la casa, ya que si lo hacíamos, inundábamos más las casas de nuestros vecinos de enfrente. En un momento me fui a fumar un cigarrillo, cuál sería mi sorpresa no encontré cigarros ni billetera, no sé si me los robaron o se me cayeron. Allí me derrumbé. Gracias a dios que no había ido al banco, podría anular los dos cheques, ya que ambos eran nominativos.

Como pude, con mucho cuidado con el agua y el barro, fui a un negocio cercano, le expliqué a mi casera que había perdido mi dinero, y le pido una cajetilla de cigarros, fiada. Primera vez que pedía fiado, pero el vicio era más fuerte. Llegué a casa me preparé un rico piso sour y fumé un rico cigarro. Luego seguí enfrentando la cruda realidad. Aún no podía dimensionar el costo de las pérdidas materiales: muebles de cocina, closets, artefactos eléctricos, piso de flexit; había que pintar, secar y desinfectar la casa. Pero también logré dimensionar el cariño y solidaridad de mis amigos, colegas, e incluso de personas desconocidas.

La celebración de los 40 años no se hizo ese fin de semana. Pero mayo de 1993 fue un hito no solo en mi vida, sino en la de muchos chilenos.

Mi vida a toda velocidad

Oretta Buratta

Desde que nací fui apurada. Me aburrí de la calidez de la guata de mi mamá y quise salir antes, así que nací a los siete meses en Roma, en un gélido diciembre del 1945. En teoría habría tenido que estar más tiempo en la incubadora del hospital, pero en esos tiempos no había mucha conciencia sobre la salud. Recién había terminado la segunda guerra mundial, las finanzas eran escasas, pocas comodidades, nada de calefacción en los departamentos, y el invierno que golpeaba fuerte. Mi padre trabajaba en el ferrocarril y lograba sacar un poco de madera para una estufa, teñida de rojo fuego de tanto que la llenaba, que teníamos en casa. Eran tiempos difíciles, no teníamos mucho, no había habitaciones para todos, así que vivíamos con la familia de una tía, y con dos de los nueve hermanos de mi papá. Los domingos los pasábamos en el campo de mis abuelos. Cultivaban la tierra, criaban cerdos, gallinas y conejos. Tenían árboles frutales, alcachofas, zapallo italiano y otras verduras. Mucho pasto en el que me revolcaba con los perros y los gatos de la familia. Especialmente con los gatos que todavía adoro, tanto es así que hace más diez años que vivo con el mío, Camilo, más parecido a un león que a un animal doméstico. Es mi regalón y yo lo amo. Volviendo a la casa de mis abuelos, recuerdo que había una chimenea, delante de la cual me ponía a leer hasta que se me quemaban las piernas. Leía una pequeña revista sobre las historias populares de mi ciudad, llamada



"Rugantino", como un héroe local. Sobre el fuego, en el invierno, siempre había una olla hirviendo, negra por fuera y cobre por dentro, donde se cocinaba el "minestrón", una sopa o una polenta de sabor ahumado. En cambio en el verano se comían kilos y kilos de sandía, melón y uva. Fueron los días más felices de mi infancia. La fiesta más importante era la llegada de la "Befana", el 6 de enero, que traía los regalos o el carbón, según cómo te habías portado. Sobre una mesita se le dejaba un pedazo de pan y un vaso de vino (que obviamente se tomaba mi papá) y a la mañana siguiente, al ver todos los regalos que traía, entre los que estaban también los de la empresa de ferrocarril donde trabajaba mi papá, retumbaban los gritos de alegría por toda la casa. El día 27 de cada mes, día de pago, íbamos en familia, como gran evento, a tomar un helado a la Plaza Exedra, muy exclusiva. Entre otras cosas nos gustaba mucho ir al cine, íbamos a ver todas las películas más famosas de vaqueros al Cine Tuscolo. Comíamos golosinas y semillas de calabaza saladas que vendía un señor con su uniforme típico, dentro de la misma sala, gritando "¡Me voy, apúrense, me voy!" Mi infancia fue feliz, con mucho amor, quizás demasiado, de seguro, malcriada. De ahí salió mi carácter. No me gusta que me digan qué hacer o que me critiquen. Lo tenía todo y siempre fue así, en la adolescencia y después. Nunca me faltaron pretendientes, siempre dos o tres al mismo tiempo. Yo los trataba como esclavos, siempre a mis órdenes. Era mandona y mal acostumbrada. Se tenía que hacer todo a mi pinta. ¿Enamorarme? Jamás. Lo que me gustaba era tener admiradores, que me quisieran, me obedecieran y no me molestaran mucho. Hasta ahí no más. Cuando empecé a trabajar pensé que había llegado el momento de ir a vivir por mi cuenta y arrendé un pequeño departamento en el centro histórico de Roma. En esos tiempos no era algo usual, especialmente para una mujer. Mi papá no me habló en mucho tiempo, porque no estaba de acuerdo, era hípér protector.

Mis abuelos eran campesinos, mi papá obrero, gente honesta y trabajadora sin mucha instrucción pero con ideales, valores sociales profundos y libertarios que me guiaron en mi infancia y juventud hacia una visión izquierdista de la sociedad y el mundo, sobre todo en

relación a la inminente guerra de Vietnam. La tiranía asesina de los Estados Unidos estaba aniquilando a ese país hermano, que ya venía de la dominación francesa. Ho Chi Min, el general Giap y los vietcong luchaban por su libertad desde los túneles en la tierra, con fusiles destartados y hasta con piedras contra los helicópteros, contra el napalm y las bombas químicas. Era casi imposible pensar que debajo de esos uniformes había seres humanos como uno, que había madres y familias también detrás de ellos, que sufrían y perdían hijos. La guerra iguala todo.

En una de nuestras reuniones se decidió ir a hacer una manifestación en París, donde se había organizado una marcha internacional de todos los países europeos en contra de la agresión a Vietnam. Partimos en un viaje de más de 15 horas, amontonados en tren como sardinas, con mochilas cargadas de panfletos, banderas, pan y mortadela, café, guitarras y las ganas de cambiar el mundo. Cantando las canciones de la revolución, gritando con todo el aliento que teníamos en el cuerpo, y la rabia también. Éramos una cantidad enorme, invadimos la ciudad. Con fuerza, pero también con alegría y confianza. Éramos muchos y el mundo tenía que escucharnos. Cuántas ilusiones y cuánta utopía. No les cuento el regreso... muertos de cansancio, sin voz, horas sin dormir. Pero lo logramos.

Cinco años después, esos mismos helicópteros volaban sobre Santiago de Chile destruyendo la Moneda, matando a miles de militantes y civiles, asesinando a nuestro gran Presidente Salvador Allende, el Chicho, matando la esperanza e instaurando una de las más feroces dictaduras de este siglo. Nunca lo olvidaré.

En el Teatro Argentina, lugar de lucha en Roma, recuerdo que hubo una representación en contra de la dictadura. Mientras sonaba una cueca, subieron espontáneamente al escenario varias mujeres que empezaron a bailar solas. Fue lo más triste que he visto. Lo que más me dolió hasta el día de hoy, es el recuerdo de tantas personas que desaparecieron. Pasar sobre las piedras, por la calle Londres, con los nombres de los que ya no están físicamente con nosotros y que no verán jamás el amanecer, me da un golpe al corazón. Sin embargo

vivirán en nuestro corazón y alma para siempre. Mi lema, mi ideología, es, y siempre será “ni perdón, ni olvido”, y nada de hotel cinco estrellas a los torturadores con mesa de ping pong, tele y piscina. Lamentablemente hoy el mundo sigue en guerra. En Medio Oriente, África, Palestina, hay un enorme flujo de refugiados políticos, niños huérfanos deambulando por donde puedan. Es tremenda la impotencia que se siente viendo en la tele tales masacres como si fuera una película de ciencia ficción y no una realidad. Ahora van a llegar 60 ciudadanos sirios a Chile, es un pequeño, pero significativo aporte.

Habría mucho más que escribir y los recuerdos se acumulan uno tras otro, pero yo por el momento quiero recordar las palabras de una canción contra la guerra, de Fabrizio De André, mi ídolo, gran cantautor y gran persona.

Aaa

En los años '70 se empezaba a hablar del feminismo. Yo participaba en todas las reuniones, las marchas, leía todos los libros sobre los movimientos mundiales de protesta y obviamente era de izquierda. En estos años las luchas eran por todo: por los derechos laborales de las mujeres, el derecho al aborto gratuito, al divorcio. Yo siempre en primera fila, levantando la bandera. No tenía mucho tiempo para el amor. Sentía en mi interior rebeldía y ganas de cambiar el mundo.

En 1973, después del golpe en Chile, llegó a Roma como exiliado, un joven de pelo largo, enormes bigotes, jeans pata de elefante y jaquetón verde militar. Me miró, me dijo: “Qué lindos ojos tienes”, estuvimos conversando hasta las tres de la mañana y cuando me llevó a mi casa, me besó.

Desde ese momento no nos dejamos nunca, nos veíamos todos los santos días, empezamos una relación muy buena, muy de piel, pero sobre todo de cabeza, de cultura, de gustos similares, de harto cine, conciertos, cenas en pequeños restaurantes del barrio, viajes por Europa e Italia, militancia política, sueños de un futuro juntos. Algunos años después nos casamos en el Municipio de Roma, en la plaza que había dibujado Miguel Ángel. Nos fuimos de luna de miel a Cadaqués,

pequeña ciudad encantadora de la Cataluña. El año siguiente llegó Andrés, nuestro único hijo. Tuvimos que llamarlo así y no Andrea, porque en Chile es nombre de mujer. Nadie sabía pronunciar su nombre y lo llamaban Andresse, a la romana.

Por cosas de la vida, nuestra relación se quebró después de siete años, y nos separamos, aunque todavía somos buenos amigos.

En 1988, para el plebiscito, yo quise venir a Chile, a trabajar por el comando del NO. Vine por dos meses haciendo de intérprete a los parlamentarios en visita. Era vital liberarse de estos asesinos y reconquistar la libertad a pesar de las vidas que se habían perdido y que nunca se podrían recuperar. Ese viaje, para mis ideas políticas, fue muy importante. Me sentí útil. Llevaba a este país en mi corazón y necesitaba hacer algo por quien yo consideraba fue mi único Presidente. Esta faceta política yo la reivindico como parte importante de mi vida. Soy dura con los fascistas, los cuicos, los reaccionarios, los explotadores, los ricos presumidos, los que no están "ni ahí".

Reconozco que albergo algo de confusión en mi mente por lo que concierne al significado del amor. Lo veo como respeto, estima, admiración, complicidad, cariño, y probablemente todas esas cosas juntas y cosquillas en los pies y mariposas en la guata. Siempre pensé que una relación entre dos personas se creaba con la unión de dos cabezas, como una unión intelectual y culta donde uno no tiene que enumerar todo el alfabeto, sino que solo pronunciando una letra, el otro ya habría entendido. Yo tuve una relación así y otras centenares donde no se necesitaba ninguna palabra, sino solo acción. No quiero hablar más sobre aquella que fue la historia entre el padre de mi hijo y yo, porque se necesitaría mucho más tiempo y tendremos otra ocasión. En cambio propongo hablar, de otros muchos amores que tengo, fundamentales en mi vida, como la lectura, la música, el cine, la naturaleza, la buena cocina, Y las conversaciones y paseos al aire libre por el centro del amor más grande de mi vida: mi ciudad, Roma, que al revés se lee Amor.

Por esas casualidades de la vida nací en Italia, pero soy primero romana y después italiana. No es fácil explicar qué significa ser

originaria de una ciudad que el 21 de abril pasado celebró sus 2.773 años de creación. Al caminar por las calles se respira el mismo aire que el de los antiguos romanos, el cielo es el mismo, se ve el mismo atardecer, el río Tíbur, llamado Rubio, fluye tranquilo debajo de los puentes de los cuales más de diez son de la época romana, como el ponte Fabricio, o Milvio, o Elio, y tú pisas las piedras de aquellos tiempos y te sientes orgulloso de ser primero Romano, y después Italiano. Caminando por el Foro te imaginas encontrar algún senador con su toga blanca y roja o al Imperador Adriano o Petronio Arbiter Elegantiorum, o Poppea, o Trimalcione, que te invitan a una cena presuntuosa sentados en el triclinio de su villa sobre el Monte Palatino, o quizás a un baño en las termas de Caracalla, o a un paseo en carro por la vía Apia. Amo a mi ciudad y la tengo en mi ADN, me siento protegida por la historia, por los palacios, las ruinas y el viento ponentino, por la cultura milenaria de estos lugares sagrados que no me defraudarán nunca. Puede parecer que estoy demasiado sumergida en el pasado, pero me da algo de temor tener que enfrentarme cada día a la realidad escuchando las noticias donde tenemos, lamentablemente, que ver tantas historias de mal amor, y llorar por todas las mujeres que son víctimas de asesinato de los mismos hombres que dicen amarlas y las matan. ¿De cuál amor estamos hablando? Seguramente de aquel que el asesino siente por él mismo. Y esta es una realidad común en todos los países del mundo donde las mujeres, los niños, los ancianos, están en la mira de la ignorancia y la violencia de alguien que declara su amor y tiene alma de monstruo.

Yo estoy en contra, y lo grito fuerte, exagerada, dramática, teatral. Parte característica de lo que soy, italiana. Desde que llegué a Chile, mi vida se puso un poco más calmada. A estas alturas de la vida, si hago una consideración sobre lo que fue, no me arrepiento de nada, menos de haber dejado mi país por este pedazo de tierra lejos de todo. ¿Soy feliz? Me da miedo decir que sí, pero tampoco puedo decir que no. ¿Fui feliz? Sí, mucho, y de esto doy gracias, no sé a quién, si a mí misma o alguien más arriba.

El momento en el que toman forma mis pensamientos es justo antes de quedarme dormida y a veces me toma mucho tiempo hasta que Morfeo me acompaña. Me vienen a la mente las situaciones vividas en el día y recuerdos del pasado, y pienso en cuando ya no estaré en esta tierra. No es propiamente pensar en la muerte, sino que en el legado que quedará de mí. Como muestra de ello estarán las pequeñas cosas que tengo en mi casa, una postal de Leningrado con la visión del Neva congelado, las fotos de los lugares de mi país y del mundo que visité, los muebles antiguos que descubrí en las ferias y que probablemente no le interesan a nadie, como un pequeño espejo que compré en la feria de Porta Portese en Roma y que, regateando, me llevé por poca plata, y que me traje en el container cuando vine a Chile. Un collar africano que aún uso, que me regaló mi amiga Adelaide, que a pesar de ser más de 25 años que no la veo, gracias a Facebook estoy en contacto con ella. Las fotos de mis papás paseando cuando eran novios, o las mías cuando tenía cinco años, vanidosa, con un abrigo de piel blanco que tuvo una historia trágica.

Mi mamá quería lavarlo y lo puso a secar afuera de la ventana, pero al mismo tiempo la vecina de arriba había quedado viuda, y tuvo que teñir sus vestidos de negro y también los puso a secar en la ventana, sobre la nuestra. Imagínense qué efecto logró su color negro estilando sobre mi abrigo blanco. No lo pude olvidar jamás hasta hoy. Pienso en todos mis libros, que aparte de algunos en castellano, son en su mayoría italianos, de la época de la contestación, clásicos, y que podrían formar una pequeña biblioteca. También los vinilos y CD de música jazz, folclórica, clásica, históricos, que quizás nadie más guarda. No hablemos de mi ropa, que seguramente terminará en el basurero, pero de ella me importa menos, a pesar que todavía tengo guardado el vestido con el cual me casé, ni sé por qué lo guardo, a pesar de que son más de treinta años que me separé. De una cosa estoy segura, y me da un poco de consuelo, es que mi colección de películas quedarán en mano de mi hijo. Los recuerdos se confunden entre el ahora y el ayer. Se mezclan con las actividades que tengo planeadas

para mañana, pero con la duda de saber si me despertaré, porque, como se dice, “uno nunca sabe”.

Tendría que practicar, como decían mi antepasados romanos el “carpe diem”, o como Lorenzo el Magnífico, que decía que “del mañana no hay seguridad”. Tengo la sensación de que mis pensamientos pueden parecer negativos, en cambio yo creo que los recuerdos son mi historia y me siguen como mi ángel de la guarda. Cada mañana es un desafío nuevo, es otro granito de arena en esta enorme playa que es la vida, que choca con el mar infinito y desconocido que es el cotidiano, el día a día, el mañana, el quizás. Lo que me tiene activa y beligerante es la posibilidad que tengo de compartir mis ideales, de combatir las injusticias, de ayudar a los menos afortunados, de regalar una sonrisa. Lo que pasa en este mundo y lo que vemos en las noticias parece tan lejos de nosotros y en cambio hay situaciones tremendas como la guerra y las destrucciones ante las cuales nos sentimos impotentes. Tenemos que tomar conciencia de nuestros prójimos, a pesar de que sean lejanos. Tenemos que hacer sentir nuestra voz. Si creemos en los derechos, tenemos que combatir para que hombres y mujeres los obtengan. La vida no es fácil de recordar, pero es una mochila sobre nuestros hombros y es un motor escondido en el subconsciente, que nos empuja incluso contra nosotros mismos. La vida es un don, y los recuerdos son el papel que lo envuelve.

Aunque sean 24 años desde que ya vivo en este país, hablo o mejor trato, de hablar en castellano correcto, aunque choque a menudo con los que se llaman “falsos amigos”.

El italiano y el castellano son muy similares, y tienen palabras que son casi iguales, pero significan todo lo contrario. La más famosa, seguramente, es la palabra burro, que para nosotros es mantequilla y aquí... ¡ya se sabe! Cuando me ofrecen un vaso de bebida, yo pienso que tendría que ponerle flores porque el vaso para mí, es para eso, para poner plantas o flores, en cambio la palabra en italiano es “bicchiere”, que no se pronuncia a la chilena, bicchiere sí, no bikkiere, ya que en Italia ¡no existe la ch!!

Cuando me dicen tomemos un “caldo”, yo pienso en el calor del verano... en vez que en una rica sopa reponedora de invierno. Si hablamos de la “posta”, para nosotros es el correo, y para ustedes es el hospital. Si me dicen “guarda”, esto para conservarlo, yo creo que me dicen que debo mirarlo porque “guarda” en italiano, es fijarse en algo con interés. Si hablamos de “pelo”... que para mí es aquel de las piernas o brazos, aquí estaríamos hablando de “capelli”, en la cabeza, Para mí, entonces, sería complicado tener el pelo suelto. Y mejor no hablemos de la palabra “cappelli” con doble “P” que significa sombrero.

La “toalla” se asemeja a la palabra “tovaglia”, que es el mantel de la mesa, y que en cambio aquí es un “asciugamano”, o sea secador de manos. Y cuando una situación me incomoda, y yo me siento “imbarazzata”, aquí estaría esperando guagua. La “camera” es una habitación, y aquí se usa para sacar fotos. Si alguna situación “sembra” extraña, parece que voy a plantar semillas. La confusión más grande se presenta cuando comemos y tratamos de aliñar una buena ensalada con aceite que suena a “aceto”, o sea vinagre, en italiano.

Si alguien tiene como hobby ir a pescar, trae consigo la caña y el anzuelo con gusanitos, que sería un “amo”, y aquí significa ser dueño de un perrito o un gato, o de las personas. De lo más simpático es cuando hablamos del “cura”, la solución de una enfermedad en Italia. Un “primo”, aquí es el hijo de un hermano de mis padres, en cambio para nosotros es el primero de la lista, o el que llega antes que los demás. “Pasto”, para mí, es el almuerzo, y para ustedes es lo que comen las vacas. El “bollo” para mí es una estampilla y no un pan dulce. Y si escribo una carta sería una “lettera”, y la carta, en cambio, sería el papel que envuelve los regalos. Decirle a alguien que es “seco” es decirle que es flaco, y no bueno en hacer su tarea. También la tos puede ser “secca”, o el aire, e incluso como expresión dura con alguien: “No se puedes más contigo”, esto es “secco”. Estoy diciendo un montón de cosas, a pesar de que “montone” es el macho de la oveja y un montón para mí, es un “mucchio”, siempre con la k, “mukchio” como pronunciación. No es muy fácil moverse en ese laberinto de palabras y hay veces que sin querer hago una mescolanza entre los idiomas, lo que

causa grandes risas. De repente parezco más una sueca que una italiana. Hoy le pedí a mi hijo que me pasara los zapallos en vez de los zapatos. Es decir, un desastre completo.

La orientación es otro de mis dramas. Yo no tengo ningún sentido de orientación y recientemente me pasó algo insólito. Tuve la ocasión de participar en un ciclo de cine "noir" norteamericano que organizó la Universidad de Valparaíso, ubicada cerca de la estación de metro Manuel Montt, bastante cerca de mi casa, solo a tres estaciones. Sin embargo el recorrido para llegar a la sede se convirtió en algo bastante tortuoso. El primer día fui con Rodolfo, mi ex marido, a las tres de la tarde. Salimos juntos después de haber visto una película que siempre fue una de mis favoritas, del director Billy Wilder interpretada por Bárbara Stanwyck, ícono de la moda de los años '40 y de la maldad hecha mujer. Fuerte la historia. Quizás porque en el cine me pongo de la parte de los asesinos y me identifico más con ellos que con las víctimas. Más encima era en blanco y negro y una fotografía espléndida, un verdadero placer. Nos dictó la conversación, interesantísima, el profesor Richard Peña, una persona encantadora, culta, simpática, de la cual me enamoré, obviamente, y como de costumbre de forma imposible e inalcanzable, platónica. "Estaba en mi salsa", como se dice aquí, adoro el cine y lo adoré a él.

El día siguiente fue una maratón de películas. "La Dama de Shanghai", de Orson Welles, con una Rita Hayworth o mejor dicho Margarita Cansino, rubia, hecho muy particular porque, según nos contó el profesor Peña, la actriz se estaba separando de Welles, entonces él, para ponerla en ridículo la quiso así. Con un intervalo para el café, a las 7, empezó el otro film, "Bésame, tonto", de Robert Aldrich, otro director mítico, histórico, grande. Su trama entre noir y casi de ciencia ficción, hablaba de la bomba atómica. Se filmaron dos finales, en uno los protagonistas se salvaban y en el otro no. Aquí eligieron la salvación. Claro, el final feliz. Bastante típico de los años '50 en Estados Unidos.

La explicación antes y después de la película duró mucho tiempo, así que todo terminó a las 22. Bueno, con pena en mi corazón por dejar

este lugar, y a mi Richard, y bajo la influencia de lo que vi, salí sola a tomar el metro. Afuera, oscuridad total, todas las tiendas cerradas, un frío polar, las luces en las casas apagadas, ningún auto pasando, cero personas. Me armé de coraje y empecé a caminar, pero inmediatamente me perdí. Seguí caminando por una calle, después otra y otra, no tenía idea de dónde estaba y para dónde iba. No había nadie, y al igual que la película, parecía un desierto después de un ataque nuclear. No sabía hacia dónde dirigirme, no había nadie a quien preguntar. Tratando de entender en qué parte del universo me encontraba, caminé y caminé. De repente, en una calle a lo lejos, vi las luces de la Clínica Indisa, donde habría podido pedir información, pero había una reja y no se podía pasar.

Seguí caminando con una incipiente sensación de desesperación y abandono de parte de mi ángel de la guarda. Me vino un déjá vú: la misma situación me pasó en 1973 en Estambul. Una noche fuimos a dar un paseo a la "Casba", lugar muy peligroso que los extranjeros no suelen frecuentar. Nosotros, jovencitos de veinte años, nos hicimos los fuertes y nos aventuramos en un laberinto de calles llenas turcos cubiertos de caftanes, con los que no se podía hablar y que nos miraban feo. A pesar del atrevimiento, el día siguiente por suerte estábamos vivos. El mismo miedo se estaba apoderando de mí, me estaba tratando de estúpida por no haber tomado un taxi, y me di cuenta de que caminando no iba a llegar en ningún lado. Influyó también la sensación de haber visto todas estas películas bastante negras y de estar en un barrio totalmente desconocido para mí, que, más encima, tengo un sentido de orientación nulo.

Miré a mi alrededor. No se veía nadie, hasta que finalmente llego a un semáforo, y al otro lado veo a un hombre. Espero que cruce y le pregunto cómo llegar al metro, él me dice que me acompaña, porque él también va para allá. Confié en él, ya que me dijo que trabajaba en la Clínica y era enfermero. Cruzamos de nuevo varias calles y llegamos, con gran sorpresa para mí, de vuelta de donde venía. A media cuadra del metro. Es decir, caminé en sentido contrario todo el tiempo, alejándome más y más de la dirección correcta. Claro que no iba a llegar

a ningún lado. Habría podido caminar hasta la Escuela Militar sin darme cuenta. La estación del metro me pareció el lugar más acogedor del mundo. Al igual que yo, había millones de personas que anhelaban llegar a su casa.

Esta soy yo. Espero haberme explicado bien y suficientemente claro a pesar de que tampoco tengo las ideas muy claras sobre quién soy, quién fui y quién seré. No sé quién dijo: "Importante es tener pocas ideas, pero confusas". Con cariño, Oretta

3

Kutri y mis sueños

Celia Carrasco Carrasco

Llego a este mundo en un soleado día domingo 9 de enero de 1949, en la ciudad de Melipilla, en el seno de una familia que me esperaba con mucho amor: mis padres y mi hermano. Mi dulce madre me relataba que en los primeros minutos de vida, mantuve los ojos muy abiertos, como queriendo observar todo a mi alrededor. Mi padre, al contemplar esta escena, muy feliz y orgulloso, me nombró su “Ingrid Bergman”, y mi madre, una hermosa mujer, sonreía contenta. Años más tarde, él me nombraría como su “Kutriaquita”.

Mis nombres fueron Celia, por mi abuela paterna, y Elena, por mi abuela materna. Tres años antes había nacido mi hermano Moisés.

Mis primeros años de vida fueron apacibles, y en la época escolar fui una buena alumna. Muy pequeña había tenido abusos de mi cuerpo y eso afectó mi desarrollo emocional. Era muy tímida y en la adolescencia sufría depresiones y bajones de ánimo. A los 16 y 17 años fue un tiempo muy gris para mí; hacía la cimarra y no tenía interés por nada. Mis padres estaban muy preocupados por mi comportamiento. Nunca tenía admiradores, pues yo huía de cualquier acercamiento más personal. Lo pasaba bien con mis compañeros más simpáticos y divertidos. Casi siempre los tenía a mí alrededor porque les soplaba en las pruebas o interrogaciones orales. Me eligieron la mejor compañera. Yo no entendía nada. No di la Prueba de Aptitud Académica pues estaba enferma y quedé con exámenes para marzo. En ese tiempo surgieron dos hermosas amistades, Yoyita y Esteban, hasta el día de hoy. Yo me dejaba querer por ellos, estudiando o paseando juntos.

Finalmente termina esa época en que yo sentí que no existía. Yo quería ser actriz y no tuve la fuerza, o no sé qué, para ir a dar los exámenes a las escuelas de teatro. Lo hice el año 1969 en la Casa de la Cultura de Ñuñoa, y años después con Fernando González.

Estudié un curso de Secretariado, un año, y al final del curso hicimos un viaje a México y Miami. Tenía 19 años. Me compré ropa bonita, y en ese hermoso lugar tuve mi primer enamorado. Mi vida se iluminó un poco.

Me fui a estudiar a la ciudad de Arica. En la fiesta mechona, conocí a Miguel. Fue un pololeo de playa. Ese año 1971, sufrí un grave accidente automovilístico en el que murió una de mis compañeras y yo quedé muy mal herida junto a mis otras compañeras. Tuve que regresar a Santiago por mi estado de salud.

Vienen los años tortuosos de la dictadura y lo más triste en mi vida, la muerte de mi padre en octubre de 1973, y lo más hermoso, nace mi sobrina mayor.

Ya en mi adultez de mujer mayor, pronta a cumplir 69 años, que estoy viviendo con mucha melancolía, me siento débil de salud por los microinfartos cerebrales que he tenido.

Soy muy querendona, afable; busco mucho la espiritualidad. Jesús es mi horizonte. Soy una resciliente de la vida.

Me gusta la cultura, el arte, la naturaleza, los bosques, los pájaros, las mariposas y las flores. Y los seres humanos respetuosos, creadores de vida buena para todos.

Soy bien solitaria y en algunas fiestas de fin de año o fiestas patrias, sufro un poco. ¿Estaré sola?

Soy esotérica y creo que el mundo puede ser mejor. Me han dicho que Chile será el paraíso de la humanidad.

Me cuesta tomar decisiones y creo en las personas cercanas, pero también he tenido muchas desilusiones.

Amo a "los locos bajitos", y a los vulnerables de esta vida, a los escritores, músicos, actores, y a los buenos de corazón. Soy generosa y me gustaría serlo más. En lo material anhelo una vivienda propia. Y ser más optimista. Echo mucho de menos a mis seres queridos que ya no están, sobre todo a mis amados padres y hermanos. El amor de pareja, solo puede ser un milagro.

El sueño del teatro

Mi infancia transcurrió principalmente en el campo, en la localidad de San José de Melipilla, en donde vivía mi abuela paterna, en cuya casa se desarrollaban diferentes actividades artísticas y religiosas en el mes de diciembre de cada año: la Novena del Niño, acompañados de guitarra y cánticos, interpretados por jóvenes y adultos; catequisis para niños y niñas de esos campos, actividades que finalizaban los días 24 de diciembre con la realización de la Primera Comunión de estos infantes. Posteriormente eran celebrados por sus padres y nuestras familias con una chocolatada y panes de huevo. También se realizaba una representación en vivo del Nacimiento del Niño Jesús, con la participación artística de primas y primos y amigos. Mi rol principal era el de ángel, y en otras ocasiones, de pastora. También bailábamos minué, ataviados con vestuarios y pelucas de épocas pasadas. Las encargadas de organizar estas hermosas fiestas eran mi abuela y mis tías.



En años posteriores, mi abuela tuvo el privilegio de recibir la visita del Cardenal Raúl Silva Henríquez, en la misión católica que se realizó en su casa. Luego del Concilio Vaticano Segundo, cuyo gestor fue el Papa Juan XXIII, se realizaron reformas que significaron un gran acercamiento de los sacerdotes hacia los creyentes católicos, llevando a cabo misiones en las comunidades, yendo a sus casas, a sus campos, conociendo directamente sus problemas e inquietudes.

Por razones laborales, mi padre fue trasladado a la ciudad de Santiago, lo que trajo consigo grandes cambios en nuestras vidas, teniendo que vivir esta vez, en la casa de los abuelos maternos, en la que abundaban los estímulos de lectura, idas al teatro y al cine, visitas a exposiciones artísticas. Así fue como paulatinamente nació en mí el

interés por la cultura y por el teatro en especial. Luego de asistir a la primera obra de teatro en mi vida, "La casa de Bernarda Alba", protagonizada por la actriz Carmen Bunster, comprendí la magia del teatro y comencé a soñar con representar personajes algún día. De joven, estudié teatro con Gustavo Meza y posteriormente dos semestres en la escuela de teatro de Fernando González.

Paralelamente, me interesé en la poesía, escribiendo en forma esporádica y realizando un taller literario con el profesor Sergio Muñoz en el año 1986. En el año 1995 participé un trimestre en un taller literario con la escritora Teresa Calderón.

Lágrimas y tristezas, lo inevitable de vivir

Desde pequeña, en el campo o en la ciudad escuchaba fútbol y radioteatros en la radio de mi casa. Como era la menor, me dedicaba a jugar, a maquillarme, a inventar fantasías con mis amigas, pero pasados los 12 años me gustaba escuchar a Brenda Lee y Elvis Presley.

Cuando yo tenía 18 años mi papá compró una victrola o tocadiscos y ahí aparecen para mi gusto Serrat, Rafael, Leonardo Fabio. Ya más grande, en dictadura, conocí a Silvio Rodríguez, Mercedes Sosa, y con nostalgia escuchaba a Illapu, Intillimani, Los Jaivas y también a la gran Violeta Parra, al maravilloso Víctor Jara, y también música clásica, boleros y tangos que les gustaban a mis padres.

De los libros leídos recuerdo: Corazón, literatura chilena, Cartas a Tomás, los libros de Isabel Allende, algunos libros de la literatura latinoamericana, Vargas Llosa y García Márquez.

Pero lo que paralizó mi vida y la entristeció por 17 años fue el golpe militar, y la muerte el 27 de octubre de 1973 de mi precioso padre. Él tenía 66 años, falleció en mis brazos en su dormitorio, de un ataque cardíaco.

El 11 de septiembre de 1973, yo estaba en cama con amigdalitis, mi papá me trajo desayuno y me contó que por la radio estaban diciendo que había un levantamiento militar. Por ello, mi papá decidió que mi hermano no fuera a trabajar, ya que trabajaba en el MOP, que estaba frente a La Moneda, donde en ese momento estaba el

presidente Salvador Allende. Mi mamá dormía, ya la diabetes la había dejado ciega. Desde ese día mi papá tenía miedo por mí, ya que participaba en la JAP, donde se entregaban números a las personas del barrio que querían recibir alimentos en los almacenes de Ñuñoa.

Fue un tiempo muy difícil pero igual mi papá me autorizó para visitar y colaborar con algunas compañeras del pedagógico, etc.

Esas semanas fueron terroríficas para miles de chilenos, había un ambiente tan dispar y extraño, aparecían militares en camiones y algunos los aplaudían y nosotros los partidarios de la Unidad Popular, llenos de pánico y orfandad. La patria estaba reclusa y encarcelada por los poderosos y los militares a su servicio, y realizando y mostrando lo peor de los seres humanos, fusilamientos, torturas, abusos y odio en algunos familiares de derecha que decían "Hay que matar a todos los comunistas".

Al inicio del año 1973 nació mi sobrina mayor, esa guagüita que llegó a mi hogar después de la muerte de mi papá fue mi gran consuelo y alegría, cerraron el Pedagógico donde yo estudiaba, muchos familiares no nos visitaron nunca más, y otros se fueron al exilio, mi madre hermosa rezaba, aterrorizada por los disparos, por los helicópteros en la noche, y ella quería que nosotros estuviéramos siempre en la casa, le daba terror que nos pasara algo.

Mi padre, ese hombre sensible, generoso, divertido y optimista dejó un vacío inmenso en mi hogar, yo añoro su presencia; fue mi gran protector, decía de mí: "A esta niña no la entiendo, pero la quiero mucho", y le rindo un homenaje, él era del partido radical, partidario del presidente Pedro Aguirre Cerda, quizás por eso yo decidí estudiar en la universidad y opté por Educación Parvularia.

Me fui a Arica a estudiar, ya que quedé en el noveno lugar de la lista de aceptados de la carrera a la que postulé. Mis padres me fueron a dejar, y ya estando establecida en Arica los echaba mucho de menos, pero tuve vacaciones de invierno en julio y volví a Santiago. Fueron tan cortas para mí, por ser una hija muy regalona. Luego me habitué nuevamente a la experiencia de estudiar en esa bella ciudad nortina, pero algo muy trágico pasó. Era un sábado del mes de agosto y

decidimos con amigas y compañeras que vivíamos en piezas o pensiones ir a almorzar a la playa “La Lisera”. Hicimos dedo a un jeep y nos subimos las seis estudiantes y yo fui la última. El chófer era un joven de rasgos asiáticos, él se veía muy contento y nosotras también, su jeep toma una curva, se para en dos ruedas el vehículo y después con las ruedas opuestas, y no recuerdo nada más.

Meses después me comentaron que el jeep dio tres vueltas. Quedó muy grave mi compañera y amiga María Edith y falleció dos días después en el hospital Juan Noé.

Sonia y yo quedamos hospitalizadas por varios días, mi padre me va a buscar a Arica, viajamos en avión, y en el aeropuerto me esperaba una ambulancia que me llevaría a mi casa para reposo absoluto y visitas médicas. Finalmente me trasladaron a la Universidad de Chile de Santiago, e ingresé a finales de octubre a clases, y uno de esos días la directora de la carrera, la señora Rebeca Stein me invita a su oficina en forma muy cordial, y me comunica el parecer de los profesores que sugerían tener más reposo, mayor atención psicológica, y no seguir estudiando por ese año. Lloré mucho por ello. Meses después cuando supe el fallecimiento de María Edith, mi llanto fue de dolor y profunda tristeza.

Para finalizar, las mayores tristezas y lágrimas que he vertido en mi vida son los fallecimientos: mi papá el 27 de octubre de 1973, mi madre el 16 de noviembre de 1990, mi único hermano el 18 de noviembre del 2005 y de todos los chilenos y sus familias que murieron injustamente y que son detenidos desaparecidos.

Allí yacieron mis muertos queridos entre mis sollozos, mi amor incondicional, mis recuerdos más bonitos y la añoranza eterna de ellos.

Juntos estaremos cuando la muerte me lleve en caballo blanco a los campos de flores bordados.

Amores de familia

Andrés, el nieto más regalón de la abuela Rosalía descansa en el antiguo salón, estudia medicina, profesión a la que aspira obtener con buenos resultados.

Revisa los estantes con libros que nadie ya lee, toma una carpeta donde encuentra poesías de su madre Rocío, una mujer con inquietudes musicales y literarias.

Andrés, su hijo, lee una poesía que llamó su atención por el título.

"MATERNIDAD AUSENTE"

Octubre 1946

Maternidad ausente

Ovario flor sin capullo

Mujer sin canción

Voz si arrullos, ¿lloras?

Manos huecas inertes

Bañadas por el eterno sol

¿Cuál es tu sol?

Manos llenas de ternura

Recogen pedazos de su propia voz."

Andrés se detiene un momento, encuentra extraño el poema de su madre, duda y se acuerda de la trágica muerte de la tía Jazmín y decide conversar con su anciana abuela Rosalía. Junto a ella deberá recorrer túneles mentales, corazones cautivos y verdades inesperadas. Andrés comienza a indagar con sus primos, especialmente con Ernesto, que en algunas fiestas bebe mucho y cuenta algunos secretos de la familia. Especialmente el suicidio y/o asesinato de tía Jazmín, amores entre los tíos, entonces vale la pena conversar con él.

Semanas después se encuentra con Ernesto en un almuerzo en Santiago, lo invita a su departamento comentándole que tiene un trago peruano con una receta ancestral. Ya han bebido lo suficiente y Andrés indaga sobre tía Rocío, pues no es claro para él el suicidio de la tía Jazmín.

Ernesto pide un café cargado, ya tiene una gran somnolencia, y Andrés está muy silencioso.

—Bueno —dice Ernesto bostezando—. Te relataré lo que he escuchado desde mi cuna. Mi abuela Fe, que es la abuela de mi madre, comentaba siempre entre las mujeres mayores de la familia, que al parecer el trágico fin de tía Jazmín nunca estuvo claro si fue suicidio o asesinato.

Andrés se siente preocupado y atento, ya que percibe que en un pueblo chico como es Victoria, más en los años 40, todo se sabe de inmediato.

Al parecer fue un periodo de duelos, con abogados e investigaciones policiales.

Andrés interrumpe y dice:

—Eso lo sé también, y creo que nunca se llegó a la verdad.

Ernesto piensa que tía Rocío fue determinante en esta tragedia; Andrés lo interrumpe molesto:

—¿Qué tiene que ver mi mamá?

—Tranquilo —lo calma Ernesto—. Fueron rumores o secretos familiares. Al parecer tía Jazmín (Q.E.P.D), quedó embarazada siendo soltera y el tío Rafael era su pololo; pero él amaba a otra mujer.

Ernesto piensa que su amante sería tía Rocío, pero es mejor callarse por ahora.

Los padres de esa época obligaban a la hija a casarse con quien la embarazó.

Ernesto observa a su primo muy cabizbajo.

—Al parecer tía Jazmín tenía lo que hoy se llama depresión postparto.

Entonces decide comunicarle la verdad a Andrés:

—El hijo que tuvieron tío Rafael y tía Jazmín eres tú.

Andrés lo interrumpe sorprendido y molesto por lo que dice de su padre, y piensa con dolor que ha tenido dos esposas, viudo de la tía Jazmín, y ahora esposo de tía Rocío, mi madre.

Hay un gran silencio entre los dos primos, Ernesto rompe ese silencio diciendo:

—Creo que debes saber toda la verdad del suicidio que tu madre, que es la tía Jazmín. Dicen que ese día ella lloraba mucho, no quiso

desayunar y su bebé también lloraba mucho. Tío Rafael, malhumorado, entra a su dormitorio y ve a tía Rosalía con una pistola en la mano, se acerca nervioso, quiere tomar el arma que ella tiene en su mano, forcejean y el arma se dispara, hiriendo de muerte a su esposa.

Con el relato de su primo Ernesto, Andrés esta petrificado, su corazón está latiendo fuerte, le cuesta pensar. Solo aparecen sus padres y rechaza esas imágenes, cree el estar en el peor momento de su vida y se pregunta ¿por qué me mintieron? Papá era el amante de la tía Rocío, quien es ahora mi madre; mi verdadera madre, tía Jazmín, se suicida por la traición de su esposo y hermana.

Ha pasado un mes, Andrés no ha visitado a sus padres, el celular siempre lo tiene apagado, su justificación es que está estudiando mucho y que necesita estar solo. Sus padres deciden visitarlo sin aviso, tienen llaves del departamento. Llegan y no encuentran a su hijo, lo esperan y deciden cocinar comidas que le gustan mucho a Andrés.

Por fin aparece con un rostro pálido y triste, ellos se sorprenden de su actitud y lo invitan a sentarse.

—¿Qué pasa hijo? —pregunta el padre—. ¿Estás enfermo?, tienes una cara demacrada.

Su madre dice:

—Por Dios, hijo, ¿qué pasa?

—Bueno, conversaré un rato con ustedes —les dice Andrés—. Leí un libro.

Su madre lo interrumpe y pregunta:

—¿Es sobre medicina?

—No mamá, se llama “Amores de familia” y ya conversaremos. Almorcemos, ¿les parece?

Juegos de infancia

Al recordar mi infancia, surgen recuerdos tiernos y de gran libertad. Lo digo por una situación anecdótica que viví con mi hermano mayor, que al recodarla me produce ternura y risa. Ya no recuerdo si tenía unos dos años, y Moisés un par de añitos más. Nuestra

madre nos pilló haciendo travesuras y nos castigó sin salir de la casa. Pero la puerta quedó semiabierta, y mi hermanito me toma de la mano y comenzamos a caminar hacia el patio, y mi mamá contaba que escuchó decir: —¡Vamos, Babita, de esta casa! Ella estaba en el patio colgando ropa. Seguimos caminando un trecho y aparece nuestra progenitora riéndose y nos abraza llevándonos de vuelta a nuestro hogar.

En los años '50, nuestros padres vivían en el campo, cercano a Melipilla.

Recuerdo con alegría nuestras caminatas subiendo cerros cubiertos de pasto. Hacíamos competencias, quién llegaba primero abajo, esta competencia era rodando cerro abajo. Para nosotros era muy divertido, nos reíamos mucho. Finalmente siempre ganaba Moisés. La casa del campo era genial. La chimenea estaba instalada en una muralla que se construyó para la sala de estar y el comedor. Estaba rodeada de potreros. Desde el ventanal se observaban vacas y terneros, caballos, gallinas, pollos, algunos pavos y otras aves.

También había una chacra con hortalizas y un canal de regadío y sauces a sus costados. Nosotros nos bañábamos y jugábamos a imitar a Tarzán y Jane. Muchas veces terminé llorando, cuando me resbalaba y caía al canal, ya que sus aguas no eran muy profundas.

De niña, en casa de mi abuelita paterna, todos los años participábamos todos los hijos de la abuela, sus esposas y sus retoños, o sea mis primos, en la celebración de la Navidad. En esa época de la Pascua, se realizaba un nacimiento en vivo del niño Jesús. Los primos, amigos de este sector rural, representábamos a pastores que traían regalos de frutas, ropita, animalitos como corderitos, gallinas y huevos, a veces flores, y se cantaban canciones de la novena del niño Dios, y villancicos acompañados de instrumentos musicales. Todo esto lo organizaba la tía Chela, hermana mayor de mi papá, y además ella nos preparaba para nuestra primera comunión. Mi abuelita Celia mantenía un ropero con prendas de primera comunión para las niñas y niños que no

tenían recursos. Se invitaba a todas las personas a las que les gustaban estas celebraciones y participaban en algunas ocasiones en la misa del gallo, cuando mi abuelita encontraba a un curita para esta cristiana celebración. Otros sacerdotes tenían compromisos en los fundos de los alrededores. Mi madre y las tías preparaban chocolate con leche y hacían panes de huevo para servirles a los asistentes.

Yo tenía cinco años cuando vivimos en la casa de los abuelos maternos en Ñuñoa. Allí tuvimos muchos amigos y amigas. Jugábamos en la calle, cerca de los potreros donde se construía el estadio nacional. Eran juegos muy inocentes, por ejemplo hacer tortas de barro, jugar al almacén, a las rondas, al luche, a saltar con cuerdas y a disfrazarnos.

En la escuela a la que asistía, también jugábamos mucho. Mi curso era mixto y allí jugábamos a las carreras, a la pelota quemada, al tombo, a las naciones.

También tuvimos con mi hermano moisés, caídas y porrazos con rodillas rotas y mi madre de enfermera permanente.

A los nueve años comencé a subir a una bicicleta y a andar en ella, yo pensaba no es un caballo, al que mi papá me subía a la montura y él caminaba a mi lado llevando una de las riendas. Ya más grande tuve mi propia yegua, Chirola. Pero fui tan feliz cuando por fin anduve en bicicleta con más seguridad.

Un día nos invitaron unas primas de mi papá a su hermosa casa en Melipilla. Estuvimos muy gratas todas las tías y primas, y en la sobremesa mi prima Ana María me invita al patio y ahí había una hermosa bicicleta de mujer. Le pedí permiso a mi madre para salir a la calle. A esa hora y en esa época, al parecer toda la ciudad descansaba. Salimos a la calle y estaba desierta y amplia. Me monté feliz en la bicicleta de mi prima y comencé a pedalear rápido, pero de repente me veo en el suelo. Hice un viraje que me hizo caer. Comencé a llorar, me dolía mucho la pierna y sobre todo el pie. Fuimos al hospital y el diagnóstico fue esguince. Estuve con reposo, pero tenía que dar una prueba y tuve que asistir al colegio.

Recuerdo que mi mamá contrató una victoria para que me llevara. Al parecer en 1958 no había taxis en esa ciudad. Mi mamá comentaba que yo estaba más acostumbrada.

Historias de amor

Hay poco que contar pues desde niña fui solitaria, tímida, y alrededor de los cinco años viví abusos sexuales con hombres ancianos conocidos de mi familia, muy de confianza para ellos. Esta experiencia, solo mi madre y su hermana la conocieron, ya que volví a orinarme en las noches. Pienso que esos episodios cambiaron mucho mi relación con los hombres; de chica estuve con niños y niñas en escuelas, eran todos traviesos y divertidos. La profesora me eligió como candidata a reina de mi curso, estaba en segundo primario y tenía siete años, aún tengo la foto.

En algún momento nos presentaron a todas las candidatas de la escuela, mi mamá me había disfrazado de gitana. Yo me sentía avergonzada de estar en ese gran escenario con tantos niños y profesores, y ahora yo siento una gran ternura por esa niñita delgadita y de grandes ojos y dientes de conejo.

Ya en la adolescencia, de los doce a los quince años seguía siendo tímida, recuerdo de haber ido a dos fiestas de mi curso, me sacaban a bailar y yo no quería, y no tenía ropa muy glamorosa para lucir. A los 14 años ya era más alta y me regalaron unos zapatitos con un pequeño tacón y mi vestuario fue cambiando con más colores y adecuados para mí, pero sonreía poco, ya que estaba usando frenillos.

Luego estuve dos años en las monjas Carmelitas en Melipilla, primera vez que estuve solamente con niñas de un nivel económico alto, la hija del doctor, la hija del dueño de la radio, la hija del dueño de líneas de buses, etcétera.

Las monjitas me querían mucho por dos razones: me había convertido en una matea, y por mi abuela Celia que siempre colaboraba con las monjas con mercadería, hortalizas para mantener otro colegio que sostenían a las monjas y a las niñas de escasos recursos. Después me fui al Liceo fiscal donde mis compañeros eran hombres y mujeres,

eran tan divertidos y desordenados, me caían súper bien, y me reía mucho. Seguía siendo matea, ayudaba a los más flojos y me eligieron la mejor compañera y a final de año la mejor alumna. Yo sentía que era lo único que sabía hacer hasta que mi mamá a los cuarenta años se enferma de diabetes. Por otro lado, para yo estuviera contenta, mis padres me compraban linda ropa, ya que ellos percibían que yo era una niña adolescente triste y tímida.

Mi primer amor fue un primo que tenía dieciocho años, y pololeaba, y yo era una niña de diez años. A mí eso no me importaba porque él era muy cariñoso y juguetón conmigo.

Cuando nos trasladamos a vivir a Santiago, yo iba muy temprano al colegio y algunos obreros me decían piropos y en la oscuridad me daba miedo, sobre todo en invierno. Mi mamá se dio cuenta de ello y trató de que me fuera a tomar la micro con otras personas.

En el liceo se empezaron a hacer malones, y yo siempre evitaba bailar, pero mis compañeros me sacaban igual a bailar twist y rock. Todos esos bailes me entusiasmaron en esa época, pero nunca tuve pololos, y la profesora jefe me sentaba siempre con los más inquietos y flojitos, para que los ayudara con las tareas. Mis compañeros eran creativos. Teníamos un diario mural, donde se ponían los pololeos del curso y un día yo aparecí ahí y decía "Celia... y Fierro amor misterioso". Yo me reía y me daba vergüenza. A pesar de todo lo agradable del colegio, tenía depresión, no quería ir a clases, a veces hice la cimarra, nunca supe cuál fue el origen.

Me enfermé del estómago, y dejé de ser la alumna matea y preocupada de los demás. Cuando volví al colegio después del reposo de mi operación de vesícula, mis compañeros y compañeras fueron muy amables. Yo estaba en sexto año con mención en Humanidades y solamente éramos quince alumnos. Igual sentí atracción por algunos compañeros, por su personalidad, su sentido del humor, su interés en la política.

Cuando terminé la educación secundaria, no pude dar la Prueba de Aptitud Académica. Había quedado con tres asignaturas para marzo. Frente a esta situación, mi papá me inscribió en una escuela de

secretariado en pleno centro de Santiago. En ese entonces, su situación económica era muy buena. Se había comprado un moderno auto, manejado por un chofer, porque él no sabía conducir; un hermoso chalet con chimenea y además, una parcela grande de dieciséis hectáreas. Para que lo acompañara a andar a caballo y a correr las vacas y sus terneros, me regaló una yegüita.

Al final del curso en la academia de secretariado, había un viaje a México y Estados Unidos, y el destino final era Miami. En el lobby de esos hoteles estupendos que había en ese balneario gringo, conocí a Enrique, hijo de españoles. Para salir conmigo a dar una vuelta tuvo que pedirles permiso a los hermanos Covacevic. Me di cuenta de que muchos jóvenes norteamericanos, estaban luchando en Vietnam y Enrique se estaba salvando de ir, no sé por qué razón. Su única obsesión conmigo era que fuéramos a un motel, pero nunca pasó nada, no confiaba en él.

De vuelta a Chile, mi vida fue más fácil. En Miami me compré lindos vestidos; aprendí a maquillarme y estaba más atractiva. Cuidaba mi peso y así llegaron los 30 años a mi vida, siendo aún virgen. Mis amigas me molestaban mucho y me buscaban pololos para finalizar esta situación tan curiosa. Tuve otros pretendientes con los que no llegamos a nada. Finalmente, fui a un casamiento al campo, y ya tenía 33 años y conocí a un primo del novio. Con él terminó la situación virginal de mi vida, lo que para mí fue una fomedad absoluta. Lo vivido después en las artes amatorias o eróticas, fue lo que los jóvenes dicen ahora "*touch and go*".

Pasó un largo tiempo y conozco a Manuel, quien a sus 42 años tenía problemas de dislexia y de comprensión lectora. Él era muy simpático y cariñoso. Nos hicimos amigos y realicé algunas clases para él como psicopedagoga, y un día sábado me dice que no le haga más clases, que prefiere salir conmigo, y desde ese día hasta casi tres años más, fue mi pareja permanente. Los problemas empezaron por situaciones que no me gustaron, sus mentiras, pedirme plata y no devolverla, y pedirle a amigas mías préstamos, etcétera. Finalmente,

terminamos una relación que al inicio tuvo belleza, amor, erotismo, y momentos muy gratos.

Y mi último amor fue Eduardo. Lo conocí en Melipilla y yo, pronta a cumplir 50 años. Era un hombre muy romántico, me escribía cartas de amor, pero era casado, con hijas grandes y esposa. Esa palabra pesaba fuertemente en mi conciencia y corazón. Reflexionaba y me decía que a mí no me gustaría que mi esposo me engañara, y con el dolor de mi corazón, dimos por terminada esta relación. Finalmente, lo recuerdo con mucho cariño. Me enteré por familiares, que había quedado viudo. Él de pequeño, había quedado huérfano de su madre. Siempre quiso a sus profesoras, las visitaba hasta ancianitas. Él amaba a las mujeres, y por lo tanto, ya no estaría solo.

Domingo y lunes, una historia para fines de semana

Conocí a Domingo un día sábado por la noche. Era una cena para recolectar dinero para el Grupo Folklórico de San Esteban. Me invitó a bailar cueca, cumbia, tango y corridos. En esos años, este señor estaba a cargo de un fundo. Me contó que era feliz administrando ese sector agrícola. Más tarde, luego de tomar unos cafés y fumar unos cigarrillos, comenzó a ponerse seductor, y me pregunta:

—¿Qué baile le gusta más? ¡La vi bailar muy bien cueca! Disculpe, ¿cuál es su nombre?

Yo le respondí con un nombre inventado:

—Me llamo Luna.

—¡Qué bonito nombre! —replicó—. Usted ya sabe que mi nombre es Domingo. Yo le quise responder: “¡En realidad, mi nombre es lunes!”, pero me arrepentí. Parecía ser un hombre agradable.

Yo no quería o no me sentía preparada para vivir una aventura, pero estaba tan apegada a las nubes románticas de mis lecturas de Corín Tellado, que me dije a mí misma: ¡Mujer, déjate querer! Y esboqué una sonrisa enigmática de Mona Lisa y con una voz más insinuante, le pedí que me llevara a casa.

—Mi auto se lo pasé a mi ex pareja —agregué.

—¡Claro, mi dama! Venga, suba a mi citroneta, ¡este vehículo me salió muy fiel!

Le respondí que también me gustaban esos vehículos, porque eran todo terreno. Nos fuimos cantando “Reloj, no marques las horas” y tangos, y en el único semáforo del villorrio me tomó la mano, me quedé helada, y se me vino toda la Iglesia encima. Me acordé que éramos conocidos, que le había dicho a mi madre y a mi hijo, que llegaría temprano esa noche, y que veríamos “Sábados Gigantes Noche”.

Vuelvo a la realidad, y Domingo me dice:

—¿No quiere estar un rato más conmigo? Podríamos mirar el cielo, ya que estoy con la Luna.

Y me besa la mano. Siento que depende de mí seguir en esta tentación erótica, y me acuerdo que ando con una enagua negra que no me queda bien y las medias con puntos idos. Le pregunté:

—Domingo, ¿usted está solito?

Y en realidad, quise preguntarle si tenía pareja. Antes de que me respondiera, me arrepentí de la pregunta. Estoy siendo muy interesada en su vida amorosa, me censuré. Me cuesta esta dualidad. Quiero y no quiero vivir esta experiencia amorosa. Me asusta, pero bueno, debo tomar las lides románticas con más humor, ser más plena, ya que las lunas llenas traen cambios a la naturaleza y a todos los seres vivientes. Como mujer sirena que soy, yo debo atravesar los mares del amor, las tempestades, las rocas frías y las hermosas plantas acuáticas.

Le digo:

—Domingo, me encantaría, pero me comprometí con mi familia.

Y él responde:

—Bueno, Lunita, la comprendo. Yo también soy padre y viudo, pero mis hijos son grandes. ¡Pero mi dama, la puedo invitar a un paseo a Cartagena que haremos con el grupo Folclórico de San Esteban!

Le respondí que sí, que sería muy grato compartir con él y con el grupo folklórico.

¡Y colorín colorado, este relato por ahora, se ha terminado!

El trigal

(Última obra de arte de Vincent Van Gogh)

Quiero estar en ese Trigal y ser amiga de Van Gogh. Me sentaría cerca de él.

Y me haría invisible, para no interrumpir su creación.

A veces le llevaría, pan, charqui y vino.

No le hablaré, solo quiero estar en el Trigal y mirar su danza con los cuervos y toda la naturaleza.

Sentía una paz inmensa, amaba ese silencio, el crepitar de las aves y de ese mar de trigales encendidos.

Me acostaba de espalda mirando ese cielo preñado de nubes blancas y grises.

Dormía y soñaba que era un pájaro volador, con alas extendidas y me posaba en los surcos de la tierra. Bebía agua de los charcos de los regadíos.

Qué bien me sentía al observar a Van Gogh, con sus pinceles en esa loca pintura, plena y bella.

Y así viví varios días en esa Catedral de belleza y vida. Quería ser parte de esa naturaleza para siempre; Van Gogh no me veía, y antes de caer la tarde yo volvía a mi vivienda, a preparar la cena de mis rústicos hermanos. Iba plena de una alegría que me hacía tararear canciones y bailar, bailar como los trigales.

Un día me crucé con Van Gogh, en la calle polvorienta de mi caserío. Me miró y dijo: "El vino estaba bueno". Sonreí, y una mariposa voló por mi cabeza. Voló al pasto o a la tierra, no sobre calles de adoquines.

Kutri, la extraña

Mi extraño y gran interés por la actuación y el teatro se han ido de mi vida, pensaba yo, ahora en marzo del presente año.

[Estudí un corto tiempo con Gustavo Mesa, en la Casa de la Cultura de Ñuñoa en 1969, y posteriormente con Fernando González, gran maestro para mi formación teatral. Esto se manifestó en mí en los talleres de teatro que realicé con educadoras y técnicos en párvulos que

asistían la última semana de enero antes de salir de vacaciones. Las participantes eran muy creativas, y la metodología de trabajo era simple, ya que permitía a cada una de las participantes jugar y exponer su habilidades artísticas, el canto y el baile, y en otras la decoración, el vestuario y el maquillaje.

Fue una experiencia muy entretenida y bella. Hoy ya jubilada, aún mi corazón late por la actuación, admiro el trabajo de los actores y actrices, los guionistas y el director de la gran obra teatral.

En este tiempo, donde permanezco más en mi hogar, he visto actuaciones en series y películas, y admiro la versatilidad de los actores en los diferentes roles que interpretan. Son películas que van desde la creación de la vida humana hasta la película Avatar, que me encantó y afectó en la reflexión posterior.

Como nuestro planeta tierra está amenazado y podría desaparecer por una humanidad devastadora, los humanos buscarán en otros planetas una nueva vida, y se apropiarán de ese planeta y lo invadirán, imponiendo sus objetivos apocalípticos y esto es una historia sin fin.

Bueno, dejando por ahora estas reflexiones, vuelvo a mi realidad actual y sé que continúo sintiendo atracción por el teatro, y esto lo redescubrí en clases de yoga; ya que mi profesora me cuenta que su ex pololo está trabajando como extra, yo le pregunto si podría participar; ella muy gentil me da el WhatsApp de una de estas empresas de publicidad. Yo coloqué una fotografía actual, junto a mi disposición a trabajar con ellos.

Debajo de mi fotografía, la más sonriente, coloqué una edad donde me quité diez años y la envié al WhatsApp. Hasta ahora nada ha sucedido, aún tengo una mínima esperanza de que me llamen.

Soñar no cuesta nada

Belleza son mis abuelitas, de su presencia brotaba armonía, paz y alegría, a pesar de los tiempos revueltos que vivíamos.

Belleza es una mariposa nocturna que entra por la ventana, y ver el milagro del amor, después de mis batallas de soledad.

Belleza soy yo, cuando mi alma está en paz y mi conciencia sembrada de amor incondicional. Cerrando los ojos por hoy día.

Belleza es mi hermosa madrecita, que esperaba mi llegada con tanta dulzura y me miraba con los ojos inmensos de su alma atribulada.

Belleza es un parque lleno de flores y personas, compartiendo una grata tarde de sol y compañía.

Belleza es el universo con tanta luz y oscuridad, donde resplandecen otros seres plenos de danzas y cantos que solo escucharemos en noches muy estrelladas, mirando con ojos de niños amados por seres queridos que iluminaron sus corazones.

Belleza es caminar por barrios antiguos, con casas que han tenido tantas vidas en su cobijo. Tanta alegría, tanta pena, tanta vida y ahora tanto silencio y polvo. Que descansen en paz.

Belleza es el arco iris de mis lágrimas, y mi padre me consuela y salimos a pasear. Ya grande siento que mi padre era mi sol.

Belleza es ir dejando el dolor en aguas cristalinas y emprender nuevos rumbos por lugares inciertos. Equivocarme y retomar la huella una vez más. Hay angustia en mi corazón, y pregunto en un susurro si podemos sembrar en mi alma a mi amiga esperanza.

4

Las flores mágicas existen

Uberlinda Chávez

Abducción

Habitualmente tengo muchas dudas en mi diario vivir. Por ejemplo, ¿le puse llave a la puerta? ¿Apagué el gas de la olla? El olor a comida quemada me dice que no. Resuelto.

Pero hoy, realmente, tengo una gran duda que no puedo resolver. Se me ocurre que he sido abducida por un ovni, por una nave espacial del tiempo o de la vida, no lo sé.

Sin embargo, pienso que en algún momento me han traído de vuelta, dejándome en la cama. Al despertar y levantarme con cierta dificultad he llegado al espejo, y éste me devuelve a una señora vieja, arrugada y cansada.

¡No es justo! ¡No lo entiendo! Esto puede ser solamente una abducción, porque anoche cuando me acosté ¡yo era joven!



Marielita. Año 1975

Todos los días, y por lo general cuando Mariela mi hija menor debía asistir a clases en la Normal N° 1 de Niñas, tenemos conversaciones, nos reímos, intercambiamos ideas y proyectos. Contamos con ese tiempo especialmente en la mañana, cuando peino los lindos y enortijados cabellos de mi hija con mucho amor y cuidado en dos

bonitas trenzas ordenando así su pelo para que vaya muy bien presentada y correcta al colegio.

Mariela tiene cinco años y muchas dudas que resolver a su corta edad como esta esta pregunta que me sorprende:

—Mami, ¿yo me puedo convertir en hombre?

Asombrada, atino a contestar:

—Marielita, tú naciste mujer ¡y eres tan linda!

—¡Sí, sé!

—Piensa que como niña puedes usar vestidos preciosos, joyas hermosas y, como tanto te gusta, puedes usar también tacones altos, pintarte los labios y, en fin, maquillarte y lo más importante, puedes tener hijos y ser una muy buena mamá.

—Todo eso lo sé mami, pero tú no me has entendido. ¡Yo solo quiero ser hombre para poder hacer pichí parada!

Regalos

Día 3 de noviembre de 1956, nace Maritza, primera hija de Héctor, quien ese mismo día estaba de cumpleaños.

Su felicidad era inmensa, pletórica de esperanza y alegría. Repetía: “Soy el hombre más afortunado del mundo, el día de mi cumpleaños recibo este maravilloso regalo, el más lindo regalo que he recibido en mi vida.”

Así la niña creció y estudió mientras nacieron dos hermanos más: Héctor y Mariela.

Mariela fue profesora de danza infantil y parvularia. Ya casada le llegan tres hijos: Daniela, Constanza y José Manuel.

Maritza dejó este mundo a los cuarenta y tres años, también a veces los regalos se terminan. Pero ella vive en sus hijos y en esa cajita de Pandora que es Mateo, hijo de Constanza.

Él me trajo un día una florcita de regalo. Tenía cinco años y dijo:

—Mira, esta flor no es como las otras. Esta es mágica.

—Ya. ¿Y cómo sabes que es así?

—Tú la tomas, la miras y pides algo que desees. Luego la soplas.

—¿Fuerte o suave?

—Regular, porque así actúa la magia. Si queda una parte de la flor, tus deseos se cumplen casi todos, pero si se deshace, no se cumplen.

—¿A ti te da resultado

—¡Siempre, siempre!

Hoy Mateo tiene siete años. Le he preguntado si se acuerda de la flor mágica que me regaló.

—¡Sí, sí! Sigue siendo así. Yo todavía le pido cosas.

—¿Y a Dios le pides también?

—Le pido salud para mi mamá, y trabajo... pero es distinto. ¡La magia es otra cosa!

5

Una gema es más que una piedra

Gemma D'Ottone Morales

Prólogo

¿Qué motiva a una persona a escribir una autobiografía? ¿Qué me hace participar en un taller cuando desde antemano sé que se va a publicar lo que escriba? La respuesta no es fácil. ¿Tendré un ego muy desarrollado? ¿Querré a través de unas líneas expresar mi visión de la vida después de tantos años de existencia?

Hace unos años mi tía Ruby, única hermana de mi padre, me dictó sus manuscritos dedicados a una nieta. Fueron dos años en que la iba a buscar a su casa. Nos sentábamos en el escritorio y ella me dictaba. A veces le costaba entender su propia letra y nos reíamos. Cada episodio de sus andanzas por el mundo, de sus amores muy atrevidos para la época, de las relaciones con mi familia, en fin, lo comentábamos y disfrutábamos. Yo escuchaba atentamente sus opiniones y justificaciones si era necesario. La llegué a conocer profundamente y



se creó un lazo muy intenso. Así mismo, ella me reconoció a mí. Es difícil adentrarse en la vida de las personas tan profundamente.

Mi tía publicó un pequeño libro, al que también le agregamos fotos, y lo distribuyó entre la parentela y amistades. No todos quedaron contentos, al

igual que les pasa a los escritores famosos al hablar de la familia. Aunque no habló bien de mi padre, a mí no me importó, era su verdad.

Al poco tiempo el Alzheimer la alejó de este mundo y entró en otra dimensión. Estoy segura de que fue una sincronía el haberle ofrecido llevar al computador sus memorias. Hoy ya no está, pero esta breve explicación, el dejar plasmadas vivencias para que algún día mis nietos me conozcan mejor, es la respuesta, la razón de escribir algunos episodios de mi vida.

Junio 2017

El lunes fui al taller de Poesía Popular en el GAM, el martes al curso de Filosofía en el Arte analizando a Woody Allen y la ética del humor, ayer en la mañana a la caminata semanal con dos amigas y en la tarde fui a leer cuentos a los niños del Hospital Calvo Mackenna, mañana a un taller de Narración Oral, el próximo lunes al hospital nuevamente, a realizar artesanía con los niños internados. Me llenan el alma todas estas actividades. Las visitas al hospital me gratifican inmensamente, recibo mucho más de lo que entrego. La sonrisa de un pequeño me ilumina el resto de la tarde.

Cito a Eduardo Galeano:

Mucha gente pequeña en lugares pequeños haciendo cosas pequeñas puede cambiar el mundo

Relatar algunos de mis recuerdos me hace sentir muy afortunada en esta vida (porque creo en la reencarnación). Alguien me hizo un comentario hace poco: "Corín Tellado", guau, no sé si sea así, la vida tiene de dulce y agrad, quizás la mirada positiva, aprender de los fracasos, ver el vaso medio lleno, me hace mirar el pasado con melancolía, pero le doy gracias a la vida y a Dios por esta pasada en la tierra. Nuevamente Galeano:

Si me caí es porque estaba caminando y caminar vale la pena, aunque te caigas

Nací hace 67 años, siendo la mayor de cuatro hermanas. Fui muy esperada ya que anteriormente nació un varón que falleció dos días después de nacer. Me bautizaron como Gemma, ya que mi madre se encomendó a Santa Gemma Galgani para que naciera sana.

Mi padre

Tuve una infancia feliz. Mi papá fue muy cercano, lo admiré siempre. Como primogénita y sin hermanos hombres, me regaló auto a pedales, tren eléctrico y pista de autos de carrera. Y eso fue determinante para mi participación en deportes. Donde estuviéramos hacíamos carreras para que yo entrenara, hasta que lo vio un amigo médico y le sugirió que no lo hiciera más, ya que a su edad, alrededor de los 40, era peligroso para el corazón. Con mi mamá me acompañaban siempre a los campeonatos de atletismo. Para el Mundial del 62 fuimos ambos a un club, a ver los partidos de Chile por televisión, ya que no era común tener un aparato televisivo en los hogares. Esos hechos fueron muy importantes y marcaron mi afición por los torneos atléticos y el fútbol.

Gran persona en todo sentido, él fue fundamental en mi formación. Muy culto, nos motivó a todas las hermanas a investigar más allá de lo que el colegio nos exigía. Gran lector, su colección de libros nos permitió indagar siempre sin tener que recurrir a bibliotecas. Así mismo su ideario político influyó en mi visión sobre las desigualdades sociales de mi querido país, en las ideas y en acciones concretas.

Recuerdo con especial cariño los paseos familiares dominicales para conocer Santiago. Mi madre cocía castañas y las devorábamos calentitas en los paseos. “Navegábamos” en la laguna de la Quinta Normal, y después disfrutar con todos esos charlatanes rodeados de mucha gente, impactados ante la locuacidad y convicción para transmitir sus ideas y vender todo tipo de mercaderías. Museos, el parque Forestal. Recorriamos los lugares aledaños, El Arrayán, Calera de Tango, Maipú, fueron algunas de las localidades por las que peregrinábamos cuando eran solo caseríos.

Con especial cariño recuerdo un paseo al Cajón del Maipo. La idea era recolectar unas plantitas de flores amarillo anaranjado que tapizan los cerros en primavera y verano, alegrando la vista, maravillándonos con el infinito espectáculo que nos brinda la naturaleza. Desenterramos unos cuantos dedalitos de oro, los estrictamente necesarios, y los plantamos en el antejardín. Por muchos años disfrutamos de esas campanitas, que diseminaron sus semillas por todo el barrio coloreando los jardines y veredas. Hoy disfruto recreando la vista en mi jardín donde unos cuantos dedalitos me recuerdan a mi héroe de infancia.

Compartimos muchas actividades y llegamos a, solo con la mirada, saber lo que estábamos pensando.

Cuando falleció, en 1999, me hicieron tanto sentido las coplas por la muerte de su padre del poeta español del siglo XV, Jorge Manrique:

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer;
cómo después de acordado
da dolor;
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Mi madre

Estuvo muy presente en mis primeros 7 años, hasta que se matriculó en la escuela de enfermería de la Universidad Católica, y ya no fue lo mismo, como que no la vi más. La eché mucho de menos, y fue muy importante en la elección de mi carrera al salir del colegio: una profesión relacionada con la medicina que no me exigiera turnos, que

me permitiera estar con mi familia todos los fines de semana y los feriados.

La eché mucho de menos, me hizo falta, sin embargo ese alejamiento también fue fundamental para mi proyecto de vida. Una vez adulta, la comprendí, era lo que amaba y donde se proyectó. Ya de grande, nunca conversamos del abandono que sentí en mi infancia, no tenía sentido.

Hoy agradezco ese distanciamiento que me obligó a ser independiente y a organizar sola mis actividades. También le doy las gracias por esos valores que me inculcó, como por ejemplo saludar a todo el mundo al entrar en un recinto, en el trabajo desde el portero en adelante, a agradecer siempre, a sonreír, a valorar y respetar a todas las personas no importando su condición.

Un cáncer al esófago la llevó al más allá. Pude cuidarla y disfrutar con ella sus últimos años. Fue muy hermoso compartir con ella esos momentos en que solo le brindé cariño y amor.

Mis tres hermanas

Ser la mayor de cuatro hermanas me hizo tener un carácter protector y a la vez ser autoritaria. Éramos muy seguidas. Ellas jugaban a las muñecas, a hacer comiditas, y yo organizaba competencias atléticas en que hacíamos dos equipos. Mis hermanas segunda y tercera eran un equipo, y la más chica conmigo. No me gustaban los juegos de niñas, prefería jugar al tombo con la pelota botando contra la pared. Ya adolescentes, hacíamos largas sobremesas después de almuerzo, a veces hacíamos espiritismo, y escuchábamos radioteatros. También éramos lectoras de libros, sobre todo en los largos veranos.

Al igual que en esas tiendas de videos que ya desaparecieron, acudíamos a un negocio donde se intercambiaban revistas. Me encantaba la revista Confidencias, sus historias de amor maravillosas, todas con finales felices. Archie, La Pequeña Lulú, Superman, Porky, y muchas otras eran nuestro alimento literario en el verano.

A la casa llegaban el Gol y Gol, la revista Estadio, aparte de El Mercurio. También llegaba desde China una revista en la que en todas las páginas salía Mao Tse Tung.

Cuando tenía como 8 años, me metía en el escritorio de mi papá a “explorar”. Encontré oculta una revista de monos y comencé a leerla. Era el Condorito. Me fascinó, pero me producía una gran curiosidad el motivo por el que estaba escondida. Creo que debe haber sido en primavera.

Todos los días me las ingeniaba para leer algunas páginas. Sonreía y reía mucho. Conocí a Washington, al compadre (¿don Chuma?), a Pepe Cortisona, a Yayita.

Mi gran sorpresa fue que esa revista, ese misterio, era un regalo navideño para un pariente lejano, José Antonio, estudiante, del cual mi papá era apoderado. ¡Plop!

También a esa edad, mi abuelita me regaló el libro Papelucho, de Marcela Paz. Empecé a leerlo y no lo solté hasta que a las 3 de la mañana, lo terminé. Aprendí a disfrutar de la lectura gracias a esa obra tan entretenida.

Ya adolescentes teníamos permiso para ir a fiestas solo hasta la una de la mañana. Salíamos las tres más grandes y volvíamos mucho después de la hora permitida. La puerta de calle tenía unas campanitas hindúes que sonaban cuando esta se abría. Ya sabíamos la técnica para que no sonaran y nos sacábamos los zapatos de taco alto para no hacer ruido. Entrábamos sigilosamente a la casa y mis padres no nos escuchaban llegar. Hasta que un día mi madre nos estaba esperando sentada frente a la puerta.

Se acabaron los permisos por un tiempo...

Cuando nos acordamos de ese episodio nos da mucha risa. Fue una etapa muy entretenida.

Mi trabajo

Fui una buena alumna, mi puntaje me permitió estudiar kinesiología, carrera que me permitiría, de acuerdo a mi proyecto de vida, dedicar

tiempo a mi familia, una especialidad en la que, en esa época, no se hacían turnos nocturnos ni en fines de semana.

En 1972 entré a trabajar a la Mutual de Seguridad, donde permanecí por veinte años. El trabajo era muy intenso y exigía atender a muchos pacientes cada hora, lo que me frustraba como profesional. No quedaba satisfecha con el trabajo de rehabilitación con cada accidentado. Lamentablemente la medicina es un producto que debe solventarse económicamente.

En esa época, Cuba estaba muy de moda por la rehabilitación que daba a los parapléjicos. En La Habana le dedicaban mucho tiempo a cada paciente, sin embargo técnicamente no había diferencia. Así me lo corroboraron muchos pacientes que fueron a tratarse allá con el anhelo de mejorar su condición.

Luego me independicé e instalé una consulta particular, lo que me permitió atender mejor a mis pacientes, a cada uno le dedicaba al menos 45 minutos.

Atendí a alrededor de 14.000 personas a lo largo de 25 años de trabajo, tratando de dar lo mejor de mis conocimientos y queriendo mucho lo que hacía.

Dejé de ejercer la profesión cuando partimos con mi marido a México por su trabajo.

Mi matrimonio

En 1972 me casé con Patricio, y ya cumplimos 45 años de feliz unión. Haciendo un balance, raya para la suma, la balanza se inclina con más peso a lo positivo. Qué difícil es compartir la vida con otra persona que viene de una niñez distinta, de una educación familiar diferente, pero afortunadamente con proyectos similares.

Complicado es enfrentar el machismo, hacer comprender que si disfruto lo que hago, me hace andar de buen ánimo, que es mejor para ambos. No se trata de cambiar a la otra persona, pero sí, mediante la comunicación y el diálogo, convencerlo de que la vida tiene otros matices, distintos a los paradigmas arraigados desde la infancia.

Difícil también para mi pareja compartir con una mujer de carácter fuerte.

Comunicación: escucharnos con atención, sin pensar en la respuesta antes de que el otro termine su idea, cuestión que aprendimos en una terapia de pareja a la que acudimos en un período de crisis. La verdad, creo que hasta ahora hemos llegado juntos por el empeño que le hemos puesto, o porque nos amamos, no sé. Solo puedo afirmar que hoy estoy plena (¡Corín Tellado! Sí, es mi mejor historia de amor).

Pato

Mi mejor historia comenzó hace 47 años.

Había decidido celebrar mis veintiún años con mucho entusiasmo. Me había recuperado de una desafortunada relación de tres años, aunque con la distancia y el pasar del tiempo, hoy la veo agradecida.

En ese tiempo se estilaba que te sacaran a bailar, a las mujeres no se nos pasaba por la mente solicitarle a un hombre que bailara contigo, podría interpretarse como actitud de una mujer muy suelta. Veinte años después, cómo disfruté cuando mi hija salía a bailar con amigas y no aceptaban que se les acercaran muchachos. —Mamá, salimos a bailar, no a estar con chiquillos.

Sigo con mi relato. Transcurridas unas pocas horas, me sacó a bailar un joven muy educado, que antes de retirarse estimó que tenía que bailar con la dueña de casa, conmigo. Hasta el momento solo había compartido con unos amigos. De baile, cero.

Era un lento, de esos que te permiten conversar. Me había impresionado bien desde que llegó a la casa, pero ni tanto más que otros asistentes. Lo que iba a ser un baile de cortesía se prolongó por muchos minutos, quizás horas. Entramos en unos diálogos en que descubríamos afinidades en muchos aspectos, sobre la situación del momento, de música, de libros. Conversamos y conversamos y conversamos. Perdí la noción del tiempo. De repente veo a mi hermana durmiendo en un sillón junto a su pololo, que esperaba a mi

acompañante, a su amigo, para retirarse. También se había quedado dormido. Ya se habían ido todos los demás. Me habrían visto tan entusiasmada y entretenida con el joven que no atinaron a despedirse. Nuestro baile era a la antigua, nada de cheek to cheek, mejilla a mejilla. Era todo un gentleman, una suerte de artículo de museo. O tal vez era su táctica, no atacar la primera vez.

Un par de días después fuimos al cine, con mi hermana y su pololo, y la siguiente vez que nos vimos fue para ir al ya mítico Las Brujas. Hoy hay ahí un supermercado Líder al que voy con frecuencia. Sabía que esa noche durante el baile nos acercaríamos, la atracción mutua se respiraba, como la crónica de un gran amor anunciado. Nos sentamos, pedimos un trago y ¡oh sorpresa! Se me declaró inmediatamente, sin baile de por medio. Fue genial como me desconcertó. Creía que iba a ser distinto, que íbamos a bailar y que poco a poco nos acercaríamos, a la manera tradicional según mi experiencia.

Nos casamos al año siguiente.

El humor ha sido un ingrediente constante en nuestra relación, sonrisas y risas abundan cuando se me olvida llevarle el traje de baño en vacaciones, o le llevo un sweater sin mangas al estadio. Bueno, yo me río más.

Hoy nos sorprende darnos cuenta que muchas veces estamos pensando lo mismo.

Nuestra afición por el deporte, el fútbol y el atletismo, nos ha hecho vivir experiencias memorables.

Una experiencia atlética

Esa tarde soleada de marzo nos aprontábamos a ver la última carrera de pista. Los 5.000 metros, 12 vueltas y media a la cancha de rekortán, esa carpeta roja, que cual cebrá con líneas blancas en todo su recorrido, hizo pulverizar los récords que antes se hacían en las pistas de ceniza. Los dos días de competencias atléticas de los Juegos Odesur de 2014 habían transcurrido maravillosamente con deportistas de elite, aunque los deportistas chilenos, no es novedad, no habían sacado más que una

medalla de oro y ningún segundo o tercer puesto. Los brasileros y argentinos, atletas olímpicos, arrasaban.

Que los chilenos no tuvieran mejores resultados, faltando ya la última prueba, nos tenía resignados. Cuánto esfuerzo realizan los jóvenes para poder llegar a tener éxito en sus pruebas. Cuánto deben prepararse con tan poco apoyo gubernamental y de todos. Durante el año participan en torneos de graderías vacías a los que con suerte asiste de vez en cuando algún familiar. Entrenar y entrenar. “Lo más importante del deporte no es ganar, sino participar, porque lo esencial en la vida no es el éxito, sino esforzarse por conseguirlo” (Pierre de Coubertain). Esa vieja consigna que hoy para muchos es anticuada, siempre prevalece en mi mente.

La majestuosidad de la cordillera se respiraba. Los colores de los cerros que van cambiando durante la tarde, conforme el sol va avanzando hacia la noche, el cielo azul y esas nubecillas blancas que se van agrandando como algodones y que se tornan rosadas al final del día, agregaban belleza al festival deportivo.

No teníamos ninguna expectativa de medalla en esa última competencia.

A sus marcas... listo... y suena el disparo. Parte el pelotón y la delantera la toma uno de los talentos sudamericanos. Los deportistas se mantienen durante la primera mitad del recorrido, muy juntos. Los pronósticos para el chileno Aguilar, que corría entre los últimos lugares, no auguraban más que una decorosa participación. Su camiseta roja me permitía distinguirlo fácilmente. Lo observaba con interés, desde lejos se veía más chico que el resto, era lógico que los demás le impidieran la pasada.

Ya en la segunda mitad de la carrera se empezó a desgranar el choclo. El chileno iba entre los últimos, no importaba. Cosa inédita de asistencia de público, 25.000 voces lo alentábamos, Vaamos, vaamos chileno. Faltando los últimos 300 metros, Aguilar empezó a avanzar, tomó velocidad, pasó a uno, pasó al siguiente, y al siguiente, y al siguiente, y se colocó en primer lugar seguido muy de cerca por los dos favoritos. De verdad creía que se iba a fundir y la ilusión de que ganara

se iba a desmoronar pronto, que no iba a aguantar. En los últimos 100 metros empezó a tomar distancia del resto (¡ojalá que no se caiga! pensé). El estadio se puso de pie.

Faltando los últimos 50 metros, ya iba con mucha ventaja, y el estadio deliraba, ¡vamos!, ¡dale!, ¡corre! Increíble, no puede ser. Aguilar miró hacia atrás y se dio cuenta de que ya era el ganador. Alzó los brazos y cruzó la meta triunfante, ¡en primer lugar!

Emocionados, todos nos abrazábamos, saltábamos. Ese corredor flaquito nos dio la alegría con la que todos soñábamos, de cantar el himno nacional completo, tan esquivo en los deportes, que merecen los que ganan el podio.

Compromiso con mi patria: Elecciones

Siete quince de la mañana. Con cautela, con mi termo de café y un par de sándwiches me acerqué a las dos señoras que estaban abriendo los sobres. "Soy de esta mesa, ¿necesitan ayuda?"

No podía resistirlo más, nunca me habían llamado y, además, ya no estaba en edad de seguir esperando, después quizás no iba a ser capaz. Hasta llevé el cuaderno de hojas de matemáticas con los nombres de los candidatos, cada uno escrito en una hoja, quería que el conteo fuera fácil y ordenado. Cuatro rayitas formando un cuadrado y una transversal, en total cinco rayitas, cinco votos, no esas hojas arrugadas arrancadas de un cuaderno que alguien prestó, o las rayas una al lado de la otra en la pizarra que la persona iba colocando en hilera, el dibujo que iba subiendo o bajando, optimista o pesimista según su candidato, y después vamos contando sin equivocarnos. Uf, no, tenía que ser ordenadito y de fácil conteo. Las señoras me miraron extrañadas, pero me admitieron inmediatamente. Con solo dos vocales de mesa no podían iniciar el proceso. Leímos el instructivo, ninguna había sido vocal antes. Con cuidado revisamos las indicaciones, aunque ya las había estudiado previamente, tantas eran mis ansias de participar. Por mi edad, solo había votado, antes de, por diputados y senadores, a los veintiún años y después...pasó mucho tiempo. Época del voto transparente en que fui fulminantemente

asesinada con la mirada de la vocal al entregarle el voto, tiempo del voto sin registro electoral, tiempo de registro electoral dudoso, pero inscrita de todas maneras.

Como me inscribí apenas se pudo, quedé en una de las primeras mesas, ya muchas votantes habían fallecido o cambiado de comuna, de modo que teníamos libros de dos mesas. La mayoría de las damas eran mayores, venían con sus hijos, con bastones, en sillas de ruedas, en fin, se demoraban al votar, se formó una fila inmensa de “viejas”. Me carga pasarlo mal, así es que iba decidida a no enojarme con nadie, solo a escuchar los reclamos y que “me entraran por aquí y salieran por acá”, de oreja a oreja directamente, sin pasar por el corazón.

Como a las 12 del día se planta una señora con muy buena facha, delgada, muy bien vestida, de taco alto y con las manos en jarra, y lanza un —“¡Tengo 90 años, merezco que me atiendan inmediatamente!”

La miré, la seguí mirando... ¿me enoja?, no de veras que no me voy a enojar, había expectación (¿la dejarán pasar?, ojalá que no, no sería justo), y le dije: “Señora, por favor mire la fila atentamente”. Justo en ese momento había varias señoras con bastón, otras con enfermeras, semejaban pacientes de consultorio. Muy callada, mira a las ancianas, su cuerpo pasa de la altivez a un cierto derrumbe, me mira y me dice muy tranquila:

—Me voy a hacer la cola...

Por cinco años ejercí mi vocación republicana. En la elección pasada fui de simple votante, llevando unas galletas a los vocales, felicitándolos, a una hora que no hubiera cola, en la tarde, presta a ver cómo sería el resultado en esa mesa.

Madre, lloremos

Me cuesta recordar situaciones en que haya llorado, momentos tristes. Mi madre era muy llorona, todo le producía pena. Por ejemplo, ver a niños pobres descalzos, mal vestidos y sucios que, lamentablemente, en esa época se veían mucho pidiendo limosna, la hacía exclamar “¡Pobrecitos!” y lloraba. Si en un partido de fútbol ganaba un equipo, le daba mucha pena ver a los que perdían. O llorar todas las navidades por

el hijo que perdió recién nacido, antes que yo, ¿por qué no me habré muerto yo mejor? Sí, me daba mucha lástima, pero como mi querida progenitora era tan reiterativa, lo hacía con tanta frecuencia, me producía desagrado. ¿Por qué llorar tanto? Hasta se lo dije en la consulta al médico que me examinaba en el chequeo anual, como a los doce años, al preguntarme cómo me sentía.

Quizás esa acción repetitiva me hizo, aunque igual de sensible, más racional y capaz de analizar las situaciones fríamente, sin derramar lágrimas.

Echo atrás el software en mi cerebro emocional o límbico buscando esas situaciones que me removieron el alma, escudriñando estados tristes, que por alguna razón no asoman. Quizás aplico el razonamiento positivo que me ha dado soporte emocional en la vida, el hecho de que "son las tormentas las que hacen crecer las raíces de los árboles". Las mías, tormentas secas, sin lluvia.

Sí, recuerdo haber llorado mucho cuando en un caluroso enero de 1982, falleció Eduardo Frei Montalva. Tenía la secreta esperanza de que se iba a mejorar, a superar la infección post operatoria que lo tenía postrado en la clínica, a apurar un cambio en mi querido país.

Por nueve años asistí a un hogar de niñas en riesgo social, fundado por una empresa y financiado por sus funcionarios, SENAME, y donaciones particulares. Con varias amigas íbamos una vez al mes a realizar talleres de manualidades. Era un hogar con un edificio central para las oficinas y el casino. Para las niñas había siete casas separadas por un camino flanqueado de naranjos, todas blancas, con techos de tejas rojas. Cada vivienda tenía la puerta principal pintada de un color. A mí me tocaba ir siempre a la de color verde. Al entrar, a la derecha de un pasillo se observaba una sala de estar con un televisor y una cocina-comedor. A la izquierda, el dormitorio de la tía cuidadora, y al fondo, tres amplias habitaciones muy pulcras, con tres camas cada una, y dos baños.

La directora de ese centro, la Manuela, era pariente de una de mis amigas. Encantadora y ejecutiva, de unos cincuenta años, nos recibía con mucho cariño y entusiasmo, al igual que todas las tías de las

diferentes casas. Era un hogar hermoso donde se respiraba amor, tan distinto a los que vemos en las noticias.

Era reconfortante ver a esas niñas evolucionar favorablemente, víctimas de tantos abusos, padres drogadictos o simplemente el abandono de ellos. Verlas a su llegada al hogar con caras tristes, inquietas por ser internadas, y al poco tiempo más contentas, más sueltas.

Todas iban al colegio y me ofrecí para hacerles taller de inglés como apoyo a la instrucción en los colegios. Muchas se inscribieron y organicé distintos turnos de acuerdo a lo que sabían. Martes, miércoles y jueves gozaba cantando "...are you sleeping, are you sleeping, brother John..." Poco a poco las chicas fueron mejorando el acento, se atrevieron a pronunciar palabras. Hacíamos rondas, las filmaba con el teléfono, se reían, y también sacaban buenas notas en el colegio. Felices me mostraban sus pruebas. Todo esto era posible gracias a la directora, entusiasta y muy apoyadora.

Inevitablemente me fui encariñando con las niñas. Pasé a ser confidente de algunas, las preadolescentes, que me revelaban sus incertidumbres respecto de algún chico que les gustaba, de su futuro, del desencanto de sus padres que no dejaban la droga. Era inevitable que me invadieran sentimientos de ternura y sostén hacia ellas.

En un fin de año, sucedió algo que alteró completamente esa armonía. Por problemas personales, Manuela renunció. Ese día todo se desplomó para nosotras. El banco contrató a una señora joven, ingeniero comercial. Enviamos un correo electrónico en marzo, como lo hacíamos todos los años, preguntando cuándo podríamos asistir en ese mes. La respuesta fría fue que ya no nos necesitaban. Intentamos convencer a esta autoridad de todo lo que habíamos hecho, que éramos voluntarias, que nuestro trabajo no les costaba un centavo. Sucesivos mails, siempre con una negación, nos frenaron en seco. Tampoco podíamos despedirnos de las niñas.

Lloré intensamente: Ya no vería más a Gisselle, hermosa e inteligente, a Estrellita con sus rulos y ojos azabache, a Gloria con su

carácter impulsivo y alegre, a Martita, buena para copiar en las pruebas, a Iris, a Carmencita, a...ninguna.

Madre, estoy segura que desde el cielo lloraste conmigo.

Golpe o pronunciamiento

Cuando tenía 23 años pasó lo que pasó. Para mucha gente de mi ambiente laboral y familiar fue solamente una limitación para salir en la noche por el toque de queda, ninguna posibilidad de enterarse de los abusos que se estaban cometiendo. Si se llegaban a enterar de algo que veían como imposible, era un invento, en Chile no podían pasar esas cosas.

A Víctor, mi suegro, lo detuvieron a fines de septiembre. Lo conocía muy poco, creo que había compartido con él unas cuatro veces, una de ellas para mi matrimonio. Una persona adorable, sin embargo muy enamorado. Ex militar, renunció al ejército en 1970 por el bajo salario que no le alcanzaba para mantener ¡tres hogares! Su última pareja era socialista y lo invitó a inscribirse en el partido. Ese día marcó su destino.

Fue detenido por alguno de sus pares, seguro de que era la peor astilla del mismo palo. Era considerado un traidor. Otros fueron leales dentro de lo que se podía y aseguraron a mi esposo que no le iba a pasar nada a él ni a sus hermanos.

Peregrinamos por el Estadio Nacional, Chacabuco, Tres Álamos, Puchuncaví, Tres Álamos, Puchuncaví, Tres Álamos, de allá para acá, de acá para allá. Los domingos, por dos años, fueron para ir a visitarlo, ahí lo conocí bien, por eso sé que era adorable.

También había "visitas" los miércoles. A mi kinesiólogo jefe le estaré eternamente agradecida por darme permiso para salir esas tardes. La condición era que nadie más supiera, era un secreto.

Transcurrido un año del "Once", mi suegro apareció en un listado de los 100 primeros que quedaron en libertad a condición que salieran del país, pero para ello debían tener un contrato de trabajo en la nación que los acogiera. Acudí a varias embajadas a solicitar ayuda, entre ellas Venezuela, pero no obtuve resultado. Víctor me pidió que fuera a la

oficina de un señor con el que había trabajado mucho mientras era militar y que tenía también oficina en Venezuela. —Te va a ir bien — me dijo con seguridad—, éramos bien amigos.

Llegué a una oficina en el centro, me abre la secretaria y lo primero que veo es una foto en blanco y negro de gran tamaño con la Moneda bombardeada, incendiándose. Le explico a la secretaria quién soy, que quiero hablar con su jefe y me hace esperar en la salita. Las oficinas tenían paredes de cristal, así es que veía como este señor cuchicheaba por largo rato con la secretaria. Ya intuía la respuesta.

—Dice don X que ahora va a tener una reunión, que vuelva otro día.

—Dígale a don X que no se preocupe, que no voy a volver —le contesté calmadamente.

La secretaria, que conocía a mi suegro, me dijo muy compungida, muy avergonzada y triste a la vez: “¡Perdone!” Me dio mucha pena ella, y sentí que en ese momento avancé en madurez más de diez años en mi vida.

Un año después mi suegro recibió la invitación formal de Su Majestad la reina de Inglaterra, país donde conoció a su siguiente y definitiva mujer, con la que convivió más años que con ninguna.

El aquí y el ahora

Ya en mis cuarentas me empezaron a intrigar las opiniones de famosos que tuvieron un ataque cardíaco, a los que la vida les había dado una segunda oportunidad. Por arte de magia, ahora valoraban las puestas de sol, las hojas otoñales, el trinar de los pájaros, dedicar tiempo a los hijos, a la pareja, cosas que antes del infarto no estaban presentes ni remotamente en sus vidas. Vivían apurados.

La sincronía de la vida también me hizo leer el libro revolucionario para los años noventa “Yo (no) quiero tener cáncer”, de la sicóloga chilena Jennifer Middleton, que evidencia que *“La mente y las emociones están estrechamente ligadas al cuerpo e influyen de manera directa en la gestación de enfermedades como el cáncer. Será nuestra*

capacidad de cambiar determinados hábitos la que nos ayudará a evitar enfermarnos o nos ayudará a recuperarnos”.

Por último me llegó la invitación para asistir a un curso de Anthony de Melo, sacerdote jesuita de origen hindú, muy sabio, que hablaba del despertar, y de ese adormecimiento en que estamos sumidos. *“Estar despierto es aceptarlo todo, no como ley, no como sacrificio, ni como esfuerzo, sino por iluminación”*

Entonces es estar despierto cada momento, es que si estoy con una amiga, estoy con ella, no estoy pensando que más rato tengo que ir al supermercado. Si estoy con mis hijos no estoy viendo el celular, si estoy con alguien que me está contando una historia, la estoy escuchando atentamente.

Que si estoy mirando el jardín, observo muchos detalles, que si estoy en la Cordillera de Nahuelbuta, estoy en silencio escuchando al bosque. El presente es lo único que tenemos, el pasado ya fue, el futuro no lo conozco. Disfruto el presente.

Estoy muy agradecida por haber aprendido y aprehendido el despertar.

Varios años después, también por casualidad, llegué a un taller de Patricia May, que me ha ayudado a crecer en mi vida personal y social.

México

Fue la gran aventura que tuvimos con Pato. En 1997 fuimos por un trabajo de él. Tres años que se transformaron en cinco. Como yo no trabajé, me dediqué a conocer el D.F., a tomar cursos variados, como cocina, historia, repujado en estaño.

En Chile jugábamos bowling en forma competitiva, pertenecíamos a un club asociado a la Federación de Bowling de Chile. Gracias a ese deporte conocimos a muchos amigos mexicanos encantadores, que aún conservamos. De esa forma pudimos adentrarnos más en las costumbres mexicanas. A comer por ejemplo mucho chile, a comer las quesadillas. También a incorporar modismos. El que más me gusta es el “parte aguas”, que en chileno sería “un antes

y un después". Tuvimos que aprender a hablar a velocidad más lenta. Nosotros los chilenos hablamos muy rápido.

Conocimos muchos lugares, en parte gracias al deporte, y en nuestros períodos de vacaciones. Un país maravilloso, acogedor, con una artesanía colorida, alegre, que va evolucionando año a año.

Sin embargo, como le pasa a todos los expatriados, la mayoría de las veces nos juntábamos con otros chilenos. Ellos suplían a nuestras familias. Esta experiencia me hace comprender a los inmigrantes que han llegado al país en los últimos años.

Cuando volvimos nos costó adaptarnos. Habíamos evolucionado en dirección distinta a la sociedad chilena, a nuestros amigos. Ya no era igual, en nuestra mente la foto se detuvo el día que dejamos el país y ya no era el mismo. Afortunadamente pudimos compartir esta experiencia con amistades que retornaron en ese tiempo y les pasaba lo mismo. Es difícil explicar el sentimiento que nos embargaba, y a cada chilena que volvía le advertíamos esta situación.

Epílogo

Tenemos dos hijos, Horacio, casado con Cecilia, y Alejandra, mis grandes, nuestros grandes tesoros. Podría llenar muchas páginas recordando tantas anécdotas, tantas satisfacciones, desvelos, alegrías, preocupaciones. Estoy muy orgullosa de ellos por ser como son, buenos hijos, esforzados y responsables. Hoy cada uno con su vida. Somos abuelos de tres adorables nietos con los que compartimos a diario, ya que somos vecinos y compartimos el patio trasero. Las palabras más dulces: "¡Hola, abuela!" retumban, llenan mi corazón y me hacen inmensamente feliz.

Ficción¹

Llegué ante Dios y me preguntó:

—¿Quién eres?

—Gemma D'Ottone Morales.

¹ Basado en un cuento de Anthony de Mello

- No te pregunté tu nombre. ¿Quién eres?
—Bueno, soy la esposa de Pato, un hombre al que amo.
—No te pregunté de quién eres esposa. ¿Quién eres?
—Bueno, soy madre de Horacio y Alejandra.
—No te pregunté de quién eres madre. ¿Quién eres?
—Bueno... soy abuela de tres maravillosos nietos.
—Tampoco la respuesta es esa. ¿Quién eres?

—Soy una mujer muy feliz, con una infancia y juventud entretenida, compartida con compañeros y compañeras de los que tengo excelentes recuerdos. Fue en la Deutsche Schule, que me dio el idioma alemán, el respeto a la puntualidad, y el rigor del estudio y el deporte. Al salir del colegio postulé a Kinesiterapia y no a Medicina, como había pensado antes. Quería realizarme en una profesión que me diera tiempo para mi familia, y que felizmente logré. Kinesióloga de profesión, ejercí por 25 años. A partir de 1997, viví cinco años en México, empapándome de ese país generoso y bello. Allí hice miles de cursos, desde historia, filosofía, hasta cocina, todos esos cursos que con los niños chicos es difícil cuando uno trabaja. Agradecida de todo lo vivido, de todo lo malo que me hizo crecer, de lo bueno que fue lo que abundó, y “chuncha” por siempre.

Mi frase en WhatsApp es “feliz de la vida”, que realmente soy. Optimista, siempre viendo el vaso medio lleno.

De mis pasiones por la política, defraudada, ya que creo que voy a morir sin ver a mi querido Chile sin desigualdades profundas en educación y salud (snif).

Ahora, jubilada, disfruto a mi familia, me dedico a diferentes cursos y a actividades sociales.

—Tampoco te pregunté eso, vuelve a la vida y encuentra la respuesta.

Todavía busco la respuesta. Creo que lo más cercano es que simplemente **SOY**.

6

Autobiografía en tres momentos

Claudio Espínola Lobos

Escribir es algo que me apasiona. Escribir sobre mi vida, no tanto. Puede ser interesante solo para mí. No creo que para los demás. Sin embargo en el Taller nos han solicitado hacerlo, pues vamos expresando de una u otra manera sentimientos, emociones que se traducen en afectos, tristezas, alegrías que son parte de la vida misma. Más aún, si esta vida ha superado las seis décadas y se empina a la séptima. He aquí mi tarea:

1

Era mediodía. Justo la mitad del año. Por rara coincidencia también, la mitad del siglo. Sí... en esa fecha nací. Se lo pueden imaginar. Estoy hablando del siglo pasado: 30 de junio de 1950.

Según cuenta mi madre, nací en casa de mi abuela. Así era en ese tiempo. En la casa, con la ayuda de una comadrona. Una mujer especialista en atender nacimientos en el medio rural. El lugar, un caserío en una hermosa aldea a orillas del Río Cachapoal, en la Sexta Región. Una zona productora de gran cantidad de frutas de exportación.

La primera infancia, es decir el primer momento de mi vida fue de dulce y de agraz. Según me contó mi madre, fue una infancia triste y enfermiza. Todo el mundo pensaba que me iba a morir antes de cumplir dos años. Padecía una rara enfermedad. Solo vino a ser superada a través de una transfusión de sangre realizada de padre a hijo. Ambos hospitalizados en el Hospital San Juan de Dios de Rancagua. Una vez efectuada la transfusión, la recuperación se hizo de manera rápida. Y aquí estoy. Puedo decir que tengo una salud envidiable. Por no decir de hierro.

El primer recuerdo que tengo es el de la vida en el campo. Un predio de mi abuela paterna. Una parcela de dos hectáreas dedicada a

la plantación de frutales donde la fruta la comíamos directamente de los árboles: duraznos, peras, manzanas, guindas, membrillos, ciruelas, paltas, uvas, nísperos. Las frutillas desde el suelo, al igual que los melones y sandías.

Nuestros juegos se hacían ahí mismo. Escondiéndonos entre las ramas de los árboles, los pastizales, a orillas de la gran acequia que cruzaba toda la parcela. No podíamos andar a caballo, por ser muy pequeños, pero ayudábamos a mantenerlos limpios.

Un segundo recuerdo está relacionado con los días domingos. Ese día íbamos todos a misa a la iglesia del pueblo. Una hermosa Iglesia de tejas coloniales y un bello campanario posible de divisar de todos los lugares del pueblo. Después de misa nos quedábamos escuchando la banda municipal en el Odeón de la Plaza. Era entretenido. Me decían algunos tíos que cuando fuera mayor podría tocar algún instrumento e integrarme a la banda, incluso desfilar para el 18 de septiembre.

Otro recuerdo imborrable era el almacén de mi madre. Ella tenía un pequeño boliche en la casa que arrendábamos cerca de la casa de mi abuela. Una casa facilitada por un tío materno. Colaborábamos ayudándolo a atender el negocio con mi hermano mayor. Según contaba mi madre, mi hermano Raúl preguntaba a los clientes: ¿Cuánto vuelto quiere? La gente se reía y le tocaba cariñosamente la cabeza.

Mi padre era empleado público. Trabajaba en Correos y Telégrafos. Era el encargado de repartir los telegramas por todo el pueblo. Lo hacía en bicicleta. La misma en la que aprendimos a andar nosotros. Los fines de semana, quedaba a cargo de la oficina postal. Nosotros éramos sus ayudantes. Al cumplir los 5 años nos trasladamos a Rancagua. Perdón, él solicitó traslado a la ciudad, y la familia debió acompañarlo.

De mi padre, el mejor recuerdo que tengo, era su gran compromiso sindical. Fue dirigente provincial. Junto a él debimos sobrevivir a una huelga que duró alrededor de cuarenta días. Concurrimos durante semanas a una olla común para almorzar. Fueron

días intensos. Le aplicaron la Ley de seguridad interior del Estado. Por ello durante días no pudo llegar a casa.

Rancagua cambió nuestras vidas. Ahora vivíamos en una gran casa, muy antigua, de adobe. En pleno centro de la ciudad. En ese momento éramos cuatro hermanos. Mi hermana menor aún no nacía. En total fuimos cinco hermanos.

Los mejores recuerdos de esa casa fueron: un regalo de pascua muy especial que me hicieron mis padres: un radio patrulla a cuerda, que se movilizaba solo. A mi hermano, una pelota de fútbol oficial, muy grande y pesada. Jugábamos todos los días, intercambiábamos los regalos, y la pichanga era casi diaria. Jugábamos el uno contra uno. Ese partido podía durar varias horas.

Cuando nos aburríamos, jugábamos a lanzar penales. Mi hermano era muy buen chuteador, y yo, un “tremendo” arquero.

Esa fue la primera infancia. Una síntesis del primer momento de mi vida.

2

El segundo momento de mi vida se fue dando a medida que iba creciendo y alcanzando una mayor estatura. Una delgadez abismante, preocupaba a mi madre. Había dejado de ser un niño y me iba transformando paulatinamente en un adolescente. Una cara “espinillenta”, muy rosada y pelos en algunas zonas del cuerpo, aunque con tendencia a ser lampiño. Así fui creciendo. Esos pelos me hacían sentir más adulto, más hombre. Estaba en esa etapa de la adolescencia cuando me picó el bichito del amor. Fue algo extraordinario. Digno de ser contado. Pasan los años y aún me emociona el recuerdo de ella. El amor de mi vida. El recuerdo de aquella muchacha, María del Sagrario.

Era una jovencita muy hermosa. La más hermosa que he conocido. Así me parecía a mí. A los catorce años me había deslumbrado su espontaneidad y simpatía. No era una muchacha cualquiera. Acogía y envolvía con ternura. Todo al mismo tiempo.

Su pelo corto no era de usar en ese tiempo. Tampoco esos ojos suavemente delineados que hacían resaltar el verde intenso de ellos. Era una chica maravillosa.

Todavía la recuerdo, aunque ello me llene de tristeza y de pena. Pueden pasar los años y su recuerdo aún está en mí. Se quedó para siempre adherido en mi corazón. No podía ser de otra manera.

Habíamos acordamos encontrarnos en la biblioteca municipal el único día que no teníamos clases en las tardes. El día miércoles. Ese día los colegios lo dedicaban al deporte. Tanto el Liceo donde yo estudiaba como el de ella. Ese iba a ser nuestro día de encuentro por los próximos tres años.

Nos habíamos conocido en la Plaza de Armas de la ciudad, frente a su colegio, el Liceo de niñas. Fue a la salida de clases de ese primer lunes de abril. Me miró fijamente a los ojos y yo también a ella. Algo, una especie de imán nos hacía atraernos con la mirada. Le comentó algo a su amiga, en voz baja. Me di cuenta de inmediato. Su compañera se acercó a mí y me dijo:

—Mi amiga dice que te conoce. Desea hablar contigo.

—¿Cómo se llama? —respondí de inmediato.

—María del Sagrario.

—¿Y tú? —preguntó la amiga.

—Claudio.

Nerviosamente decidí acercarme a ella. Extendí la mano y le dije:

—Hola, María, ¿cómo estás?

—Hola. Deseaba conversar contigo —fue la sonriente respuesta.

—¿Es cierto que me conoces, María? Yo a ti es la primera vez que te veo.

—Sí, te he visto muchas veces. Te he visto atendiendo un local comercial frente al estadio. Paso todos los días frente a él. Ahí te he visto cada vez que paso en el bus.

—Ah. No me he dado cuenta. No miro las micros ni los buses. Pero qué bueno que podamos conversar. Yo vivo ahí. El negocio es de mi padre. Le ayudo atendiendo algunos días. Y tú, ¿de dónde eres?

—De Parrón, cerca de Coya. Camino al Mineral El Teniente. De fuera de Rancagua.

—Algo conozco: Machalí, Termas de Cauquenes, Caletones, Sewell. Pero Parrón no me suena, no lo conozco. Solo he visto la micro. Creo que ahí hay un gran tranque. Un tranque de relave.

—Sí, es un lugar muy lindo —respondió.

Después de una pausa le dije:

—María, me agradas. Eres muy dulce. ¿En qué curso vas?

—En segundo de Humanidades.

—Igual que yo.

—Qué coincidencia —me dijo.

—¿Cómo te va en el colegio?

—Bien, hay materias que me cuestan. Pero igual me va bien.

—¿Podríamos ayudarnos? —le dije.

—Podríamos. Pero para eso debemos juntarnos en un lugar y tener tiempo, ¿no te parece?

—Creo que tienes razón.

—Ya me tengo que ir. Debo tomar el bus. Pasa dos veces al día.

—Juntémonos un día. ¿Te parece el miércoles en la tarde?

—¿Dónde?

—En la biblioteca municipal. Es un buen lugar. Juntémonos a la salida del colegio.

Me respondió que sí. Que avisaría en su casa.

Así acordamos nuestro primer encuentro.

Era la primera vez que me gustaba alguien de verdad. En forma seria. Ella llegaba a mí sin que yo me propusiera buscarla. Lo que más me gustó de ella era su naturalidad, la sonrisa y su mirada. Eran verdaderamente acogedoras.

El miércoles fue para mí un día intenso. Lo único que deseaba era verla pronto.

La esperé a la salida del colegio. Nos fuimos caminando hacia la biblioteca que queda a seis cuadras de distancia. Nos sentamos en la plaza que hay en el lugar, para comer unas frutas. No almorzamos ese día.

Nos interrogamos sobre nuestros gustos, nuestros intereses, nuestras familias y el colegio.

La chica es muy despierta. Tiene una gracia única para ver el lado positivo de las cosas. Me encuentra un muchacho interesante. Dice que le gusta mi manera de ser.

Yo le digo que ella también me gusta. Que podría pasar horas y horas conversando con ella y no me aburriría. Eso le gustó mucho.

Hablamos y hablamos durante cuatro horas. Ya no recuerdo lo que dije en ese primer encuentro. Lo único que recuerdo fue que antes de tomar el bus, le dije si podía darle un beso, pues la consideraba mi novia. Me dijo que todavía no. Que yo también le gustaba, pero debíamos conocernos un poquito más. Nos tomamos de las manos y caminamos al terminal de buses. Subió y me ofreció una tierna y dulce mirada. Levantó la mano para decirme adiós.

Me fui a mi casa radiante. Ya tenía novia. Una muchacha a la cual yo le gustaba.

A mí también me gustaba y mucho. Era delgada, menudita, su pelo corto la hacía especial y su voz tan dulce me había conquistado. Era despierta y con mucha personalidad. Me contó que era hija única. Vivía con su padre y su tía. Su mamá había fallecido hacía dos años. Me contó que la echaba mucho de menos y que una tía la cuidaba. Con ansias esperé el día siguiente. Nos volvimos a encontrar a la salida del colegio. Me contó que había hablado con su padre, para pedirle permiso para tener un amigo. El padre le había respondido: "Solo amigos, nada de pololeos. Está claro, hija".

Ella le dijo que sí. Que tenía un amigo. Se llama Claudio. Estudia en el Liceo.

Nos tomamos de la mano. Juntos caminamos nuevamente hasta el terminal de buses.

Así fue pasando el tiempo. Me conformaba con estar junto a ella y llevarla de la mano.

A los tres meses nos dimos el primer beso. Fue algo que ella y yo esperábamos con ansias. Fue antes de que se iniciaran las vacaciones de invierno, al término del primer semestre.

Iban a pasar dos semanas en que estaríamos separados. ¿Cómo aguantar tanto tiempo?, me preguntaba. No aguanté más y un día de vacaciones me fui a Parrón, al poblado donde vivía. Preguntando llegué hasta su casa. Por suerte su padre no estaba. Su tía sí. Me recibió en su casa por un pequeño instante y después nos fuimos a conversar a la cancha de fútbol del pueblo donde había otros jóvenes. Le dije que no podía dejar de verla. Su ausencia me estaba matando. Que estaba enamorado de ella. Ella me dijo que sentía lo mismo por mí. Que no adelantáramos las cosas. Que debía respetar las decisiones de su padre. Nos reímos. Caminamos y caminamos. Recorrimos todo el pueblo. Era un campamento de la minera que tenía a su cargo el enorme tranque de relave. Ese día fue para mí un día maravilloso. Antes de volver a la ciudad llegó su padre. Me lo presentó. El señor me llevó a un lado y me dijo de manera imperativa: "Joven, como amigos, todo lo que quieran. Pololos, no. Mi hija es aún muy niña. No está en edad de andar pololeando".

Le respondí que solo éramos amigos. Que teníamos la misma edad. Que nos gustaba conversar y estudiar juntos.

Tomé el bus y volví a mi casa. No podía dejar de pensar en ella. Es la chica que amo.

Cuando pasaba un tiempo sin vernos iba el fin de semana a verla. Especialmente cuando estuvo enferma. La echaba de menos. Sentía que me faltaba ese amor y esa sonrisa acogedora. Dejar de verla, era para mí un sufrimiento.

El amor duró tres años, mientras cursábamos la enseñanza secundaria. La familia de ella se trasladó a otra región. Se fueron al sur, cerca de Valdivia. Muy al sur para poder visitarla. Las cartas fueron nuestro medio de comunicación y expresión de los sentimientos. Al principio nos dijimos cosas hermosas, como que el amor todo lo vence y que volveríamos a estar juntos apenas tuviéramos más edad. Sin embargo, por esas cosas de la vida y del tiempo, nuestra relación se fue enfriando. Llegó el día en que decidimos dejarnos en libertad. Deseé para ella lo mejor. Ella lo mismo para mí. Había sido el primer amor de su vida. Y ahora terminaba. Al terminar sentí algo de pena, pero no

sufrimiento. La distancia era mayor que nuestro esfuerzo. Pensé: seguramente María encontrará otro amor. Una mujer tan dulce y tierna merece lo mejor.

Poco a poco me fui olvidando de ella. Con los años volví a tener noticias de ella. Una noticia que no esperaba.

Su padre, al cabo de algunos años, volvió a la ciudad. Yo me había venido a Santiago a estudiar en la universidad. Viajaba cada quince días a Rancagua y ayudaba a mi padre en la atención del restaurante. Tal como me había visto María Sagrario cuando me conoció.

Lo encuentro en el negocio de mi padre. Sentado en un extremo del bar. Estaba bebiendo cerveza. Me percaté de que está llorando. Lo reconocí inmediatamente. Me acerqué y lo saludé con afecto. Se acordaba de mí. Le pregunté por su hija. Me dijo: "Por ella estoy bebiendo. Por ella estoy llorando. La pena, mi amigo, no la aguanto más. Seguramente me llevará a la tumba". Luego me confidenció que en el sur, su hija conoció un muchacho, un buen muchacho. Al cabo de un tiempo se pusieron de novios. Él estaba de acuerdo. Se casaron. Tuvieron una hija, una linda niña. A los seis meses de nacida la niña, un cáncer fulminante acabó con la vida de María Sagrario.

Escuché su relato. No lo podía creer. La niña más maravillosa que había conocido. La que fui a visitar a su pueblo enclavado en la montaña camino al Mineral del Teniente, ya no está.

Lloré ese día. Evidentemente pensaba en los momentos que habíamos estado juntos, en esos tres años de romance en que tomados de las manos recorríamos la ciudad y los parajes del campo. No pude dejar de recordarla.

Su padre me abrazó. Me señaló que su hija siempre se acordaba de mí. Que había puesto por nombre a su hija el de Claudia. Con ello quería recordar a quien había sido su primer amor. Su esposo lo sabía y lo había aceptado.

Nunca he dejado de pensar en ella. Siempre me pregunté cómo el primer amor puede ser tan fuerte, tan intenso. Tan emocionante que es casi imposible sacarlo de la mente. No lo entiendo. Pero es así. Ahora lo estoy escribiendo y han pasado cincuenta años desde aquel tiempo.

Con la distancia que dan los años, puedo ver que en este amor había inocencia, inexperiencia, respeto, valoración a la condición de mujer, a sus decisiones, al descubrimiento conjunto que íbamos experimentando de la vida, de la intimidad. Era nuestro pequeño mundo, un proyecto de vida, donde valorábamos lo natural, la amistad, la sencillez, la ausencia, la lejanía. Todo cabía ahí.

Tal vez nos faltó fuerza para haber superado la barrera de la distancia.

Hoy recuerdo esos días. Pienso en ella. El gran amor de mi vida.

La vida se le fue siendo una joven madre. Cómo puede morir una persona angelical, dulce como un enjambre de mariposas. Cómo puede morir una madre con una pequeña hija en etapa de amamantamiento. No lo podía comprender.

Se esfumó esa hermosa jovencita que alguna vez despertó en mí el amor. Ese amor único, que nació aquel día, cuando su compañera de colegio me dijo:

—Mi amiga dice que te conoce. Desea hablar contigo.

Ese fue el segundo gran momento de mi vida. Un momento inolvidable.

3

El tercero viene a continuación. Nada tiene que ver con los anteriores. Ya había crecido lo suficiente como para mandarme solo. Viajaba como muchos jóvenes para realizar mis estudios universitarios. Rancagua no tenía universidad como la tiene hoy, cuando escribo esta historia. La Presidenta Michelle Bachelet ha creado recientemente la Universidad de O'Higgins, que empieza a funcionar este año 2017.

El recuerdo de este tercer momento es: aún no cumplía los 21 años. Viajaba cada semana de Santiago a Rancagua y viceversa, para ir a la Universidad. Volví el fin de semana a mi casa paterna. Era un viaje rutinario que solía hacerse extraordinario cuando algo extraño e imprevisto ocurría. Eso fue lo que se produjo ese día.

No recuerdo si fue el 24 o 25 de junio de ese año. Lo que sí recuerdo es que preparándome para viajar a Santiago, la ciudad fue

repentinamente cubriéndose de nieve, depositando un manto blanco sobre las techumbres, árboles, calles y jardines. Rancagua no era la de siempre. Parecía una ciudad precordillerana enclavada en alguna zona de los Alpes.

Seguramente si estuviéramos en el presente, las informaciones del tiempo habrían sido más precisas. Bastaría mirar el celular para que Google lo indicara. Lo mismo el estado de las carreteras y las líneas férreas. Los consejos habrían sido: *No viaje. Quédese en casa abrigadito. Vea alguno de los 180 canales del cable operador de su ciudad o navegue por internet hasta que le dé hipo. Total, mañana no habrá clases, el Ministerio las suspenderá por emergencia. Así ocurre siempre.*

Volviendo a la historia que intento contar, prosigo. La nieve solo permitía seguir la huella de las ruedas de los vehículos de la locomoción colectiva y todos se desplazaban por el mismo sendero en la misma dirección.

La estación de ferrocarriles también era un espectáculo, con su estructura metálica elevada, de una blancura extrema, que estilizaba hasta sus pilares enmohecidos. Parecía una catedral gótica enclavada en la montaña.

El tren de la noche venía desde Puerto Montt. Era el preferido de los estudiantes universitarios. Le llamaban el tren de los curados. Regresaban a la capital para iniciar una nueva semana de estudios en alguna de las tres universidades. No había más: La Chile, La Católica y la Universidad Técnica del Estado. Los viajes en tren era la forma habitual de trasladarse en esos años, la década del setenta. Los estudiantes teníamos el beneficio del pasaje rebajado, me parece que era el 50%.

Esto indudablemente no habría podido ocurrir en nuestros tiempos. Es decir en la época actual. Primero, casi no existen trenes. Ferrocarriles del Estado fue desmantelado durante la dictadura militar. Privatizaron los ramales, las estaciones y las grandes maestranzas. Nada se salvó de la voracidad del impulso neo liberal. No dejaron nada. Los gobiernos que vinieron posterior a la dictadura no se han atrevido a potenciar Ferrocarriles del Estado. Lo hacen solo a medias. FFCC era

un orgullo nacional, tal como lo eran ENDESA, ENAP, LAN, etcétera. Si hasta la cooperativa UNICOOP fue víctima de esa ola nefasta de las privatizaciones que privilegiaron solo a algunos: los adeptos y amigos de la dictadura. Se llenaron las faltriqueras. Un robo que muy pocos cuestionaron. Me acuerdo y me indigno. ¿Dónde están nuestros dirigentes políticos, que nada han dicho? ¿Escondidos? ¿No existen? ¿Aceptaron todo sin reclamar? ¿Qué pasó? Duele profundamente. Quizás ahí está el germen de la corrupción y forma de ser actual, donde la ética brilla por su ausencia. Vaya uno a saber.

El tren con sus 12 carros de pasajeros alcanzó a llegar hasta la estación de Graneros. No pudo seguir. La nieve acumulada y el corte de energía se lo impidieron. Lo mismo ocurría también en la carretera. La repentina y copiosa nevada impedía la circulación de buses, especialmente en la zona de Angostura. No había forma de salir del lugar, ni devolverse a Rancagua.

Debimos permanecer hasta la mañana del día siguiente, cuando patrullas de militares nos trajeron café, que debería haber estado caliente, pero que con el paso de las horas se fue helando. Lo tomamos frío, casi congelado. El frío que durante la noche fue muy intenso, obligó a la gente, al no haber calefacción, a acurrucarse unos con otros.

En el presente las cosas habrían sido diferentes. Hasta un automóvil se puede pedir con las aplicaciones del celular. Hay más comodidad en los medios de transporte. Aunque los abusos se mantienen. Cada vez que se aproxima un fin de semana largo, los precios suben de manera exagerada. Lo indignante es la explicación. Dicen: "Así es el mercado". Los buses reemplazaron a los trenes, los grandes camiones a los trenes de carga. Así se explica que los camioneros y empresarios hayan apoyado tan decididamente el golpe militar en 1973. En la vida, al parecer, nada es gratis.

Al mediodía nos avisan que podemos abandonar el tren. Debimos caminar por los charcos de agua helada, en dirección al terminal de buses, donde una destartada micro rural nos conduciría hasta Rancagua.

Al tomar ese primer bus, pudimos observar los estragos de la nieve caída: techos de supermercados y líneas de alumbrado público en el suelo, árboles partidos en dos, animales muertos a la intemperie, etc.

Vialidad con sus retroexcavadoras había despejado la carretera Cinco Sur. El bus rural nos dejó en el centro de la ciudad. Debí retornar a mi hogar caminando. Las ropas completamente húmedas y los pies helados, que no los sentía. Había que caminar por las huellas que dejaba el paso de anteriores transeúntes. Fue una experiencia durísima. Sentirse aislado en medio de la nieve, sin poder movilizarse, rodeado de personas que también se quejaban del frío y la incertidumbre.

Al llegar a casa pude reflexionar. Qué sería de este país sin la empresa privada. Qué habría sido de nosotros sin ese bus rural destartado que carecía de vidrios en los ventanales.

A esta experiencia, del tercer momento de mi vida, la llamaré simplemente: La noche en que la nieve invadió la ciudad, los caminos y las vías. Una noche invernal del mes de junio del año 1971.

He escrito sobre tres miradas, de diferentes momentos de mi vida: la niñez, la adolescencia y la juventud. Todas ellas maravillosas.



Los últimos años de mi vida los he canalizado a través de lo que más me apasiona: escribir. Soy autor de dos obras inéditas. La primera, una Crónica sobre cuatro detenidos desaparecidos que compartieron con el autor la formación universitaria en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, a quienes desde aquí, desde

esta puerta literaria abierta por el GAM, rindo un homenaje. Ellos son: María Cristina López Stewart, Félix de la Jara Goyeneche, Herbit Ríos Soto y el Profesor de Historia Económica Fernando Ortiz Letelier. Crónica aún sin editar ni publicar. La segunda es una novela mezcla de ficción y autobiografía que narra la historia del encuentro entre un profesor socialista jubilado con habilidades premonitorias a quien desde niño denominaban “Brujo”, y un informante de la DINA, lo que vulgarmente se conocía como un “Sapo”. Ambos se habían conocido cuando jóvenes, impartiendo docencia, y ahora ancianos, se reencuentran consolidando una extraña amistad. Juntos viven los últimos años de sus vidas. Uno es juzgado y encerrado en Punta Peuco por delitos de lesa humanidad. El otro espera convencer a su familia y a los habitantes de la ciudad, de la destrucción de Santiago, su última premonición. La novela lleva por título “El Brujo y El Sapo”.

Hago lo que me agrada

Ana María Herrera

Capítulo I. Entre titubeos

Debo construir un relato comprensible que contenga información sobre mi persona. A mis casi setenta años, haré una rigurosa selección de sucesidos, anécdotas, vivencias, para agradar a los seleccionadores. No. Contaré tal vez algún secreto, como el affaire con un consagrado que debió volar a su lugar de origen, antes de meterse en honduras con una adolescente revoltosa, ansiosa de satisfacer curiosidades respecto a la vida monacal.



Tampoco creo que va a resultar interesante exponerme ante personas desconocidas y expectantes, con mis antecedentes políticos, un verdadero prontuario según los liberadores de la patria y compartido con escasas personas, luego de una ética velada. Ni hablar de exilio, tortura, los *dejà vus*, a pesar que sus secuelas me han permitido conocer pueblos y culturas insospechadamente solidarias, generosas, comprometidas.

En cuanto a mi oficio, bordado de ideales, esperanzas, de sueños, ejecutado entre burócratas y funcionarios igualmente mediocres, para mi formación sesentera con reforma universitaria incluida, me valió el apelativo de conflictiva. Reivindicada posteriormente entre mis pares, fui sindicalista; regresando de pasantía en Francia, un premio de mis jefes: ser uno de ellos, lejos de mis niños... ¡Injusto!

Tengo otra propuesta, quizás sean más atractivos para los posibles lectores, aquellos relatos de amores, viajes, desamores, que

también los tuve, algunos fugaces, de paso, de tren, y otros más duraderos pero igualmente anodinos, mezquinos, nada sinceros aunque nunca entendí la necesidad de mentir al respecto.

Entonces y ya más decidida, al finalizar lo que pudiese ser un relato autobiográfico puedo confidenciar que me ocupé de hermanos, hijos y madre, en el mismo orden y que ahora, pensionada, me distribuyo entre aeróbicos, asambleas, visitas al oncólogo, danzas, lecturas, compras en La Vega, el cuidado de mis flores rojas y blancas, las de Pedro.

Aplicando el principio de la consecuencia, tantas veces enseñado, me dejé una pequeña embarcación luego de tempestuosas y no menos dolorosas rupturas. No quemé todas las naves como se dice lo hiciera el conquistador español allá en México y a ella concurrió este maravilloso personaje, con el que comparto la vida.

Capítulo II. ¿Vacaciones?

Al menos eso creí durante un tiempo. Debíamos permanecer en casa de la Mamita Rosa —“no se les ocurra decirme abuela”—, en el campo. El abuelo paterno, adinerado y soberbio, buscaba a los niños para ocuparse de ellos como Dios manda, no era posible dejarlos al amparo, más bien desamparo de la madre, empleadilla de cuarta categoría, que había seducido a su cándido hijo.

Ajena al mundo de los adultos, disfrutaba junto a mi hermano y otros niños de las casa vecinas, de largas y aventureras tardes, los sauces como columpios y las acequias y canales que regaban el fundo, las piscinas de donde emergían monstruos de barro, felices y hambrientos. Era el turno de la recolección: uvas, moras, higos; caracoles de las viñas, asados en los hierros aún calientes de la cocina de la abuela y que devorábamos ensartados en algún sarmiento.

Ella, su marido y los hijos, se encargaban junto a otros, del trabajo que culminaba con la preparación de mostos de dudosa calidad. Para Fiestas Patrias y Año Nuevo, a modo de aguinaldo, el patrón regalaba a cada familia una vasija de 50 litros que adormecían hasta los más rebeldes o disconformes inquilinos, alcoholizados desde niños. Él, rara

vez pasaba por el frente de las viviendas de sus trabajadores. Transitaba hasta su casa, con capilla adosada y en medio de un parque maravilloso, por un camino privado y resguardado por unos perros enormes y feroces. Por ser conocida del jardinero, descubrí magnolios, variedad de flores y árboles con colores y aromas que aún recuerdo.

Eran tranquilas las veladas con la abuela, sin el marido, era cálida y generosa. Tomar mate de leche, acompañado de tortilla de rescoldo con queso y mantequilla, tesoros escondidos del dueño de casa que dormía exhausto de trabajar o muerto de borracho, eran realmente una delicia.

También había que colaborar, buscar hinojo para los conejos y los cuyes, bellotas para el cerdo que se faenaría para el 30 de agosto y bosta de caballo cuya humareda espantaba milagrosamente a los fieros zancudos. Desgranar el maíz seco, cortar leña, trasladar agua a un recipiente con ceniza que la volvía transparente y excelente para el lavado, completaban las cotidianas actividades durante el exilio tempranamente conocido.

Un cierto revuelo en la casa vecina: muchos niños de todas las edades, aún más pobres que nosotros. La mujer, me enteré más tarde, era nuera de mi abuela, a la que nunca quiso pues era presa del alcohol como muchos en el lugar. Tenía un hijo cada año y varios de ellos lograron sobrevivir escasos días.

Allí estaba, colocado sobre una mesa, vestido de blanco con un cinto celeste —por la Virgen— sentado en una sillita, con los ojitos cerrados, había velas y flores. Los adultos rezaban y nosotros, indolentes, corríamos en esa pieza sin obstáculos, alrededor del angelito que pronto se encontraría con sus hermanitos, en otro lugar, sin duda mejor que éste, sin su madre.

Ella los siguió, a poco andar, harta de ser pobre, harta de beber, harta de distribuir mendrugos. La encontraron colgada de los maderos que sostenían un esquelético parrón que hizo de tejado al único comedor existente que nos acogía en el verano para comer las ciruelas que se daban generosamente en su patio.

Meses más tarde, debimos emigrar a otro barrio, el detective contratado por el abuelo, nos había ubicado y el juez dictaría un fallo de tutela, en cuanto fuéramos habidos.

Capítulo III. Una visita en el verano

Tal vez teníamos hambre o simplemente queríamos probar que pasaría si nos sorprendían tomando los huevos de la gallina castellana, desaparecida en acción y que encontramos echadita sobre un montón de esos deseados alimentos que nos eran tan esquivos y que sin embargo aparecían generosamente al desayuno de los hombres de la casa, padre e hijo, sumergidos en una sopa de pan, olorosa a orégano y con un tantito de picor a la que yo tenía acceso si estaba a la mesa de la cocina, a las seis de la mañana. Sinceramente no era ningún sacrificio levantarme temprano, ayudar con la comida de las aves, de los perros, infaltables para cuidar la casa, para salir a cazar conejos, para jugar en el patio, cuando llegaban tan sudados y cansados como sus amos.

Venida de la ciudad, miraba con asombro cómo trepaban las gallinas con sus gallos, cuando el sol comenzaba a ponerse, dando saltitos en los peldaños de una destartada escalera, llegando a una plataforma hecha de cañas de maíz, bastante estrecha, bajando al alba como si tuviesen reloj despertador en su frágil refugio. Debían aceptar además que se hurgara en sus traseros, cuando se aburrían de dar su ración diaria de proteína, lo que ocurría frecuentemente en invierno.

Cosa muy distinta ocurría con los conejos, lindos, suaves, blanquitos y deliciosos cuando escabechados llegaban a la mesa, y su pelaje, adherido a una tiesa textura, era clavado en los muros de la parte posterior de la casa para secarlos. A la vuelta de año, adornaría alguna silla recién remozada por el hombrecito que cobraba poco, llegaba justo a la hora del almuerzo y en un Jesús, dejaba flamantes el asiento y respaldo de las silleas del comedor, otras renovadas con totora por este hábil artesano itinerante. ¡Un plato de comida no se le niega a nadie! —decía mi abuela.

El hombre, sentado en la mesa del patio, almorzaba en silencio mientras la materia prima, sumergida en agua dentro de la batea se

relajaba para permitir que su amo la torciese, realizara el tejido y los nudos que mirábamos hacer con los ojos más que abiertos. Al finalizar su tarea, se despedía levantando su gastada chupalla, dejando ver una incipiente calvicie, agradeciendo el pago y la comida. Lo veíamos alejarse hasta desaparecer en la vuelta del sauce, acompañado de un estridente concierto a cargo de los perros, numerosos como los niños e igualmente esmirriados.

Capítulo IV. Cultura etílica

Sin mucho esfuerzo, y seguramente como otros miles de seres humanos, evoco los años en la universidad con una desfachatada nostalgia. Mi interés por la historia, la literatura, el cine me llevó a conocer y frecuentar un grupo que trabajaba estos temas con algo más que afición.

Skármeta, Dorfman, Gianinni, docentes seguidos por nubes de muchachos y chicas que repletábamos las salas, cotidianamente, ansiosos de escuchar interesantes y novedosas propuestas literarias, filosóficas, políticas. Un poco más allá, Nicanor defendiéndose luego de su tecito en la Casa Blanca, ¡traidor! Allí comenzó a destacarse un recién llegado de Valdivia, más precisamente, de la Unión, amigo de los poetas que en la isla Teja capeaban la lluvia y el frío con rudos mostos y artesanías cervezas. Quizás muchas. Moreno, con rasgos indígenas, de cabello negro y porfiado, fumador y gran conversador, me encantó.

El primer premio del Concurso de Cuento de la revista Paula, trajo cóctel, cheque y felicidad para su autor, “el Mono” y para mí, su musa, un regalo: una fantástica mini falda del Drugstore. Hijo de camionero desaparecido en las torrentosas aguas de uno de los tantos ríos de la región y de una mujer sencilla y sabia a la que parecía temer, tanto como amar y a la que no se atrevió a presentarme.

Largas conversaciones, discusiones ideológicas, arreglos de mundo, de partidos, de platas... viaje por el desierto, a Buenos Aires, a dedo por supuesto, tomando mate sin parar, para matar el hambre en un departamento estupendo con la nevera vacía, solo con yerba de la

buena y de la otra; disfrutando de Mar del Plata, durante tres días con sus respectivas noches, invitados por un argentino que como única recompensa nos contempla bailar y comer, comer y nadar. Una vida un poco loca, vertiginosa no menos agotadora. Demasiado, demasiado alcohol, demasiado trasnoche, demasiado trabajo, el mío, con horarios tempraneros, más aún con la insoportable exigencia confesional, cínicamente aceptada a cambio de un sobre que resultó azul al cabo de tres ausencias a la oración matinal.

—Una carta certificada para usted. Debe ser algo muy especial.

Recibo lo anunciado. Abrir, hurgar su contenido, una enorme fotografía: una joven sonriente detrás de unas ruinas, se diría en el desierto, parecía desnuda. Yo sabía que no, hacía mucho calor, viajábamos durante el día con poca ropa y bajé los breteles para la foto, largo camino a Machu Picchu.

—Tengo copias para enviarlas a tus jefes, si continuas con tu tonta decisión de dejarme —le escuché por el teléfono. Corté y chau.

Hubo otras fotos, otras llamadas y chau. Saliendo del edificio construido en tiempo récord para una asamblea internacional, en un cierre de campaña del compañero, un poeta de mis veinteañeros tiempos, me cuenta a modo de saludo:

—Ayer despedimos al Mono, en el General.

Capítulo V. De repente, en agosto

Era un día miércoles, lo recuerdo perfectamente ya que mi horario de trabajo contemplaba todo ese día en el liceo. Los cursos inferiores, primeros y segundos medios asistían por la tarde, los mayores lo hacían por la mañana, preparación para el trabajo, se comentaba en los pasillos. La autoestima de los jóvenes era directamente proporcional a las expectativas de sus profesores que en su mayoría no daban un puto peso por un ingreso a la universidad.

El ingreso al 1º K, de Juanita, la auxiliar, tan vieja como el edificio y tan trabajadora como pocos, me extrañó. Nadie debe interrumpir una clase, había dicho la directora; será considerado falta grave, dejó estipulado en el reglamento escolar.

—Un caballero la busca, viene de Viña —adelantó con curiosidad. Conocía a mi marido y a mis hijos. Me ayudaba cada quince días en aseo acucioso y el planchado.

Pedí apoyo a un inspector, bajé las gradas hasta encontrar al caballero anunciado, su rostro, más bien su mirada, lo delató incómodo, con dificultad para iniciar un diálogo con una desconocida a la que traía una ingrata noticia. Escuché tratando de grabar sus informaciones:

En Valparaíso. No, con dos hombres altos bien vestidos. No, salieron al estacionamiento pero cuando acudí al cabo de una hora o más, vi que todavía estaba su auto allí... al finalizar la jornada de trabajo, aún no volvía, ni llamaba. En su escritorio, la chaqueta de gamuza café, en el respaldo de su silla, acusó el típico ruido de las llaves, de casa, del auto. Me las entregó. Hice un veloz link, una enfermera de la posta 3, me entrega ropa y calzado de una compañera de curso con la que estudiábamos para un jodido examen de Biología, se desmayó, no podía hablar. Le hicimos un lavado de estómago — escuché como a lo lejos— se tomó más de 30 pastillas. Pensé que había muerto. Embarazada y cagada de susto sólo atinó a irse a estudiar y sin levantar la mínima sospecha entre nosotras y en su casa.

Recuerdo haberme despedido del compañero de trabajo y cuando entré a la sala de profes, me desvanecí.

—Ocúpese de los niños, déjelos en lugar seguro, después haga lo que me ha confiado.

Mis planes eran la Vicaría de la Solidaridad, lo que hice en cuanto llevé mis hijos a casa de su abuela paterna. "Miércoles no hay abogado, vuelva mañana". Tal vez haya otro desaparecido, murmuré, o dos: habrá que cambiar esto, hay que contar con profesionales todos los días, concluyó quien me atendió los días que siguieron a mi liberación y cuyo recurso de amparo por mi marido fue rechazado, como de costumbre. Nada había resultado, visitas a hospitales, servicios de urgencia, la morgue de Valparaíso, Viña, acompañada de mi jefe, director de otro colegio en el que me desempeñaba como profesora de francés, hombre grande, de corazón generoso, quien me ofreció

protección de manera desinteresada, no pude aceptar, demasiado riesgo para una persona añosa, con problemas de salud.

Finalmente, luego de golpes y “parrilla”, regresó a casa con 5 kilos menos, amargado, encriptado. No quiso ayuda, tampoco la mía. Entonces, cada uno para su lado.

Pero yo tenía una confirmación, el lugar. Escuché los trenes de la estación Mapocho. De regreso a casa, conté en mi imaginación, con la cabeza entre mis piernas como lo dispuso el tipo que conducía, cada segundo hasta la llegada, comprobé la prisión, un lugar en obra, donde había que dar largos pasos, luego de recibir orden pues la toalla higiénica sujeta con cinta engomada, tapaba los ojos de los infelices que como yo, solo podíamos esperar un tiro en la nuca.

Esta información, coincidente con otros testimonios, permitió descubrir otro centro de tortura. Actualmente, es un centro policial que algún día me atreveré a visitar o a mirar desde la otra vereda.

Capítulo VI. Escenas de una vida común

Avanzo en mis recuerdos en el mes más largo del calendario gregoriano chilensis, septiembre. Una amarga y cruel experiencia. Para quien le asoman los nombres de personas, lugares, recuerdos en versión dramática, incorporar el humor en el relato resulta un ejercicio más complejo que los aeróbicos de las 8:30 que trato de realizar disciplinadamente, ignorando el sudor, cansancio, agotamiento, casi agonía al cabo de los 45 minutos con la instructora venezolana que está convencida que somos de stretch, chicle, elástico.

Se agrega a otro ejercicio que he debido realizar a lo largo de mi existencia, el de despojarme de prejuicios respecto a los lanzadores, saltadores, fondistas, particularmente los futbolistas, cabezas de músculo que aprenden y aplican estrategias, técnicas, se adelantan a la jugadas, deciden a quien entregan el balón. ¡Plop! ¡Piensan!

Puedo contar orgullosamente que comencé a correr a la par que participaba en largas dramatizaciones, con geniales adaptaciones de la monja artista, a la que encontré muchos años después y con la que reímos de buena gana, evocando increíbles momentos compartidos. En la secundaria, seleccionada como velocista, ganamos varias

competencias, de las que fui responsable. En la universidad, cual auténtico lobo estepario, me sumerjo en mis estudios, preparo lecturas, exposiciones, asisto a cursos de portugués y griego, gratis y de calidad, militante y seria, atiendo delegación vietnamita, recojo firmas. *Yanqui, go home!* Por la vida. Por los proletarios del mundo, uníos.

El tiempo y las necesidades apuraron mi ingreso al mundo del trabajo, recién en segundo año, con más energías e idealismo, que conocedora in situ de la explotación del hombre por el hombre. Allí conocí al padre de mis hijos, ni príncipe azul, ni valiente, un auténtico pastel, hijo único, mimado y burgués, bueno para la jarana y las mujeres, de las que me creí la elegida. Craso error. Acepté feliz atender cursos de 60 chicos y chicas por un sueldo anual con el que compramos un comedor frailer y un "Triumph", para pasear, él, los fines de semana.

Un clavo sacó otro clavo y el dejar la casa, mi casa, y a mi madre, esta mujer de cuatro décadas inicia un periplo entre escuelas sindicales, mujeres maltratadas, guiños con la iglesia, esa de la liberación, por supuesto, con Puga, Johnny Carrasco y el padre Baeza que recogía prostitutas y a sus hijos, en la calle Maipú, en las lluviosas noches de invierno, sin clientes ni comida, para dejarlas dormir en las dependencias de la Pastoral Obrera. Una empanada en la San Camilo separaba mi jornada de trabajo remunerado y el otro, a fin de mes sería un churrasco.

Un día me atreví a viajar. Junté dólares a \$39 y cuando regresé, la crema con la economía, bueno, es un decir, estaba la crema en todos lados excepto en los ordenados noticiarios de la televisión. Chilena visita Europa y sólo se da cuenta que va en ferry, cuando observa deslizarse el hielo del mar del norte, el tren era otro gran pasajero. Felizmente, guardé todo lo que no me serví durante el vuelo hasta Hamburgo, hasta lo pude compartir con un recepcionista políglota y rumano de un hotel de la misma ciudad donde me esperaría Cristina, mi hermana. Terminamos bailando el fin de semana siguiente en una discoteca de Copenhague.

Capítulo VII ¿Evocaciones gastronómicas?

—Parece que tomó un vasito de más —susurró el más chiquito.

—Creo que está algo mareada —agregó su hermano.

—Córtenla, terminó el mayor, está contenta. Cuando una persona ríe con ganas, quiere decir que vive, ¿no creen?

Ya se cumplían diez días y nada, ni un rastro.

—Pero, ¡si lo escuché!

Al comienzo dudé. ¡Tallarines! la comida favorita de mi hijo (mejor me trago su nombre). Claro que era él. Un ataque de tos me sobrevino y pude mover una pisca, la tela que me cubría los ojos, confirmado.

Repasé uno a uno los días, antes, después y los transcurridos en ese sórdido caserón y lo repetí frente a quienes, afuera, esperaban nombres, encontrar algún hilo que les permitiera guardar la esperanza de rehacer caminos, seguir huellas, un mensaje.

—¡Basta de conversación! ¡A contar lo que se ha utilizado! ¿Ya los lavaste?

—Sí, hay ocho platos, ocho tenedores, un cenicero, dos cucharas, Ariel Díaz.

—¿Qué dijiste? Recuerda que eres el que más tiempo lleva aquí, podrías batir el Guinness.

De mi caso, nada aún; los tallarines, clave. El padre del lavador de platos, hombre viejo, digno, al que necesité contestarle lo poco que aprecié en la oportunidad, para que se pusiera a pasear por la oficina, disimulando las lágrimas que retuvo todo el rato, con las emociones a flor de piel

—¿Me acepta una invitación? Vamos a servirnos una buena tallarinata, dijo casi contento.

Nada más exquisito que los tallarines con pollo arvejado, jugosos, sabrosos, de Avenida Matta y San Diego. La mujer que servía a la mesa nos quería y regaloneaba. A cambio de escuálidas monedas que reunían el valor de comida y cerveza, nos subía, unos platos

El grupo de baile del Club del Adulto Mayor, invita a una tallarinata, pro fondo viaje a Colombia. Se llevará a efecto el primer miércoles de abril a las 13 h. en nuestro local.

Valor: 4 lucas. Llevar servicio.

Agradece Ariel Díaz, Presidente.

pantagruélicos que devorábamos como que era la única comida del día, luego de ir a clases en el Peda, a escuela de cuadros y a lo que hubiera que ponerle el hombro de lunes a domingo.

Capítulo VIII. ¡Si se hubiera atrevido!

—El virus puede estar incluso treinta años en un organismo, y activarse en un momento.

—Inaudito —pensé—. Una nueva complicación.

Al fin comenzaría un preuniversitario, después de clases, costo cero, premio Jeanne d'Arc.

—Hospitalización inmediata. ¡Al diablo con mis planes! Ocuparme de la casa, mantener mis notas, lograr algo de colaboración de mis hermanos, menores e indolentes. —Y durante al menos un mes, para seguir tratamiento en su domicilio, en absoluto reposo —terminó el doctor.

Pastillas enormes y en gran cantidad, alimentación especial, reposo, lograron detener los sangrantes esputos y la tuberculosis en mi madre, enfermedad responsable de la pérdida de su joven hermana, a pesar de interminable permanencia en un sanatorio precordillerano, real antítesis de aquel en Davos, del famoso novelista alemán.

Así comenzó mi último curso de secundaria, nada auspicioso.

—Me han hablado de usted. Necesita trabajar. Necesito ayudante en la oficina, le enseñaré, es sencillo, tres tardes incluyendo sábado día de pago de los trabajadores, sueldo y bono por el sábado. No me agradezca, acepte. La espero el lunes. Almorzará con la familia.

Comencé por transcribir cifras en máquina sumadora, luego trámites en el Servicio de Seguro Social, banco, pago de remuneraciones a campesinos, ubicados en ordenada fila frente a una ventana de la habitación en la que me esmeraba por ejecutar lo que me pedía este ingeniero agrónomo de 45 años, casado, dos hijos, dedicado al cultivo de espárragos, zapallos y alcachofas.

De pocas palabras, todas las tenía su mujer, definitivamente estridente, con afanes de duquesa, sin paciencia con sus hermosos hijos al cuidado de niñera silenciosa, ya habituada a los exabruptos de su patrona.

Al parecer, todo iba bien, pero un error en una columna en libro de contabilidad, me hizo quedar como una soberana estúpida.

—¿Para qué cree usted que la contraté? ¿Se imagina que revise cada cálculo, cada actividad que realiza? No escuché nada más, sólo rompí en llanto, la humillación, la rabia por mi ineptitud, me hicieron perder el control. Salí, me encerré en el baño. Con la cara lavada, digna, entré a buscar mis cosas para alejarme de allí.

Él estaba aún en el mismo lugar, apoyado en el escritorio, desencajado, al momento de tomar yo la correa de mi bolsón de colegio, colocó su única mano sobre la mía para evitar la huida y me abrazó tiernamente. Sentí y lo recuerdo nítidamente, su brazo entorno a mis esmirriados hombros y mi frente apoyada en su pecho. Cuando pudo hablar, se disculpó, olvidé completamente sus anteriores palabras y respondí que no se volvería a repetir un tal descuido. Pero algo de su abrazo me acompañó por largo tiempo. Esquivamos los encuentros en solitario, debí soportar a su esposa, en el comedor y su anodina conversación.

Un viaje a no sé dónde, confabuló para que fuésemos los únicos comensales en un extremo de la enorme mesa del comedor de la casona. Antes que me lo pidiera, comencé a colocar mantequilla en su tajada de pan. Aficionado a la caza, recibió el impacto de un tiro que explotó y se llevó su mano izquierda. Mi ayuda, la agradeció con una maravillosa sonrisa, en un rostro sonrojado.

El chofer me llevaba a casa al cabo de mi jornada de trabajo pero un camión con producción para importante cliente, fue la oportunidad para otro encuentro, un trayecto esta vez sin palabras, solo su mano sobre la mía y con el inicio del antebrazo controlando el volante.

Cada sábado se repetía el mismo ritual, solo que esta vez, antes de bajar y con escasa iluminación en el barrio, le di un rápido beso cerca de la boca. Corriendo, abrí la puerta de mi casa

—Necesito ir al baño —murmuré.

Todos dormían.

Próxima a rendir el bachillerato, en su última versión, tuvo la gentileza de acompañarme a la facultad, deslizándose entre mis cuadernos un sobre con el dinero para pagar el derecho a dar esta

prueba que me tuvo con dolores de estómago antes, durante y varios días después.

Las cosas se complicaron, la mujer debe haber notado cambios en su marido, se le veía contento, conversador. Más relajada, yo colocaba los temas de conversación durante el almuerzo, creo que era un diálogo en el que ella se sentía desplazada. Más gritaba, hacía escenas de la nada y su marido, nuevamente se refugió en el trabajo. Era evidente que él tampoco lo pasaba bien. Consecuentemente católico, con atracción culposa hacia una joven que podría ser su hija. ¡Pero no lo era! Responsable, racional... ¡Si se hubiera atrevido!

—Vamos a tener un tercer hijo, ojalá sea niña. ¿Qué te parece, linda? —comentó la dama la víspera de mi partida, esta vez definitiva.

Capítulo IX. Solo para adultos y mayores

Casi sin darme cuenta, he desarrollado estrategias para enfrentar diversas situaciones, unas más complejas que otras, y de diferente origen, por supuesto. El denominador común ha sido el trabajo, llenar las horas con actividades y romper, de rompe y rasga, con aquello que me provoca molestia, dolor, humillación.

—¿Sabes bailar salsa?

Una colega, entusiasmada con la idea de aprender esta contagiosa danza, me invita y acepto. Atreverse a saltar caderas en amenas clases, luego de la acu aeróbica y acondicionamiento físico, resultó genial y oportuno. No sé si bailo tan bien, pero tengo diploma de un profe cubano portorriqueño fogueado en Nueva York, con evaluación final en una salsoteca del Bellavista, con fotografía incluida.

—¡Un café, para la señorita!

Era un compañero del gimnasio, más tarde confesó, incómodo, que se ubicaba tras mío, porque si perdía la secuencia, solo debía seguirme.

—¡Gracias, pero yo pago! ¿Qué se creará este fulano? Un hola es eso, un saludo, nada más.

—En realidad, temía que te molestara mi insistencia en esperar que subieras al destartalado vehículo, antes de dirigirme a casa en

sentido opuesto. Cuando aceptaste ir a devorar un enorme sándwich, cerca del gimnasio, me agradó tu conversación aunque no entendía tu insistencia en hacerme hablar de mi mujer y mis hijos.

A la semana siguiente, cenamos pasta con salsa de jaiba, exquisita, aunque no me atreví a llevar a casa, como lo sugirió el garzón, lo que no pude servirme. Me dio vergüenza y al día siguiente me arrepentí profundamente.

Aprovechando mi prolongada licencia, el compañero de amores durante 18 años, cortejó a una colega, le resultó y lo negó cuando yo, transformada en bruja, descubrí sus mentiras. Se lo reproché inconsolable, cual escena de teleserie de la tarde. Le pedí que sacaras sus cosas. Rápidamente lavé mi cara, me puse lentes de sol y partí a la feria.

Un congreso docente, en la Habana, me ayudó a asumir esta pérdida, qué digo ¡el acierto!

Siempre me he negado a quemar todas las naves, tampoco lo hizo Cortés, me dejé una pequeña embarcación a la que trepó aquel tímido ingeniero, perseverante, confiable, sincero.

La experiencia de una seria enfermedad y la partida de mi madre, aceleran la funcionalidad en nuestras vidas, inhiben la burocracia y mi endémica manía de planificar todo. Irnos a un departamento sin historia, viajar ampliando los monótonos itinerarios de las agencias. Around the world ha sido un muy buen aliado para este par de loquillos que vinieron a encontrarse ya grandes, con vitalidad y energía para celebrar dentro de pocos días, 14 años de una vida nueva, interesante y feliz. Le confiaré este texto, como todos los anteriores, aunque conozco su opinión, me encanta escucharla, es mi fan incondicional... ¡y lo amo!

Capítulo X. Entre quiebres y magulladuras

Al escribir 2017, me quedo en el 17, no es cábala, ni magia, una simple relación. En lo posible nos encontramos con mis hermanos en el otro hemisferio, cada dos años, coincidente con número impar. También tratamos de incluir algunas visitas por ciudades que deseamos conocer

más allá de los documentales de televisión, revistas de aerolíneas, publicidades varias.

Con una infancia feliz, bruscamente finalizada por la inconfesable enfermedad de mi padre; adolescente rebelde, contestataria, amarga con mi madre, quien debió, seguramente, soportar más tempestades que calmas, de la consentida de su marido.

Hice mis estudios en colegios de barrio muy católicos, castigadores, disciplinados debiera escribir. Responsables de mi sólida base escolar, de un amor loco y el ser agnóstica.

Por fin la universidad, estudiar, leer, al punto de creerse enciclopedia, aprender como esponja, más Marx, Engels, el Boom Latinoamericano, los Beatles, Woodstock, musa de Carlos, demostraciones políticas espectaculares, trabajo, amores, hijos. Y otro quiebre. Esta vez brutal, demasiado largo, demasiado cruel, demasiado devastador. Fueron 17 años casi sin amigos, afectos, profesores, compañeros, hermanos. Sin embargo, logré conquistar un espacio laboral y sindical: organización y responsabilidades.

Paralelamente, me refugié en actividades de mi mayor interés: educación, lengua y cultura francesa, política nacional e internacional, feminismo. Conociendo gente maravillosa, inteligente, consecuente, confiable, en ONG de diversa índole, reforzando mis conocimientos y convicciones; en suma, creciendo.

Llegada la alegría al país, recupero confianza, me la juego y gano pasantía a Europa. Disfruto de todo. Me maravilla todo. Los becarios venidos de África francófona, aquellos del Este, de la Federación Rusa, increíbles. Bailamos, cantamos, nos caminamos todo, experiencia inolvidable y al volver un cargo de jefatura. No entiendo nada.

Ya no hablaré de quiebre, a trece años de visitas al oncólogo, a setenta de mi nacimiento, a veinte de ser abuela, a cinco de la partida de mamá y en esta etapa de pensionada, aprovecho para hacer lo que me agrada: estudiar, leer, bailar. Me interesa organizar, me gusta apoyar, informar, enseñar ahora a mis pares. Disfruto a mi Pedro, escribo...

8

Trazas de vida

Mauricio Perrin

Permiso para recrear

Pese a concordar en muchas cosas con el genial Bryce Echenique, pero más específicamente con su premisa “la autobiografía es un invento”, me esforzaré en este desafío que nos plantea la maestra Emilia en



nuestro taller de escritura, en recrear en forma fidedigna algunas vivencias, en orden cronológico, aunque temo que no resultará sencillo, dado el largo tiempo transcurrido de mi longeva existencia. Solicito la comprensión de los eventuales lectores, porque además de mi natural reserva, me veré obligado a omitir algunos aspectos (de hecho los más sabrosos), debido al consiguiente pudor que me generó saber que serían leídas

públicamente en nuestras sesiones de los días lunes en el taller.

Nací el siglo pasado en Valparaíso, y fui bautizado en la Parroquia Los 12 Apóstoles, cuyo edificio en ruinas observo con pena, cada vez que visito el antiguo barrio El Almendral, porque aún permanece severamente dañado por un terremoto acaecido el siglo pasado. Pese a encontrarse al lado del Congreso, pareciera el pariente pobre del faraónico edificio del Congreso Nacional, y permanece clausurado, con una torrecilla a punto de desplomarse. Una paradoja, considerando la estratosférica suma asignada anualmente para estipendios, dietas y viáticos a sus vecinos parlamentarios.

Una cosa que recuerdo, a la tierna edad de tres años o tal vez menos, es la presencia de una mujer grande y cariñosa, tía Laura supe después que se llamaba, vecina nuestra quien hacía las veces de

cuidadora dado que mi madre era oficinista, y no siempre contaba con ayuda de una nana, o con la colaboración de mi señor padre, figura ausente que terminó abandonándonos para dar otro giro a su vida. Así las cosas, solo tuve un padre nominal, que muy a lo lejos enviaba algún presente.

Posteriormente mi madre volvió a casarse. Años después, nos explicó a mi hermano mayor y a mí, que en ese tiempo una mujer divorciada era mal vista por la sociedad, y además quiso hacerlo para darnos un hogar. Sin embargo, por alguna razón que nunca entendí, al poco tiempo fuimos enviados a La Serena a casa de los abuelos. Mi abuelo Pierre serio e imponente, casi no hablaba, afectado por la demencia. Por su parte mi abuela Rosa muy devota y pechoña volcaba su energía en obras pías. Mi hermano y yo éramos invisibles para ellos.

Un día, tendría entonces cinco años, me detuve maravillado frente a un aparador colmado de tortas y dulces recién hechos, y cuando quise tomar uno, mi abuela se negó aduciendo que los había hecho para una fiesta de la iglesia. Había un patio con árboles frutales. Una vez saqué una papaya pero cuando la estaba mordiendo me pillaron, y rápidamente debí enterrarla para detener el reto. Y también recuerdo el dormitorio de los abuelos, donde la cama lucía un cubrecama a crochet, almidonado y blanquísimo, bajo la cual me gustaba esconderme y permanecer calladito.

Día de la Madre

Los días grises y amenazantes de lluvia, tal como se presenta el día de hoy, me suelen deprimir. Tal fenómeno coincidió con este miércoles 10 de mayo, oficialmente Día de la Madre, fecha en que tenía previsto retomar la autobiografía comprometida en el taller desarrollado en el GAM. Cabe señalar que si bien para mí nunca fue cuestión de conmemorar y celebrar a mi madre en una determinada fecha, los pasados días el bombardeo de mensajes publicitarios instando a recordar y enaltecer la figura materna, tanto en la radio como en las redes sociales, ha terminado por hacerme sentir, con especial fuerza, su ausencia.

Diariamente miro con cariño su fotografía, ubicada en un lugar de privilegio dentro de la galería de portarretratos que tengo instalada

sobre una cómoda, y no faltan ocasiones en que debido a alguna circunstancia la recuerde con nostalgia.

Mamá Silvia, mujer abnegada y cariñosa, que fue capaz de darlo todo por sus hijos, sin hacer distinciones, y con quien mantuve siempre una relación cercana y auténtica. No puedo evitar que esta celebración me sensibilice, y recuerdo cuando semanas antes de esta fecha comenzaba a pensar en un digno regalo para entregarle. Conocía sus gustos, y por más que ella asegurara que un abrazo o una flor le bastaban para sentirse festejada, me esforzaba por encontrar algo novedoso, que la sorprendiera gratamente. Luego de abrir el regalo, y manifestar su contento solía decir: "Gracias, pero no debió haberse molestado".

Una vejez devastada.

Habiéndose demenciado a los 75 años, los últimos días de mi madre fueron muy tristes. De ser una mujer culta, infatigable lectora, y con una variedad de intereses humanistas, políticos y sociales, y gran conversadora, pasó a convertirse en una sombra inescrutable, que asistía a las reuniones familiares como espectadora ausente.

Mamá Silvia vivía en Quilpué con su marido, y si bien yo trabajaba en Santiago y los fines de semana los tenía ocupados con temas domésticos u otros, procuraba hacerme el tiempo de visitarla de vez en cuando. Aún recuerdo sus últimos años, cómo me recibía con un cariñoso abrazo, preguntándome reiterativamente cómo había estado el viaje. Luego de repetirle sucesivamente que el viaje había estado bien, yo comenzaba a fastidiarme, y debía esforzarme en asumir que ella no lo hacía por molestar, sino porque olvidaba todo rápidamente. Hasta que volvía a la carga.

Así pasaron unos cuantos años. Si al comienzo la invitaba a salir para tomar el té en una pastelería de su agrado, con el tiempo ello no fue posible porque no deseaba salir. Cuando viajaba a saludarla para el Día de la Madre o en su cumpleaños, resultaba frustrante el escaso o nulo entusiasmo que ella mostraba al abrir sus regalos. Estaba ida. En el viaje de regreso, no conseguía apartar su imagen de mi pensamiento, lo importante que había sido en mi vida, y con mucha fe pedí a Dios por su recuperación.

Tiempo después, y en conocimiento que se encontraba ya muy apagada, viajé y la encontré acostada. Le llevaba de regalo una bata de levantarse y artículos de tocador, pero ni siquiera los miró. No quería almorzar, y me senté a su lado intentando que recibiera una cucharada de sopa. Le hablaba y la miraba con ternura, pero ella ya no me reconoció. Al día siguiente, de regreso en Santiago recibí la noticia que mamá había fallecido a causa de un paro cardiorrespiratorio.

Días de colegio

Recuerdo mis primeros días escolares, en el Kindergarten del Colegio English School de La Serena, uniformado en un traje de franela gris, con pantalón corto y chaqueta cuyo bolsillo superior portaba una insignia representando un león rampante verde. Llegando al colegio debíamos ponernos un mameluco beige y luego en perfecta formación entrábamos a la sala de clases. Éramos pocos alumnos, y el ambiente imperante era de alegría, con juegos divertidos. Aunque era típico poner moteos chistosos tanto a los compañeros como a los profesores, recuerdo que no eran especialmente ofensivos. “Cabeza de zanahoria”, a un compañero con cabello rojo, “Cara de pollo” a un profesor añoso y arrugado. En mi caso parafraseando mi apellido, algunos me decían “Perrán, perrín, perrún”, ante lo cual me hacía el desentendido. Nada tan terrible, y mucho menos se practicaba acoso, como es corriente hoy en día. Un recuerdo impactante, tal vez por lo inesperado y desconocido hasta ese momento, fue llegar un día al colegio y ver instalado en el patio principal el túmulo funerario de una maestra recientemente fallecida, con los típicos velones y coronas rodeando el ataúd. No hubo explicaciones, por tanto a nuestra temprana edad eso nos perturbó.

Luego partimos con mi hermano Sergio a Santiago, donde me entretenía viajando en tranvía y conociendo la ciudad. Vivimos un tiempo con la nueva familia de mi padre, pero por algún motivo, eso no funcionó y regresamos a Valparaíso, a reencontrarnos con nuestra madre y su nueva familia. Fuimos matriculados en las Preparatorias del colegio La Salle, ubicado en un antiguo edificio ubicado en pleno centro, que años después se derrumbó luego de un terremoto que asoló la región. El uniforme, algo más sofisticado, consistía en una elegante chaqueta cruzada, de color azul marino, con botones

dorados. Se acompañaba de pantalones grises cortos en verano y de golf (conocidos comúnmente como guarda peos) en invierno. Odiábamos esos ridículos pantalones pero según el reglamento debíamos esperar algunos años todavía, para que nos permitieran usar pantalones largos. Lo cual era como un cambio de vida, pasar a ser considerados adultos.

Hice la primera comunión a los 6 años. Durante el mes de María en cada sala se instalaba un altar y comenzábamos el día rezando la oración del mes. En la fiesta de aniversario del colegio, teníamos un desayuno con chocolate y torta y nos llevaban al cine donde veíamos películas bíblicas. En tercer año, tuve un profesor muy cariñoso. ¿Por qué lo digo? Su escritorio montado sobre una tarima, le servía de pantalla cuando llamaba a un alumno para mostrarle un libro, y comenzaba a acariciarle las piernitas aprovechando que usábamos pantalones cortos.

Otros recuerdos significativos de esa época fueron la festividad de las Glorias Navales, cuando nos correspondía desfilar con otros colegios de la ciudad, el día 20 frente al monumento a los Héroes, acompañados de una banda de guerra, y luciendo nuestro impecable uniforme complementado con un albo y planchado pantalón blanco, el cual luego de sucesivos desplazamientos y el tradicional paso de parada terminaba en muy malas condiciones.

Posteriormente, a raíz de un cambio de casa, vivimos en un barrio conocido como República de Playa Ancha, donde fui matriculado en el anexo del Liceo N° 2, antigua casona cuyo patio estaba lleno de árboles frutales. Los gastados pupitres y las ruinosas salas de clases eran el marco adecuado para los añosos profesores, pero como jóvenes eso no importaba. Ya en esa época comenzó a aflorar mi competitividad por acceder a los primeros lugares, sin gran esfuerzo debo confesar, porque me agradaba estudiar y destacarme. Al llegar el inicio de las clases, luego de un largo período de vacaciones, sin mucho que hacer durante esos tres meses, recuerdo el placer enorme de recibir mis nuevos cuadernos, útiles escolares, libros, forrarlos lo más artísticamente posible y ponerles mi nombre, dando con este rito el inicio oficial de un nuevo año escolar.

Es cierto que a veces eché de menos alguna palabra de aliento, o la felicitación de mis mayores por mis logros académicos. Aunque en

mi casa siempre se dio por sentado que sacar buenas notas era lo esperable, y ello no tenía nada especial, siempre me esforcé por dar el máximo, sin esperar recompensas.

Posteriormente, el Anexo fue trasladado a otro recinto, tan deteriorado como el anterior: el Chalet Aguayo, residencia de una acomodada familia ya desaparecida, conservaba aún su pasado esplendor. Sus torreones, gárgolas, techos altos, parqué de madera, frisos, bajorrelieves y frescos, fueron para mí motivo de gran gozo y me hicieron experimentar por primera vez el amor por la arquitectura y por el arte. Además el edificio se emplazaba frente a la bahía por tanto la vista del mar era insuperable. Justamente en esa época comencé a escribir poesías y a tratar de pintar con acuarela o témpera. Si bien debí asumir que no tenía aptitudes para el dibujo, a fuerza de pintarrapear hojas y cartones conseguía, según algunos, resultados medianamente aceptables, paisajes muy coloridos, de estilo impresionista.

En Humanidades, un nuevo cambio de local nos instaló en una construcción moderna, ubicada en la Avenida Playa Ancha. Construida especialmente para albergar cómodamente a todo el plantel, incluyendo la residencia particular del rector. Fue un cambio total, con canchas, camarines, diferentes patios, nuevo mobiliario, laboratorios. La mejor infraestructura permitió la organización de actividades diversas y entretenidas: academias literarias, de teatro, talleres, campeonatos.

Habiendo llegado el momento de pensar en una carrera, opté por elegir el 6º Científico, aunque las letras igualmente me resultaban atractivas. Producto de lo cual participé en una obra de teatro, de un taller de literatura, de la celebración de la toma de La Bastilla pintando un gran cuadro —copia de *La Libertad guiando al pueblo* de un famoso pintor francés—, y representando al liceo en el concurso “Imagen de la Historia” organizado por el canal UCV y auspiciado por varias embajadas, donde luego de sucesivas y angustiosas etapas de eliminación fui proclamado vencedor.

En esos tiempos la televisión transmitía en blanco y negro, y por motivos técnicos a las mujeres les pintaban los pómulos y los labios con un color rojo furioso, en tanto a los hombres nos ponían una base de maquillaje y nos ennegrecían las cejas con un pequeño cepillo. Parecíamos monos, pero eran tantos los nervios por no equivocarse en

las respuestas y ser eliminados que lo aceptábamos todo sin chistar. Finalmente, junto con recibir un bonito diploma adornado con un gran sello lacrado de la UCV, las felicitaciones de las autoridades, y muchos y hermosos libros y enciclopedias, me retiré a casa esa noche final del certamen, contento pero con una vaga sensación de frustración por no haberse cumplido mis expectativas de obtener como premio un viaje a algún país europeo.

La carrera universitaria

El ingreso a la universidad en Santiago, implicó un vuelco total en la apacible existencia que llevaba en Valparaíso, mi ciudad natal, donde me desenvolvía como pez en el agua. La diaria vista del mar, el sonido del ancla y la sirena de un barco que recalaba o que partía, el canto de las gaviotas que escuchaba desde mi dormitorio, los invasivos sonidos de la banda de guerra provenientes de la Escuela Naval vecina a mi hogar en Playa Ancha, los viajes en ascensor (como llaman los porteños a los funiculares) o en trole, viejos y lentos pero no contaminantes, los baños en las playas cuando el clima lo permitía. Prácticamente debía comenzar una nueva vida, a poco de haber cumplido 18 años, aunque eso no me intimidó.

En Santiago fui recibido en casa de mi padre, con quien nunca había vivido. Todo resultaba nuevo para mí, pero tanto su familia como yo logramos establecer una convivencia lo más normal posible. Antes de eso, los últimos años habíamos compartido momentos gratos cuando viajaba a Santiago algún fin de semana para asistir a algún espectáculo o disfrutar de la intensa vida cultural capitalina, alojándome con ellos. Sin embargo nunca me sentí muy cómodo, y con el correr del tiempo, y habiendo conocido mi primera pareja optamos por compartir una pieza arrendada, asumiendo yo con mucha alegría lo que significaba ser estudiante y dueño de casa.

La vida universitaria, en un entorno muy comprometido con los cambios sociales (la emblemática Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, enclavada en la Avenida J. P. Alessandri), foco permanente de tomas, protestas y desórdenes, lo cual no afectó mayormente mi rendimiento. Pese a ser joven, mi crianza conservadora y formal no facilitó ningún tipo de indisciplina o

desbordes revolucionarios, propiciando más bien la responsabilidad y la constancia para lograr mi meta de titularme en el plazo previsto.

Este escenario resultó seriamente trastocado cuando habiendo completado exitosamente todos los cursos de la malla curricular, me dirigía la mañana del 11 de septiembre de 1973 hacia mi Escuela en Macul. Pero encontré las puertas cerradas, gente que corría trastornada por la calle, y me di cuenta que algo grave pasaba. No había locomoción, y afortunadamente alcancé a tomar un taxi —tal vez el último que aún circulaba—. Aunque el conductor me dijo que estaba fuera de servicio y se iba a su casa, conseguí que me acercara a las torres San Borja barrio donde residía en aquel tiempo.

A no dudarlo ese día fue pavoroso. Como la gran mayoría de mis conciudadanos ni en las peores pesadillas hubiera experimentado visiones tan terroríficas y sentimientos tan encontrados. Ya en casa, y escuchando la radio, nos enteramos junto a mi arrendatario, tan alarmado como yo, del golpe militar en curso. Así fue que cerca del mediodía subimos a la terraza del edificio para observar el vuelo rasante de los Hawker Hunters por el cielo de Santiago y presenciamos conmocionados e incrédulos las grandes lenguas de fuego que surgían del lugar ocupado durante siglos por La Moneda. Durante esa tarde, desde el piso 16 de nuestra torre ubicada en calle Portugal, cercana a la Posta, escuchamos tiroteos y gritos provenientes de las calles aledañas. Momentos de especial temor vivimos cuando llegó al lugar una patrulla militar, iniciándose una balacera hacia el primer y segundo piso de la torre, ocupados por oficinas del SERVIU, cuyos funcionarios dispararon por un rato, hasta que todo quedó en silencio. Nunca supimos el resultado de esa escaramuza porque como medida de protección nos encerramos por horas en los baños, ubicados al centro del departamento, lejos de los ventanales, esperando que terminaran los balazos. Los días siguientes, enclaustrados y viendo los frecuentes bandos de la Junta Militar en un pequeño televisor marca Antú, vivimos presas de la zozobra y del miedo, casi sin comida y aislados, excepto por algunas noticias de quema de libros y de allanamientos, que nos traía un amigo aventurero y osado que salía a investigar la situación, con gran sigilo, y que pasaba a acompañarnos breves minutos, dado el toque de queda.

Varios días duró nuestro encierro hasta que se pudo circular nuevamente, aunque sólo a ciertas horas porque se mantenía el estado de sitio decretado por la Junta Militar gobernante. En cuanto se dio la primera oportunidad acudí a mi lugar de trabajo, una empresa estatal donde recientemente había efectuado la práctica profesional, enterándome que había sido desvinculado con fecha 11 de septiembre, y que tenía derecho a un subsidio de cesantía, dinero escaso que apenas bastaría para mantenerme un breve período. La situación era difícil para todos, y en mi caso más aún porque me faltaba realizar la tesis conducente al título profesional. Para peor en el ambiente convulsionado en que desenvolvía la vida del país, con mi Escuela clausurada y los profesores que en su mayoría huyeron del país, en esos momentos mis posibilidades eran prácticamente nulas. Gracias a la ayuda de unos familiares logré ser contratado en la Contraloría General, en el último grado del escalafón administrativo, siendo asignado al Servicio de Bienestar.

Realizaba un trabajo sencillo, rutinario, pero tuve la fortuna de encontrar un importante respaldo en la jefatura (el querido Dr. Cruzat que paseaba por los pasillos fumando un fragante habano) para ausentarme algunas horas de la oficina e integrarme a otros dos colegas para desarrollar nuestra investigación, en el Instituto de Neurocirugía. Una vez aprobados todos los requisitos académicos y pese al engorroso reinicio de clases en la universidad (mi Escuela había sido intervenida tras encontrarse armas en el entretecho de la biblioteca), logré por fin conseguir una fecha para el examen respectivo, y titularme obteniendo de la Comisión examinadora una calificación de Distinción Unánime. Ello ameritó que días después, para celebrar dignamente semejante acontecimiento, me diera el lujo (rompiendo mi querida alcancía) de invitar a cenar a una de mis compañeras de la tesis al Hotel Carrera, considerado en ese entonces el non plus ultra de la ciudad.

Ora et labora

Encontrándose muy deprimido el mercado laboral el año 1974, como consecuencia de la ruina económica que atravesaba el país después de años de un gobierno izquierdista, boicoteado por los empresarios, aun

cuando ya podía ostentar con orgullo mi flamante diploma, me vi obligado a meditar seriamente acerca de mi futuro laboral.

No tenía dinero para viajar a París (mi sueño) a especializarme, no tenía amigos poderosos, no tenía recursos para instalarme por mi cuenta, y habiéndome visto obligado a retornar al hogar paterno, exprimía mi cerebro buscando posibles soluciones. Al mismo tiempo rezaba, hacía mandas, y me puse con mucha fe en manos de Dios. Pese a las atrocidades cometidas por la Junta, que de repente se conocían por trascendidos o por rumores, un día pensé, si no puedes ir contra los demás únete a ellos. ¿A quiénes? Pues a las FFAA, nuestros amos que regían el país, y que según se decía, tenían para rato en el poder.

Así fue como un buen día, un poco al azar, dirigí mis pasos a la Dirección de Sanidad de la FACH, para ofrecer mis servicios como profesional joven, recién egresado. Sin padrinos ni recomendaciones de ninguna clase como era lo convencional en esa cultura, solo con mi mejor sonrisa, logré convencer a una imponente y sorprendida secretaria que me permitiera saludar al señor Director. Fue una visita cordial, donde fueron escuchadas pacientemente mis pretensiones de obtener un empleo, y al cierre de la entrevista se me informó que tendría noticias. Al poco tiempo fui citado a una entrevista con el Médico Jefe del Servicio de Salud Mental, quien me reveló su asombro ante la audacia mostrada, pero sin hacer mayor cuestión entró en aspectos técnicos y comenzamos a dialogar. Resultado de lo cual dentro de ese mismo mes ya tenía mi nombramiento en el escalafón profesional, dejando atrás los padecimientos de la cesantía.

Durante mi permanencia de doce años, trabajando jornada completa en esa área, debo haber atendido cientos de personas (paciente como les llaman en los recintos hospitalarios), algunos con mayor fortuna eran dados de alta, otros devenían pacientes perpetuos, que iban y venían, porque estaban muy dañados, o no conseguían zafar de sus pasados o entornos tóxicos. Periódicamente también debía recorrer el país integrando comisiones para la selección anual de postulantes a cadetes o alumnos de las Escuelas Matrices, y también del personal de la dotación antártica. Por un tiempo también me desempeñé en Medicina Aeroespacial, checando al personal de vuelo y examinando aspirantes a piloto comercial o privado.

Me encontraba tranquilo, sentía que realizaba una labor importante tanto para mí en lo profesional como para mis pares y para mis semejantes, pero a veces experimentaba el desgaste natural de un profesional de la salud mental, cuya jornada laboral extensa atendiendo todo tipo de trastornos, lo conduce inexorablemente a lo que se conocía en ese tiempo como "fatiga operativa". Justo en ese momento, a raíz de un entredicho entre la autoridad y este humilde servidor (que no ostentaba rango jerárquico), fui desvinculado, sin derecho a ningún tipo de compensación.

Ello implicó pasar un período significativo en búsqueda de un nuevo empleo, más aún cuando pese a la necesidad de salir a flote, no era posible reingresar a ese mundo tan especial, donde operan redes poderosas y amuralladas, que lo impiden. Sobreviví por lo tanto un tiempo largo, realizando consultorías y trabajos menores, mas sin perder la confianza en mí mismo.

Fue entonces un aviso en El Mercurio, publicado por SENCE, llamó mi atención. En primer lugar porque en esa época no era habitual que la administración del Estado publicara en la prensa concursos para contratar profesionales. Tradicionalmente ingresaban por recomendaciones o pitutos. En segundo lugar por lo interesante de las funciones y tareas asociadas al cargo. Así entonces postulé de inmediato, y al poco tiempo me citaron a un examen de conocimientos (luego me enteré que integraba el selecto grupo de pre seleccionados), posteriormente a una entrevista personal, y finalmente a otra entrevista con una pareja de importantes personajes, quienes me anunciaron que el cargo era mío, y que debía incorporarme de inmediato.

Como persona y como profesional siento que mis 23 años de trayectoria en ese importante servicio público fueron de gran realización, y recompensados por la satisfacción de haber aportado efectivamente a la orientación e inserción laboral de personas vulnerables. Creo tener vocación por lo social, la solidaridad, por abrir espacios para la integración y la inclusión. De ahí que luego de haberme pensionado hace poco, traté de incursionar en el mundo de los inmigrantes, postulando a diversas instituciones, pero nada resultó. La vejez, volví a constatar, se transforma, pese a todos los discursos

políticamente correctos, en la peor traba para postular a un trabajo, aunque éste sea modesto y de escasa figuración.

Tribulaciones no inventadas (en función de la tarea con carácter de “triste”, asignada por la maestra)

Una de las peores épocas de mi vida fue cuando tras ser exonerado injustamente, y para peor sin recibir un puto peso de indemnización, me vi obligado a enfrentar la cesantía. Ya en ese tiempo, tener 40 años de edad no contribuía a abrir puertas. Se privilegiaba a los profesionales jóvenes, idealmente recién egresados, bajo la premisa que no tenían “mañas” y ofrecían mayor flexibilidad para plegarse a la cultura organizacional. La verdad detrás de ese argumento es que los más jóvenes habitualmente se mostraban dispuestos a percibir rentas modestas.

A partir de ese momento, sin tener tiempo para realizar el correspondiente proceso de duelo, ya que no tener ingresos para costear gastos mensuales ineludibles tales como arriendo, gastos comunes, servicios básicos y, en menor proporción alimentación y transporte, resulta devastador para cualquiera, debí tragarme la pena y la rabia, y comenzar a recurrir a las amistades y conocidos, sin mucho éxito, obteniendo solo palabras de aliento y comprensión. Agotada esa estrategia, se me ocurrió crear una empresa consultora, tipo circo pobre, donde cumplía simultáneamente los cargos de gerente, administrativo y estafeta. Para ello habilité con muebles de segunda mano una oficina en mi casa, y comencé a despachar cartas personalizadas según el tipo de cargo ofrecido, a diferentes empresas, para ofrecerles mis servicios de reclutamiento y selección de personal.

Lo pasé mal, muchas noches de insomnio y horas de desesperanza, pero cada mañana al levantarme pensaba que el nuevo día traería algo bueno. Si bien logré algunos ingresos, paralelamente mi relación de pareja se truncó, entre otras razones porque me puse intratable y las expectativas de apoyo y solidaridad no se cumplieron. Después de un año en esas condiciones creí haber tocado fondo.

Solo, con una visión negra de mi futuro, las mayores alegrías que recuerdo de esa época eran las visitas de mi madre, quien pese a detestar Santiago, periódicamente viajaba a visitarme para darme ánimo. Nunca olvidaré un día que esperaba su llegada, y tras constatar

que excedía la hora acordada bajé a los jardines del edificio para tratar de divisarla a lo lejos. Continuaba pasando el tiempo, y entonces luego de prevenir al portero para informarle que yo regresaba pronto, me encaminé a un supermercado cercano para comprar unas cuantas cosas para el almuerzo.

Grande fue mi sorpresa, y luego emoción al encontrar a mi madre caminando y depositando en un carro distintos productos, muchos de ellos suntuarios, algunos de los cuales no probaba hacía ya tiempo, como un queso bola y otras exquisiteces. Confundido, y algo molesto me acerqué rápidamente y comencé a devolver aquellos alimentos a las góndolas, con la consiguiente sorpresa de mi madre. Abrazándola, moví la cabeza y le dije: “Pero mamá, no puedo permitir que gastes tanto dinero, cuando sé que no te sobra”. “Ya tengo pensado el almuerzo y verás que no quedará malo”. Luego de algunas protestas, ella finalmente logró salvar el queso y algunas otras delicatessen (para mi vacía despensa), asegurando que si no, se enojaría.

Convertido en narrador, me permito expresar con la mayor honestidad y sinceridad que mamá Silvia fue y será una figura entrañable, que siempre me acompañó en los buenos y malos momentos. Cuánto la echo de menos.

Amores de incierta permanencia

Si bien suele existir consenso respecto de la fragilidad de la memoria, fenómeno determinado tanto selectivamente en función de la ocurrencia de sucesos ingratos o experiencias traumáticas, como del inexorable deterioro de las neuronas, en mi caso particular creo recordar bastante bien la variopinta travesía amorosa recorrida.

Mis primeros romances —estoy hablando de los años 60—, no comenzaron tan precozmente como es la usanza actual. En esa época, o al menos en mi entorno, todo era serio. El estudio, la rutina hogareña, el respeto a los mayores, las responsabilidades y deberes. En mi caso nunca hubo rebeldías o trasgresiones a lo que se esperaba de mí. Tenía una meta clara en cuanto a mi ingreso a una carrera prestigiosa, por tanto me concentraba en ser un buen alumno. Solo esporádicamente me entretenían unos cuantos hobbies —palabra actualmente en desuso—, tales como el basquetbol, la filatelia, la lectura, la poesía y la pintura. De ahí que mis dos únicos pololeos adolescentes, fueron muy

tranquilos, tal vez algo desabridos, como sin querer queriendo, con desenlaces previsibles y sin dramas.

Es posible que la falta de experiencia en estas lides me llevó a embarcarme en una relación bastante apasionada, durante mi primer año de universidad, donde junto con conocer por primera vez un amor pleno, paralelamente comencé a sufrir las turbulencias derivadas de una elección errónea de pareja, cuya inestabilidad y fragilidad emocional terminaron por superarme, asumiendo finalmente que no valía la pena continuar.

Recuerdo que pese a lo tortuoso de esa primera experiencia, logré darla por superada. El trasplante desde una tranquila vida provincial al tráfico de la capital, sumado a las altas exigencias de la vida académica no favorecían mi integración socio afectiva. Pese a ello no me resultaba difícil conocer personas y eventualmente involucrarme en relaciones sentimentales, las cuales solían ser pasajeras, sin mayor asunto. Tendía a ser idealista, crítico y perfeccionista, rasgos que para bien o para mal conservo aún hasta el día de hoy.

Curiosamente, como si los astros hubieran predeterminado mi soledad existencial, o tal vez por una suerte de mandato interno, habida la disfuncional familia que me crio, mis relaciones afectivas adultas han naufragado sucesivamente. Algunos obstáculos surgían en forma indeseada: involucrarme sentimentalmente con personas cuyo proyecto de vida contemplaba irse del país (conmigo o sin mí); o en forma impensada: conocer personas en mis viajes al extranjero y mantener durante un tiempo —no exento de tormentos y pesadumbre—, relaciones imposibles de perpetuar debido a la lejanía física; o derechamente por sentirme atraído por las personas equivocadas, o peor aún quizás tan dañadas como yo, resultando situaciones difíciles, donde el diario vivir era una lucha constante por buscar acuerdos, reconciliaciones, restaurar la relación, debilitando el amor y la confianza mutua.

Mirando en perspectiva, guardo hermosos recuerdos de quienes me amaron y a quienes yo también amé. Algunos, ya fallecidos, a los cuales suelo encomendar a Dios. Cercanías que cuando añoro me hacen cuestionar mi incapacidad por no haberlas podido retener. ¿Habría bastado mayor voluntad y tolerancia? O ¿más amor?

Anexo 1: La mentira de “la vida loca” (canción de Ricky Martin, mal ejemplo para muchos)

Sentada frente a su tocador Susana se miró con ojo crítico. Su cabello recientemente tinturado enmarcaba su rostro con un haz de luz, otorgándole un aspecto juvenil. Con una sonrisa de satisfacción, comenzó a dibujar sus cejas, luego esculpió sus mejillas y finalizó coloreando sus labios.

Luego de aprobar su imagen reflejada en el espejo, se dirigió al closet y cogió su vestido favorito. De color rojo, muy corto y escotado, le había deparado muchas satisfacciones y según sus amigos le sentaba como un guante.

Justo cuando finalizaba su tocado llegó Bruna, también muy producida, quien no pudo contener una expresión de envidia ante la apariencia de su amiga.

—Debes haber estado horas arreglándote, murmuró

—No tanto como tú, amiguita.

—Tienes razón, cada vez se me hace más cuesta arriba disimular las arrugas y poner las presas en el lugar correcto.

—No comiences. Mientras hay vida hay esperanza. Hace tiempo que no vamos al Club de Tango. ¿Y quién sabe? La noche es joven.

—Está bien, ya veremos qué pasa.

Ambas amigas eran viudas, económicamente independientes, y detestaban ser abuelas. Solían viajar juntas a distintos lugares del globo, y siempre estaban en búsqueda de panoramas para matar el tiempo pero, sin atreverse a confesarlo, para encontrar su media naranja.

Ya en la calle, y mientras Susana entonaba “La vida es un placer, genial, sensual...”, Bruna detuvo un taxi y ambas partieron a su gran noche. Sentadas ya en su mesa habitual en el Club de Tango, y luego de encender un cigarrillo, Susana cuchicheó en el oído de su amiga: Nuestros vecinos no dejan de mirarnos. Parece que estamos matando.

En ese momento, uno de ellos, un hombre de mediana edad, se acercó e invitó a bailar a Susana, quien rápidamente extendió su mano y aceptó la invitación. Después de dos o tres bailes, acalorada y eufórica Susana regresó donde su amiga para tomar su bolso. Guiñándole un ojo, le confidenció: Lo atrapé, es un hombre soltero, muy educado, que quiere conocerme más fondo. Y despidiéndose

abandonaron juntos el local. Como en otras ocasiones, Bruna se limitó a mover la cabeza diciendo: "Ojalá que por fin le achunte".

Al sonido del teléfono Bruna se despertó, enferma por los infames tragos del Club de Tango, y se preparó para escuchar detalles sabrosos de la aventura de Susana, pero ésta se limitó a decir: "Luego de sacarme el vestido, pero sin quitarme las braguitas, él se despidió moviendo la cabeza".

Nota: Este primer texto generado en el marco del taller fue realizado a partir de una tarea solicitada por la maestra: un texto humorístico. Sin embargo, el día de su lectura, me enteré que debía ser autobiográfico, pero lo dejé tal cual, porque ya no tenía tiempo de rehacerlo.

Anexo 2: ¿Qué textos lo han emocionado?

Nota: corresponde a otra tarea.

La Suite Francesa, primera lectura que hice de Irene Némirovsky, me emocionó de principio a fin. Me parece un brillante retrato intimista de la burguesía ilustrada, con una visión certera y feroz de una sociedad que, enfrentada a un conflicto bélico, ha perdido el rumbo. Es un testimonio profundo, conmovedor de la condición humana. Me impactó que fue escrito por una mujer judía que debió padecer la crueldad de la guerra, el dolor de la separación de su familia, y la ferocidad de un pogromo, resultando exterminada implacablemente.

En otro orden de cosas, El Principito, de Saint-Exupéry, es otro texto emocionante. Si bien en principio es una historia escrita para niños, nos trae un mensaje existencial para nuestra propia vida relacional de adultos. Uno de los dos personajes es un piloto, que se encuentra con el principito, un amable niño venido del espacio, que maravillado por nuestro mundo, todo lo ve en forma positiva y cuya frase central es "lo esencial es invisible a los ojos". Los encuentros y conversaciones entre ambos aportan un mensaje de vida al piloto, que le permitirá eventualmente retomar contacto con sus raíces y con sus posibilidades de devenir una persona mejor, con sus potencialidades en el tiempo para abrirse al futuro y ser auténtico.

Viviana Schulz Valdés

Retrato

Nací en Valparaíso el año en que se concedió el derecho a voto a las mujeres, para las elecciones presidenciales y parlamentarias. Primogénita del matrimonio formado por Agustín, un cuarentón empleado público, y Elia, joven y hermosa sureña. Bautizada como Viviana María soy la mayor de cinco hermanos, todos vivos con el favor de mi Dios.



Crecí en la ciudad que llegó a tener 330 molinos de viento a fines del siglo XIX, en una antigua casa quinta que formaba parte de una gran propiedad familiar, herencia de mis abuelos paternos. No tenía muros divisorios y me entregó para siempre la noción de espacio común: árboles, huertos, gatos y perros, parrones, pájaros y familia.

El terremoto de marzo de 1965 me arrancó de esa bucólica vida y con camas y petacas llegamos a Santiago a una casita chiquitita igual a cincuenta que la rodeaban. Mi adolescencia transcurre en Maipú y estudio las Humanidades en un liceo fiscal “para señoritas”, por el que nunca sentí afecto y del que huía a menudo, por lo que adquirí fama de rebelde. Sin embargo, o yo era tímida, tranquila, soñadora, solitaria.

Cuando el Presidente Allende asume el Gobierno ingreso a la Universidad de Chile, me transformo en el orgullo de la familia y parto a Valparaíso. Entre el mundo que se abre lejos de la casa, la lucha por la Reforma Universitaria, los besos arenosos en Las Torpederas, las

clases de Latín, Gramática Diacrónica e innumerables tipos de Literatura y el compromiso juvenil con la revolución pasan tres años. Es el Golpe de Estado lo que da un vuelco total a mi juventud, a mis sueños, a mi familia.

El 12 de octubre de 1973 comienzo a trabajar, con contrato y todo. Los años y las responsabilidades empiezan a sucederse, no era fácil formar familia en dictadura, pero me arriesgué y ser madre fue una bendita opción.

Trabajé cuarenta años en la educación privada, subvencionada y municipal, en treinta de los cuales hice clases y cuando se me empezó a quedar la cartera en las salas o cambiaba los nombres y parentescos a los alumnos y me enfurecía ante los pircings o graffitis, cambié de vereda y aporté desde el área técnico pedagógica a un sistema educativo que ya no me convenía.

Jubilada, pensionada de AFP, divorciada, abuela vivo este tiempo asumiendo las limitaciones que le han inventado a esta etapa de la vida. Me siento contenta de lo vivido y más aún con lo que día a día voy descubriendo: mis nuevos afanes y talentos.

La Susy

El abuelo fue ferroviario.

Hombre de pocas palabras.

Tenía casa, mujer, hijos, nietos y un corazón solitario.

Recorría el pueblo en su bicicleta equilibrándose para saludarnos, con una mano en alto tocando el ala del sombrero. Llevaba encargos, hacía visitas a los amigos vivos y muertos, traía noticias y cachureos.

Un día rescató desde una demolición un maniquí sin brazos, era una mujer de cara magullada y piernas largas, suaves y rosadas.

Pedaleó ansioso apretándola contra su cuerpo; le puso por nombre Susy y sonriente, se fue a dormir.

Esa noche el abuelo partió al cielo.

Piropo sanador

Una carilla autobiográfica humorística pidió como tarea de escritura la profesora del taller literario.

Me lo he repetido mucho en estos últimos días buscando entre los recuerdos todo lo que me ha hecho reír.

Ya lo dijo Lope de Vega, hace más de 400 años: “Un soneto me manda hacer Violante, que en mi vida me he visto en tanto aprieto...” y tal como él, de pronto se va hilvanando la historia.

Con mi bolsa de radiografías, órdenes de exámenes y muestras de orina bien protegidas, abordo un colectivo.

—Voy a O’Higgins con Pajaritos, donde está el centro médico.

—Suba, contesta el chofer. Me parece un hombre de mediana edad, quizás gordito, enterrado en su asiento de conductor.

Al rato escucho:

—¿Está enfermita?

Lo miro.

—¿Yo? En realidad no, solo un chequeo general.

Siento que murmura algo como un:

—Ah. Mmm.

Me meto en mi cartera buscando nada. No levanto más la vista.

Una larga vuelta, quizás innecesaria, y llegamos.

—Señorita, no sé qué es lo que usted come, pero siga comiendo de lo mismo porque ¡está muy re linda!

En mi imaginario bajo con una sonrisa de oreja a oreja, lanzo lejos las bolsas y mis caderas sesentonas se cimbran garbosas gritando:

—¡Sígueme negro!

Y, cual Fénix de los Ingenios, ¡el relato ya está hecho!

El patio de atrás

Hay episodios de la infancia que cuando asoman en los recuerdos me provocan una sonrisa o algunas lágrimas, la emoción aflora y no sé si es la pena de ya no ser esa inocente niña o la constancia definitiva que los viejos nos ponemos sensibles o llorones.

Crecer en una enorme y antigua casa quinta fue el marco apropiado para que mi fértil imaginación fuera siempre más grande que mi diminuta estatura. El selvático jardín era el espacio de mis padres donde compartían quizás su único interés común, plantar,

trasplantar o podar suspiros, alegrías del hogar, alas de ángel, espuelas del galán. En tanto, el patio de atrás, aparte de amontonar cachureos, escondía el secreto del huerto aromático con lechugas, rabanitos, y tomates, perfectamente ordenados y alineados, cual orgullosos servidores dispuestos al sacrificio diario de sus vidas en aras de una sabrosa ensalada o carbonada. Allí también crecieron los árboles domésticos que nos brindaron frutas a raudales; los animales, perros, gatos, gallinas, patos y loros, cuando vivían como tales, sin haberse humanizado ni transformado en mascotas protegidas por derechos internacionales, y el parrón sostenido en encorvados palos, escenario de los almuerzos domingueros.

Sin dudas, ese patio de atrás fue siempre mi lugar favorito, donde intenté comprender algunos misterios de la vida, como a los 5 años cuando mi mamá desapareció unos días y volvió con una guagua muy llorona que según ella encontró en una mata de repollo del huerto. ¿Nunca la sentimos llorar? ¿No se asustaba cuando corríamos por ahí? ¿Y en la noche se quedaba sola? Preguntas que hice y de las que no recuerdo respuesta alguna.

Así llegó mi hermana número tres y después hubo dos más, que no sé dónde los encontraron porque el patio de atrás se terminó y allí se instalaron los cimientos de piedra de la que sería nuestra nueva casa, la que nunca conocimos.

Sobre esos cimientos corríamos saltando de pieza en pieza y cantando “de piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera...”, una ranchera de Miguel Aceves Mejías, un mexicano con inmenso sombrero y unos tremendos pistolones a la cintura, que con la boca bien abierta, seguramente por cantar, nos miraba desde la carátula de un long play.

Con el paso del tiempo y ante el convencimiento de mi santa y señora madre de que no habría nueva casa, esa fortaleza de piedra se convirtió en un innovador y geométrico huerto: cada habitación producía diferentes hortalizas; un pasillo con habas; en el baño, perejil; los dormitorios tenían acelgas, zapallos y alcayotas. En fin, el sueño de la casa propia la llevó incluso a diseñar alambradas y puertas.

La pérdida de mi patio de atrás, mi natural curiosidad y cierta libertad que me daba el hecho de ser la mayor y no requerir tanta

vigilancia me llevó a husmear en los patios de las casas vecinas, pero por ahora ¡esa es otra historia!

Madre mía que estás en el cielo

Hoy cumplirías 95 años y ya van 10 desde que descansas en paz. Y aunque sea una frase cliché no hay día en el que no te recuerde, afloras en mi cotidianidad en cualquier momento: cuando extendiendo sobre la mesa del comedor alguno de los manteles que confeccionaste de diseño exclusivo y perfecto, sin haber asistido nunca a una clase de geometría o un taller de patchwork, o cuando me instalo a ver tele o leer y me acomodo en un lindo cojín o una manta tejida a crochet de lo que hoy llaman "grannys", multicolores cuadraditos de lana cosidos a mano y más aún ahora que soy dueña de casa a tiempo completo y me veo preparando albóndigas, carbonada, tomatacán, charquicán o leche asada, tal como lo hacías, y eso que no me enseñaste a cocinar.

Querida Elia, esta imagen y referente hogareño es el que más perdura en mí. Eras una mujer multifacética. Otros te recordarán por tus luchas sociales y tus compromisos políticos, pero todo nacía ahí, en tu humildad, sencillez y creatividad para enfrentar el día a día y hacernos felices.

Un beso, un abrazo, mi viejita amada.

Almas femeninas

Tengo una imagen difusa de mi infancia. Yo, sentada en las rodillas de mi padre leyendo titulares del Diario Ilustrado a mis tíos, en la terraza de una hermosa casa en el Cerro Alegre de Valparaíso; después, volver en tren a Villa Alemana con bolsas de dulces y una muñeca dormilona, regalos recibidos por ese paso decisivo en la vida: aprender a leer y además a los 5 años. Desde entonces no paré leyendo, de todo, todo: diarios, revistas noticiosas, historietas. Mi fama de lectora se difundió en la familia paterna y recibía en Navidad o cumpleaños lectura para todo un año.

Adolescente ya, viajaba a veranear a Santiago, a casa de unos tíos muy mayores y grandes lectores que vivían en el barrio Matta. Allí

disfrutaba, para mí sola y casi todo el día, de la biblioteca familiar. Mi tío Lucho dijo: “Vivianita, usted puede leer todo lo que quiera, pero no saque libros de este armario”. Varios días miré ese armario de madera, muy alto, con puertas de vidrios y una llave siempre puesta en la cerradura. Y así fue como caí en pecado. Lo abrí, miré y entre todo lo disponible me atrajo un libro pequeño que en su portada mostraba el rostro de una mujer joven y de pelo muy corto. *La Garzona* se titulaba. Lo llevé a mi pieza y lo metí bajo el colchón. Todas las noches leía algo, era apasionante la historia de esa mujer que al descubrir que su novio la engañó decidió vivir libremente con múltiples amores masculinos y femeninos. Toda mi vida de niña provinciana se remecía con esas historias, las descripciones de los besos, de las caricias, las cenas en lujosos restaurantes, la moda parisina, las fiestas.

Pero todo lo bueno se acaba. Llegó una visita y cambiaron mi cama a otra pieza. Aterrorizada miraba el traslado temiendo por mi libro. Pasaron los días y cuando volví a la biblioteca el armario estaba bien cerrado, sin la llave puesta y en una de las repisas descansaba *La Garzona*.

Sufrió ese resto de verano esperando un reto de mis tíos, asustada por lo que dirían mis padres, pero nadie dijo nada. En los primeros días de marzo regresé a mi pueblo, al despedirme en la Estación Mapocho, dejándome muy acomodada en un vagón de primera clase, mi tío me entregó un paquete con una selección de lecturas juveniles y el compromiso de comentarlas con él en las próximas vacaciones. ¿Sabiduría de viejo? ¿Enseñanza? ¿Aprendizaje? ¿Empatía?

Cuarenta años después accedí a través de internet a la lectura de la novela y esa primera lectura erótica que perturbó mi adolescencia pasó a un segundo plano al comprender todo el trasfondo social propuesto por Víctor Margueritte en relación con la posición de la mujer en la sociedad post primera guerra mundial, un difícil y doloroso camino hacia la equivalencia, hacia la igualdad armoniosa entre hombres y mujeres. Este es el camino que aún hoy estamos recorriendo, la Historia ha ido contando los avances y retrocesos que se producen en dicho trayecto.

Caminante por el círculo de la vida

Ana María Villarino

A mis nietas Sofía, Carla, mi nieto Diego y para Leonor que está por llegar, he escrito esta autobiografía por si un día se preguntan sobre sus antepasados:

*Así como el sol, se refleja en las profundidades del mar
Mi sombra guarda secretos de mundos incógnitos.
Hoy, es tiempo de recuerdos, de juegos de memorias,
Que se burlan desde el rincón de la verdad
Hoy, quisiera traspasar las fronteras de mi tiempo
Y acercarme hasta el tiempo de mis estelares ancestros*

Al iniciar esta autobiografía miro desde los primeros recuerdos de mi infancia hasta estos días, la veo como un círculo de formas concéntricas, un zoom de una cámara fotográfica, que se va ampliando en la medida que ha ido transcurriendo el tiempo.

En la inmensidad de los tiempos, en un momento determinado, llegue a la tierra, como la hija mayor de cuatro hermanos, en la familia que me toco nacer. Una familia que trato de recuperar en la memoria, pero solo logro encontrar algunos fragmentos, que llegaron a mí, a través de historias y narraciones parcialmente contadas, hay otra parte que el silencio, ya selló para siempre, la memoria viviente ya no existe, solo queda un sutil e imperceptible registro, que a veces se manifiesta en gestos, silencios o repetición de sucesos.

Al mirar hacia atrás, veo en estos pocos fragmentos de recuerdos, un hecho que se repite de generación en generación en mi historia familiar: la emigración y el exilio la han marcado persistentemente, esta dimensión de mi familia me ha dado un cierto sentido desarraigo pero por otra parte me ha ayudado a construir una visión de mundo más universal.

Mi abuelo materno ecuatoriano, salió de su país muy joven, a los 18 años, no se supo por qué motivos, nunca más estableció relación con su país o su familia, de este abuelo no quedan rastros, ni una carta, ni una foto, y solo se le recordaba como un gran lector y su recuerdo fue omitido como algo natural. Mi abuela materna, peruana de origen italiano, emigró a Chile con un hermano ingeniero que vino a trabajar a las salitreras. Las causas de esta emigración parecen ser de trabajo, y luego no sé por qué extraña razón mi abuela llega a Valparaíso donde conoció a mi abuelo, se casaron y se trasladaron al sur; vivieron en Concepción y Chillán ciudad donde se radicaron.

De mis antepasados paternos, por parte de mi abuelo, escuché a mi padre contar que llegaron de Argentina, huyendo de la dictadura de Juan Manuel Rosas, y se radicaron finalmente en Santiago. Mi bisabuelo, fue un funcionario partidario del gobierno de Balmaceda, debió exiliarse en Mendoza y volver posteriormente a Chile. Mi abuela paterna fue originaria de Chile, de la ciudad de Talca.

Siguiendo la línea ancestral de mis antepasados, yo también debí salir del país, primero Argentina y después a España, mi hija Bárbara, nació en Chile, vivió su infancia en España, la adolescencia en Chile y después, emigró a Madrid donde se ha radicado y formo su hogar y mi hijo Nicolás, nació en Galicia en donde pasó parte de su infancia, vino y se quedó en Chile.

Por las sincronías de la vida, llegó casualmente a mis manos, en el momento que escribo mi autobiografía, un libro sobre la emigración escrito en 1864, por mi bisabuelo paterno del cual casi no tengo referencia, pero de alguna manera da alguna respuesta a este carácter de mi familia. *"Pero, de todas las vías por las cuales las sociedades humanas avanzan hacia su perfeccionamiento, ninguna hai tan poderosa como la comunicación y trasmisión de los conocimientos útiles, de las ideas de un pueblo a otro i de una jeneracion a otra jeneracion. Mueren i pasan los individuos, los pueblos, los imperios, pero su memoria queda entre nosotros: recoge la historia las lecciones severas que nos legan las edades que ya fueron; pero los monumentos, los escritos, los prodigios que la ciencia realiza en la industria, forman el legado más precioso que*

reciben en herencia las generaciones que surgen. Emigran así las ideas en el tiempo i en el espacio”

En todo caso mi reflexión es que la identidad la constituyen muchos factores como, la emigración y el exilio, el mapa genético que heredamos todos los seres humanos, el lugar donde nacemos, las relaciones familiares y sociales, los aspectos psicológicos propios de cada ser humano, pero lo que conforma la particularidad de cada uno, es la apropiación subjetiva, con amor o desamor, que hacemos de los diferentes espacios, en que transcurre nuestra vida, como un entramado de micro instantes, que a semejanzas de los pigmentos de alguna pintura va estableciendo un trazado existencial, de este conjunto de vivencias que transcurren en el fluir de la vida, así se va delineando progresivamente nuestro modo de ser.

Los recuerdos que tengo de mi infancia, están dispersos, sin continuidad. Por la profesión de mi padre, militar, nos trasladábamos continuamente de ciudad, Santiago, Punta Arenas, Iquique, ya de más grande a los 5 años, recuerdo volver a Santiago, vivíamos en una casa muy bonita en la calle Pedro Valdivia, casa que mis padres debieron arrendar, para aumentar sus ingresos, el sueldo de mi padre no alcanzaba para el sustento familiar, nos cambiamos a vivir a la calle Ejército a una casa antigua, de color gris, en un segundo piso, poco acogedora, de techos altos, ventanas chicas, piezas grandes, murallas gruesas, en invierno muy fría, de ahí recuerdo algunos de los juegos que inventábamos con mi hermana, y las entretenidas visitas de mis primas para las vacaciones de inviernos. También eran días extraordinarios, las fiestas patrias, la parada militar, pasaba frente nuestra casa, era inicio de la primavera, y desde los balcones de la casa, veíamos con emoción pasar los diferentes batallones del ejército. Lo que aún no sabía que esa misma imagen de alegría de la infancia, después sería la tristeza de mi juventud.

Período feliz de mi infancia eran las vacaciones de verano, nos íbamos a la playa Tongoy, a la casa de una tía y nos encontrábamos con mis primas. En esa época Tongoy era un lugar poco conocido, una caleta de pescadores y algunas casas de veraneo, ahí nació mi afición

por los mariscos, erizos, piures, locos, machas y las exquisitas empanadas que preparaba mi abuela, en una rústica cocina de parafina. Ésta se guardaba en unos tambores grandes que destapábamos para mirar nuestro reflejo en el fondo y aspirar su olor.

La luz eléctrica llegaba al pueblo a las veinte horas y era una fiesta ver encenderse los primeros faroles que había en la calle, mientras los adultos encendían la radio para escuchar noticias, la onda se iba permanentemente, por la gran cantidad de interferencias. Ese era el único contacto con el mundo fuera de la isla, no existían los teléfonos, solo llegaban telegramas, y la luz se acababa nuevamente a las doce de la noche.

Por las tardes salíamos a dar vuelta a la isla, por caminos de tierra rojiza y arcillosa, mientras que en el suelo crecían diversas flores silvestres, que daban un aroma muy especial. En esa época los burros andaban sueltos por el pueblo y entraban a las casas en busca de comida, a veces nos despertaban por la mañana con sus rebuznos.

Recuerdo las noches jugando en el patio de la casa “al alto”, y que al tirar la pelota hacia arriba y levantar la cabeza, aparecía un espectáculo maravilloso, el cielo lleno de estrellas, que brillaban mucho, sobre un fondo muy oscuro: el cielo. Luego en la noche al acostarnos nos metíamos en la cama y llamábamos a los chimbiricocos, seres imaginarios que estaban debajo de las sabanas, después de jugar un rato con ellos nos dormíamos.

Nuestra vida en este ambiente era de plena felicidad, la playa era grande, de arena muy blanca, pasábamos largas horas en el agua, en la mañana temprano, mi abuela nos llevaba a correr desnudas para que el sol y el aire nos diera en todo el cuerpo, jugar, bañarse en el mar durante horas, sortear las olas, salir y tenderse en la arena, era nuestra vida diaria.

Siempre acompañadas de mi abuela esa bella mujer llena de ternura y magia, recitando poesías, relatándonos historias, de su familia en el Perú, el hermano César, quien después de estar en Francia se fue a vivir con los indios, las tías que se fueron a un leprosorio, una de ella contagiada con la lepra y la otra acompañándola. Como

también de su comunicación con los diferentes espíritus entre ellos "las benditas almas del purgatorio" o aquellos que por telepatía le avisaban ciertas cosas, como la llamada, de su amiga Zoila, comunicándole que estaba hospitalizada, a la cual inmediatamente fue a ver, encontrándola agonizando y las presencias que la seguían por la casa, como una nube blanca en forma de pelota. Estas historias las tomábamos con toda naturalidad y nunca las escuchábamos con temor, sí como algo extraordinario, en el fondo deseando que alguna



vez también nos sucediera.

De mi madre tengo el recuerdo, de ser ella, el primer contacto con la literatura, nos recitaba de memoria, cuentos y poesías, tenía un don especial para hacerlo, por la emoción que transmitía, los cambios de voz, el énfasis en determinados fragmentos, y los contenidos escogidos llenos de compasión y humanidad. En especial recuerdo el "Príncipe Feliz" de Oscar Wilde, aún creo escuchar su dramática voz diciendo *"Golondrina, golondrinita veo una mujer con su hijo enfermo..."* y siento el nudo en la garganta y las lágrimas contenidas de cuando la escuchaba. Paralelamente la recuerdo trabajando, actividad que fue rápidamente sustituyendo a la poesía para transformarse en su pasión de vida. Trabajaba jornadas extensas, tenía una energía extraordinaria, esta forma de trabajo, fue cambiando su carácter y se fueron acentuando algunos rasgos de su personalidad como el control, el autoritarismo que contrastaba con su actitud protectora y generosa. En sus inicios el trabajo se hacía en la casa de la calle Ejército, en una pieza muy grande, con varias operarias, y máquinas de coser, durante el trabajo se escuchaba, música mexicana especialmente rancheras y radioteatros. Previo a los días de Navidad el trabajo se intensificaba, y la casa se transformaba en una fábrica de muñecas. Llegaban los fardos

de algodón para el relleno, las cabezas, las piezas de género para hacer los cuerpos, y las caretas pintadas.

De esa pieza tengo un recuerdo particular, se encontraba ubicado en una esquina de la pieza un gran espejo, al mirar por el espejo veía la réplica idéntica de la pieza, sentía con intensidad el deseo de ingresar, en ese otro mundo, donde todo era igual pero a la vez tan diferente, tal vez fue mi primer interés de conocer mundos diferentes.

A veces acompañaba a mi madre a comprar géneros a diferentes lugares, como la fábrica Yarur, otras veces al centro a vender las muñecas a los Gobelinos y otras tiendas. De esa forma Santiago se hacía parte de mi vida cotidiana y se iba transformando en la ciudad que tanto extraño cuando estoy fuera mucho tiempo.

Con la mirada y la distancia del tiempo transcurrido, creo que mi madre, fue una mujer muy vanguardista para su época, sin estudios comerciales, perteneciendo a una época y a un medio donde la mujer tenía un rol muy tradicional, fue construyendo una empresa, movilizaba recursos, gestionaba la venta y la compra de materiales, contrataba personal, lideraba, formando una cadena y organización productiva muy grande. Para ella siempre existía el futuro los proyectos y nunca el pasado, del cual hablaba muy poco. Finalmente mi madre, siempre con su carácter empresarial, cambio de rubro dejo de hacer muñecas y se dedicó a la moda, donde le fue mucho mejor.

A diferencia, mi padre, fue un conservador de las tradiciones, siempre recordaba con nostalgia el pasado, sus vacaciones de infancia en el campo y su casa en Santiago, de la que se sentía orgulloso. Para él tenía un gran valor la honorabilidad y el bien común. A pesar de haber sido formado para la guerra, era muy conciliador y pasivo, tenía un gran sentido del humor, usaba las escenas de la vida cotidiana con imaginación, inventando historias muy divertidas. Otro rasgo de su personalidad era una gran capacidad de contactarse con la naturaleza. Aún recuerdo su tristeza y oposición a cortar un árbol inmenso y añoso, que se encontraba en el patio, aunque sus raíces ya levantaban el suelo de la casa.

Por otra parte mi padre siempre tuvo también algo de misterioso y enigmático, se conocía poco su opinión, a veces se ensimismaba en sus pensamientos. En los últimos años de su vida pude conocerlo mejor, era sencillo de pensamiento y de gran bondad.

*Mi mirada encanecida va bordando
Recuerdos en filigranas de plata
Entre este instante y mi pasado
Sentada en el balcón de mi infancia
Veo desfilar soldaditos de plomo
Que marchan al compás de un primitivo tambor
Veo danzar muñecas de porcelana
Con sonrientes e impenetrables miradas
Observo, más allá, en la imagen
De un espejo, la copia del día cotidiano
Y creo escuchar el lejano tic—tac del antiguo reloj familiar
Con su péndulo dando formas espaciales al tiempo,
A los días, las noches, los meses y los años,
En una secuencia temporal que nunca acaba,
Marcando con rítmica precisión, la fábula del tiempo*

A los 7 años ingresé al colegio, mi mundo por primera vez se amplió, salgo del círculo familiar, este es tiempo de certezas y respuestas absolutas, ingresé a un colegio de monjas, muy conservador y religioso, acogí la religión hasta llegar a la adolescencia, edad en que empecé a cuestionarme y hacer preguntas que nunca tuvieron respuestas. A partir de ahí comencé a tomar distancia de la Iglesia.

A los 17 años se podría decir que me independicé relativamente de mi familia, a mi padre lo empezaron a trasladar de nuevo a otras plazas, Cauquenes, Arica, Paraguay, yo me quedaba en Santiago, viviendo en diferentes lugares, en casa de familiares, sola o en pensión. Inicié mis estudios de Trabajo Social, donde el mundo se abrió a una realidad social desoladora, la pobreza corroía a la sociedad chilena, empecé a encontrar otras explicaciones a ese mundo social miserable,

comencé a tener ideas diferentes a las aprendidas en mi familia y al colegio, elije el camino de las transformaciones, fueron estos años llenos de esperanza, alegrías y hermosas vivencias de solidaridad. En un principio mientras estudiaba mis ideas eran aceptadas por mi familia, como algo curioso, pero cuando empecé a trabajar largas jornadas de trabajo voluntario, mis padres no aceptaron la forma de llevar mi vida.

Muchas veces he pensado qué motivos me llevaron por este camino y creo que hay una mezcla de factores que deben haber influido: tal vez fue el cuento del príncipe feliz abrió una sensibilidad hacia el mundo social y quise ser como la golondrina del cuento; tal vez la formación religiosa que tuve en el colegio, donde permanente nos contactaban con el sufrimiento de los pobres; y la vivencia de la realidad por mis nuevos estudios, fueron formando una cosmovisión de la vida donde la transformación social, fue para mí, la única manera de lograr una vida plena, con solidaridad y apego a la naturaleza humana.

En 1973 nace mi hija querida, Bárbara, en momentos tan oscuros de la historia de Chile, ella fue la alegría de mi vida en esos difíciles momentos. Me exoneraron del trabajo, y a su padre lo echaron de la Universidad. Viene el exilio, salimos de Chile con mi pareja y mi hija pequeña, en este momento recibimos mucha ayuda de mis padres que nos ayudaron a sortear el impacto del Golpe. Comienzo a conocer otros mundos que amplían aún más mis horizontes, primero Buenos Aires, ciudad llena de encanto, pero nos tocó un nuevo golpe militar, donde fueron detenidos y están aún desaparecidos unos amigos muy cercanos. Nos fuimos a España, con la idea de no cambiar nuestra identidad cultural para esas fechas, eran ya pocos los países de habla hispana donde podían entrar chilenos, estuvimos unos meses en Madrid sin encontrar trabajo. Nos quedaba una última oportunidad: mi exmarido quien ya había terminado sus estudios de medicina, se presentó a un concurso público, para realizar la especialidad. Debía elegir una ciudad donde postular, previamente hizo un estudio de cuál era la ciudad de España que tenía menos médicos, para tener más posibilidades de quedarnos en España. De esa forma azarosa llegamos

a Orense, de la cual no conocíamos nada. Desde ahí inicie una nueva vida durante casi 14 años. Orense era una ciudad pequeña fundada por los romanos, atravesada por el gran río Miño, y con muchas aguas termales, ciudad de piedra, con callejuelas angostas, llena de adoquines, casas de dos pisos, con balcones de fierro, y maceteros de flores colgando, una plaza mayor, que la rodeaban el ayuntamiento y varios portales, bajo sus columnas se encontraban cafés, bares, y alguna tienda. El clima en esta zona es permanentemente lluvioso, una lluvia continua fina y hace que uno perciba que está continuamente bajo una brumosa neblina, contrasta con el paisaje siempre verde con diferentes tonalidades, que resplandece con una intensidad de colores, en los momentos que sale el sol. Voy recorriendo ciudades y culturas milenarias al principio observar tantos siglos registrados en la piedra, me generan un cierto desasosiego, un tiempo después los hago nuevamente, parte de mi vida cotidiana. Nace mi querido hijo Nicolás y entran a mi vida nuevos amigos y otras formas de pensar, retomé nuevamente mis estudios e ingresé, a la bella y medieval Universidad de Santiago de Compostela a estudiar psicología.

El año 1988 retorno a Chile, ahora sin pareja y con mis dos queridos hijos. El retorno fue difícil, encontrarme con un Chile desgarrado, fue muy duro, intuyo que en las personas quedó un hilo de dolor y miedo fue la semilla que hizo germinar la desconfianza permanente de las personas. Las relaciones pasaban por un nuevo tamiz que tuve muchas dificultades en descifrar.

En este continuo moverme por el mundo, se ha ido creando en mi la sensación de que siempre estamos partiendo hacia otros mundos nuevos y acompañada de una sensación por la fragilidad entre la vida y la muerte, factores que no controlamos, nos pueden cambiar el destino, este pensamiento me lleva constantemente a pensar en lo inmenso de esta fragilidad. Puede ser un golpe de estado, un accidente en la calle, un terremoto que nos pilla en un lugar inadecuado, una guerra que no decidimos, o un meteorito que cambia su dirección en el espacio y cae sobre la tierra.

En esta fragilidad permanente, en que vivimos, me surge la pregunta ¿Porque nos preocupamos tantas veces de detalles, y no somos conscientes de nuestra mortalidad? La vida es un recorrido en un tiempo y espacio muy limitado, que no se vuelve a recorrer nuevamente y que tampoco tiene marcha atrás. Pero la vida también es una partida continua. Desde que nacemos hasta nuestra muerte, podemos recorrer siempre el mismo camino, podemos quedarnos pegados por algún tiempo en algún lugar, podemos hacer múltiples recorridos, pero siempre estamos partiendo hacia lo desconocido y quizás en ese partir permanente, en la búsqueda de nuevas esperanzas, está la inexplicable fuerza de la vida que nos permite vivir con esta inmensa fragilidad.

El proceso que viví desde que salí de Chile hasta el retorno a Santiago me es muy doloroso escribirlo cronológicamente, evocarlo con detalles me es muy difícil. Solo he logrado expresar las diferentes emociones de ese periodo de mi vida en los siguientes versos, del exilio, el retorno y finalmente el reencuentro

El exilio

Desgarro

Un día desde el centro de mi mundo

Resuena un rugido feroz, que se impone y doblega

Manos apretadas, mirada rígida

Pérdida, caos y dispersión en un punto desconocido,

Visiones de cuerpos retorcidos por el dolor,

Gritos y susurros de angustia,

Ruptura de los límites humanos,

En la infinita crueldad

Una a una inicia su caída,

Las imágenes del pasado

Quedando dispersas y abandonadas

En la confusión paradójica del recuerdo,

De vidas condenadas a transformarse en estatuas de sal

O de vivir bajo la amenaza,

*De disolverse con las lágrimas de la pérdida
Ojos reseco y vidas reconstruidas
Desde el vértigo del acantilado
Sin cobijos ni sostenes, sobre los cimientos
De mundos arrancados por la vorágine del pasado.
Un ruiñeñor de luz y mi pasión por la vida
Me ayudan a traspasar el sutil e invisible
Umbral de mi cultura.
Siento, en las entrañas de mi existencia,
El doloroso desgarro de abandonar
El azul profundo de las aguas turbulentas
Del Pacífico mar, en que me tocó nacer.
Pierdo la mirada, de la montaña misteriosa e inmutable
Guía silenciosa de mi infancia
Me saluda, un abrazo tembloroso
Con tú historia milenaria,
Que se perpetúa en la piedra
Tallada en palacios, pórticos y monasterios.
Cruceiros de piedra orientan mi camino.
Robles, nogales y castaños me cuentan
De edades para mí desconocidas
Amamantan a mis hijos los frutos de tú tierra generosa
Y la savia de tus sueños, penetra por su piel.
En tus grandes y rudas manos me reencuentro,
Con el calor del sol y la luz de las estrellas
Nuevos hilos de fragancias colores y sabores
Van bordando mi camino
Con motivos cercanos, con recuerdos perdidos,
Con amores disgregados en la tibieza de las sábanas,
Con historias sin inició, que se van confundiendo,
Que se pierden al cerrar las puertas de mi hogar
Y que terminan en la multitud de las ciudades.
Así el círculo infinito de la vida
Con ritmo cadencioso da inició a otras vidas,*

*A veces en el silencio de una noche insomne,
Aparece un recuerdo desgastado de la infancia
Que otra noche festiva se encarga de borrar
A veces en el juego azaroso de las llamas de un fogón
Se van dibujando figuras lejanas
Aparece un recuerdo, que otra llama se encarga de borrar
Así un hilo invisible de nostalgia me
Va trizando el corazón.*

Retorno

*Como el movimiento de una mariposa
Puede conmocionar el universo
Un pensamiento efímero y nostálgico
Puede cambiar nuestra historia,
Como un péndulo oscilante
Nos trae, nos lleva, y nos deja
El retorno es frío, confuso y nebuloso
Ya todo ha cambiado de lugar
El verbo no coincide con el nombre,
La ternura escapo por el espacio que dejó el olvido
La vida ha esculpido en el horizonte de mi existencia
Imágenes de vivencias petrificadas,
Que se unen a volubles recuerdos,
He vuelto, pero con ropajes extranjeros,
Mis ojos ya no ven lo que otros ven
Bajo tierra, por las huellas del miedo y desamor
Camina un ejército de seres mutilados
Derrotados de una guerra no declarada,
En una procesión fantasmagórica de sombras silenciosas
Como monstruos goyescos, se miran entre sí
Odiándose mutuamente, al ver en el otro
Un reflejo luminoso del fracaso de sí mismo,
Son seres que no lloran ni se enojan,
Solo un denso pesar en su caminar
Denota la inmensidad del dolor acumulado*

*Cuenta la leyenda que para sobrevivir
Han escondido la mitad del alma
Para que las penas no mutilen su existencia
La ciudad en algunas ocasiones
Se sacude de tormentas arenosas
Que vienen del desierto
Polvo mezclado con el polvo de los huesos
De los hombres ya desaparecidos
Seres que aún mantienen su presencia
En las trincheras de la ausencia
Siento la ruptura del vínculo de la propia naturaleza
En busca de una identidad desconocida
Camino entre mundos excluyentes y fuera de mi misma
Tal vez condenada al exilio desde antes de nacer*

Reencuentro

*Un día cualquiera en la hora del infinito
Cuando el día no es día y la noche no es noche
A lo lejos se escucha desde la blanca montaña
La música de una solitaria quena
Caen pétalos de flores en una lluvia fragante y suave
Empiezo a disolverme y reconstruirme
En el agua cristalina
Del arroyo que cae por la montaña
En la montaña que se levanta en el espacio elevándose al cielo
En el fuego que nace de las extrañas de la tierra
En el mar que se agita en esplendorosas olas
Siento que soy la brisa salpicada de agua
Y sal a la orilla del mar
Navego sobre el ocaso del atardecer,
Entre arboles encarnados
Que encantan el firmamento
Danzo entre blancas montañas azuladas,
El calor de mi mirada*

*Arrulla los pétalos de las flores
Mariposas multicolores parpadean sobre mis ojos.
Mientras que el rocío de la mañana
Se disuelve en cristales,
Los pétalos de las flores
Se despiertan de su placido sueño
La luz de las estrellas se desplaza,
Yo a paso lento camino
En los albores del amanecer*

Haiku

*Este mismo paisaje
Oye el canto y ve
La muerte de la
Cigarra*

Ahora en esta última etapa de mi vida el círculo se va cerrando y las experiencias vividas me parecen una historia lejana y paralela, hoy navego entre el amanecer y el ocaso del crepúsculo, con preguntas que asumo con tranquilidad, tal vez ya nunca encuentre las respuestas que a veces con impaciencia esperaba tener en mi juventud. Me siento en paz y creo que otra forma de vida ha continuado a mi existencia, basada en la búsqueda de un mundo interior donde priman, la belleza, nuevos conocimientos y conectarme con la vida desde otras sensibilidades.

Solo me queda agradecer a mis padres haberme dado la posibilidad de esta gran aventura que es la vida, a veces vivida con amor, a veces llena de soledades, unas cuantas veces dramáticas y otras con muchas alegrías.

Recuerdos con olor a canela

Yolanda Zeitun

Quito

Nací en una ciudad chiquitita perdida entre montañas, cubierta por un cielo azul profundo, rodeada de nubes rosadas, iluminada por un sol brillante que desaparecía en cuanto llegaba la lluvia, pero cuando esta se retiraba se podía contemplar un arcoíris con todo esplendor de sus colores.

Fui consecuencia de... como éramos la mayoría de los hijos, no deseada ni esperada. Me amamantó una indiecita quichua de quien apenas recuerdo sus rasgos, pero sí su cariño y su sonrisa, también su sufrimiento por tener que usar zapatos cuando estaba conmigo. Durante mis primeros años creí que ella era mi mamá y así la nombraba. Este hecho debe haber desarrollado en mí un interés especial por conocer los pueblos primitivos de América, sus culturas, sus formas de organización social, sus cultos y creencias. Llegué a la conclusión que en muchos aspectos eran superiores a los conquistadores, quienes en su ignorancia destruyeron conocimientos muy valiosos.



De mi primera infancia tengo recuerdos difusos por causa del trabajo de mi padre. Viajábamos mucho entre Ecuador, Perú y Chile, siempre en barco. Me veo con mi hermano corriendo por cubiertas llenas de gente. Otros recuerdos tipo flash son caminar por la playa en Lima con traje de baño, que me parece era de lana y picaba mucho, con zapatillas de caucho para no pisar la arena. En Quito, los domingos, la misa de 12 era imperdible. A la salida había vendedoras indias con sus

grandes canastos ofreciendo alimentos típicos que envolvían en papel de diario.

Los años pasan, mi hermano ya tiene edad escolar, fijamos residencia en Quito. Esta decisión me abrió un mundo feliz lleno de risas y juegos. Mi madre pertenecía a una familia de nueve hermanos, lo que para mí significó cantidad de tíos, tías, primos de todas las edades, hasta abuela. Cumpleaños, bautizos, primeras comuniones, todos pretextos para juntarnos. Vacaciones en el campo, juegos interminables, complicidades, travesuras. Cantos, bailes, piscina, pelota, la vida era eso. La abuela nos llevaba al gran paseo: tomar leche al pie de la vaca. Todo parecía ser tan sencillo, tan honesto, tan puro.

Cómo olvidar la fiesta de Año Nuevo con su Año Viejo, personaje de paja, tamaño natural y con máscara de viejo, casi siempre vestido con ropa del papá. Lo quemábamos a las doce de la noche. Este “viejo” estaba lleno de petardos que estallaban para gran placer de todos. Nosotras las niñas vestidas de negro éramos las viudas, salíamos a pedir limosna, que eran golosinas.

El día de difuntos los mayores tenían que vestir de negro, y de blanco los niños, comer pan en forma de humano y tomar mazamorra morada. Había tantas tradiciones, tanta magia, tanto amor.

Un recuerdo que me entenece, quedarme a dormir donde mi abuela Lolita. Antes del atardecer me llevaba donde sus amigas que me ofrecían un canelazo, té de canela y supongo para ellas lo servían con picardía, licor, y a mí con mucha azúcar. Sentada en medio de sus chácharas disfrutaba de mi bebida sintiéndome “grande”.

Pasaje solo de ida

Pero se declara la guerra entre Ecuador y Perú. La atmósfera cambia. En nuestro mundo feliz aparecen los malos, y nosotros, los buenos, debemos aprender a odiar, a no querer. Fue fuerte, los peruanos eran enemigos, marchas, misas, procesiones para ayudar a nuestros soldados. La guerra la ganó Perú, que ocupó parte de nuestra tierra, no perdonaremos jamás, aún siguen cada cierto tiempo escaramuzas en

la frontera de ambos países. El ambiente era de vencidos, menos risas, menos alegría, menos despreocupación.

Era el año 1941, el mundo estaba en un proceso de odio, de oscuridad, de horror que culminará con el nazismo y sus campos de exterminio. Había un desconcierto general.

Mi papá decide volver a Chile, iríamos nosotros a reunirnos con él, pero mi mamá y yo no concebíamos la idea de abandonar la familia. Sin embargo hubo que ceder y en abril de 1943 emprendimos el viaje. Era en plena Segunda Guerra Mundial y había peligro de ser atacados por submarinos. Nuestro barco era pequeño, viajábamos despacio y con escasa luz por las noches. En Guayaquil embarcamos ocho personas, cuatro adultos y cuatro niños. La preocupación de los mayores por nosotros nos producía la sensación de sentirnos héroes en peligro. Nunca vimos un submarino, en cambio sí delfines que seguían el barco.

Al llegar a Chile, en Arica el barco se llenó. Embarcaron militares que habían cumplido su tiempo en la ciudad y volvían a Santiago. Subieron muchos niños que se unieron a nosotros, el resto del viaje fue de juegos y amistades. Ahí escuché por primera vez la palabra “once”, me costó entender que estaban indicando la hora del té.

En ese momento no me percaté lo drástico de ese viaje, pensaba que solo era un viaje más y que luego volvería. Nunca he vuelto a Ecuador.

Santiago

Finalmente llegamos a Valparaíso y encontramos a mi papá después de dos años. Santiago me pareció una ciudad grande, pero Quito era más lindo.

Alojamos en una residencial donde había varias personas que venían de Alemania. En ese momento no sabía la existencia de los campos de exterminio. No supe que tras esas miradas tristes había un sufrimiento atroz, experiencias inhumanas. Años después comprendí el horror por el que habían pasado y aún hoy me estremezco pensando que viví un período tan nefasto.

Mi vida se organizó, empecé a ir al colegio, conocí amigas, era buena alumna. Los domingos iba con mi papá a misa, después subíamos al cerro Santa Lucía a comer barquillos.

El matrimonio en cambio andaba muy mal y mis padres se divorciaron. Mi deseo era irme con él, pero en aquel tiempo la opinión de los niños no tenía ningún valor. Mi hermano entró interno al colegio. Mi vida cambió, tuve que adaptarme a otra realidad en todo sentido. Al colegio llegaron niñas francesas que venían huyendo de la guerra y las persecuciones, sus relatos me mostraron un mundo que ni siquiera sospechaba podía existir. Supe de sufrimientos extremos, penas, inmensos horrores vividos.

Tomé conciencia de la soledad, fue una experiencia muy profunda. Descubrí entonces la compañía de los libros y desde entonces soy una lectora insaciable. Me sentí adulta, tenía doce años.

Baires

Dos años transcurrieron y mamá se volvió a casar. Al poco tiempo mi padrastro fue transferido en su trabajo y nos fuimos a vivir a Buenos Aires, ciudad que encontré preciosa. Sus edificios, sus calles, sus avenidas, me encantaron. Su mundo cultural era riquísimo y allí conocí el teatro, la ópera, los conciertos. Aún recuerdo que nos paseábamos por Avenida Corrientes escuchando tangos. Para mí fue doblemente bello porque me encontré con mi papá que vivía allá, y que también se había vuelto a casar. Era la era del peronismo y Argentina estaba en todo su apogeo.

Entré al colegio, donde muy seguido nos llevaban a marchar por Perón. “Perón, Perón, que grande sos, sos el primer trabajador”. El amor u odio por Evita era un tema diario, pero primaba el amor y reconocimiento por toda su obra hacia la mujer y el pueblo.

Tres años después volvimos a Santiago, vuelta a la rutina, colegio, amigas, empezó la época de pololeos y bailoteos.

Los años pasaron y llegó el príncipe azul.

Amor

Es seguramente la palabra, el concepto más repetido y analizado en literatura, arte y música. En todos los sentidos: felices, tristes, amargos, no hay ninguna emoción más estudiada. Sin embargo cuando es nuestro sentir, es diferente, no son mariposas en el corazón ni latidos acelerados, es una luz potente que nos ilumina, es un bienestar profundo, es la certeza de haber encontrado un camino, el verdadero, el que buscábamos.

Lo conocí en una fiesta, nada especial, no fue amor a primera vista, al contrario, lo encontré pedante y no muy simpático pero su insistencia me ablandó y acepté salir con él. Poco a poco, al conocernos, comprobamos nuestras diferencias, lo que nos fue uniendo: explorar otra visión de todo era curioso, replantearse los por qué, dudar de las verdades, en su caso aterrizar a la realidad del entorno, por mi parte abrirme a un mundo desconocido.

Nos casamos cuarenta días después, él tenía que viajar y fui su compañera. Nuestros primeros tiempos solos, sin amigos ni familia, fue una experiencia buenísima, nos sentíamos uno solo, nuestra relación era perfecta, una complicidad sin límites.

Pero los años pasaron, llegaron dos hijas, volvimos al mundo y nada fue igual. No teníamos la madurez para manejar obligaciones y responsabilidades, la complicidad se esfumaba, la verbalización en la convivencia nos apartaba. No supimos reconocer prioridades y terminamos nuestro matrimonio.

Hace de esto muchos años. Ninguno de los dos volvió a tener una pareja estable.

París

A lo lejos se divisaba la inconfundible silueta de la Torre de Eiffel. Los parlantes anunciaban el aterrizaje en el aeropuerto de París, todo me parecía un sueño. Desde siempre quise conocer la Ciudad Luz y hoy llegaba a vivir en esta hermosa ciudad.

El destino me había cruzado con un francés, con quien me casé. Después de vivir algunos años en Buenos Aires nos trasladamos a París.

Él viajó antes, y hoy llegábamos mis dos hijas, de tres y cuatro años, a juntarnos con él.

En el aeropuerto nos esperaba acompañado de alguien que no conocía: su madre. Ella nos recibió con grandes y cariñosas sonrisas, pero su mirada reflejaba su desconcierto ante esta nuerca sudaca, nuestra conversación se basó en el que yo debía cambiar mi apariencia, debería adquirir un aire más parisino. Para el primer paso me llevó a la peluquería, gran diálogo, incomprensible para mí, entre ella y la peluquera. Luego mi pelo pasó a ser el punto principal. Después de largo tiempo me pusieron un espejo donde se reflejaba una rubia platinada con un importante peinado. Apenas me reconocí, esa persona era muy lejana a mi apariencia habitual. Mi suegra y la autora de este trabajo se veían felices.

De vuelta a casa, ante las miradas atónitas de mi marido e hijas, me puse a reír pero me duró poco, estallaron gritos entre madre e hijo y orden de volver mi pelo a su color natural.

En aquel tiempo no había tinturas, los profesionales del rubro preparaban los colores en base a agua oxigenada y otras cosas.

Al día siguiente, vuelta a la peluquería, las sonrisas se habían borrado. La segunda intervención volvió mi pelo color zapallo. Llegada a casa, misma reacción del día anterior, pero más intensa.

Tercera tentativa de arreglo, el zapallo quedó con visos verdes. La reacción en casa fue diferente, no hubo gritos ni carcajadas y mis hijas preguntándome por qué me disfrazaba de payaso...

Para finalizar, tuve que cortarme casi al rape. No conseguí un aire parisino, más bien logré un aire penitenciario.

Alice

Había llegado el momento de conocer a la abuela.

En cuanto abrió la puerta mis ojos encontraron los suyos, eran brillantes y de un extraño color violeta que contrastaba con su pelo blanco. Alta, a pesar de su espalda encorvada por los años. Era fácil percibir su antigua belleza. Sus manos de dedos largos que, al igual que su cara, estaban surcadas de arrugas y manchas, no podían ocultar su

pasado. Su vestido elegante mostraba el paso de los años, algo desteñido y pasado de moda. Nada sin embargo parecía afectar su ánimo, conversaba con nosotros, se preocupaba que las niñas no se aburrieran, ellas la miraban al comienzo con extrañeza pero al poco rato las había conquistado con toda la bondad y cariño que emanaba de ella. El amor a la vida parecía ser su principal atributo, su curiosidad, su visión de un futuro sin fin.

Vivía desde siempre en el barrio latino, barrio antiguamente muy bohemio y vanguardista, como probablemente fue ella. En su departamento había soportado las dos guerras mundiales. En la primera, fue atacada por cañonazos, en la segunda sobrevivió a la ocupación nazi alimentándose como podía y escondiendo a quien la necesitaba. Vivía sola, era autónoma, caminaba mucho siempre por su barrio acompañada de sus recuerdos.

No le llamó su atención mi condición de sudaca, al contrario, quería saber más de estos países desconocidos y misteriosos.

Poco tiempo después falleció, guardo de ella el recuerdo de una gran dama de otra época.

Mi primer trabajo

Tres meses habían pasado desde mi llegada a París, la Ciudad Luz. Más la conocía, más me maravillaba cada avenida, cada monumento, cada edificio bajo la luz que desprendía su cielo color lila, era una visión inolvidable, un pleno de belleza. Cumplía todos mis sueños y más.

Pero también había que afrontar la realidad: buscar trabajo. Como mi francés no era suficientemente bueno, opté por tomar un curso de computación que en la época eran máquinas como el programa Excel actual y se utilizaban en los bancos para la mantención de las cuentas corrientes.

Terminado el curso, me dirigieron a un banco donde tendría mi primera entrevista de trabajo. Estaba situado en un barrio burgués, un edificio clásico de piedra del siglo XIX con sus dinteles de puertas y ventanas talladas, un gran hall donde abundaba el mármol, cuadros y lámparas, todo con una elegancia fina pero austera.

El ejecutivo que me recibió era cortés y amable, alrededor de la cuarentena, vestimenta formal, escritorio de caoba, importante biblioteca, sillones de cuero, alfombra persa. Todo sobrio.

—Madame, ¿su nacionalidad?

—Francesa por matrimonio.

—¿Dónde vivía de soltera?

—En Chile.

Cara de asombro y estupor.

(Chile significa ají, en francés).

—¿Existe un país con ese nombre?

—Sí señor, en Sudamérica.

—¿Nació allí?

—No señor, en Ecuador.

—¡Pero eso es África!

—No, es América del Sur.

—¡Ah! Conozco alguien en Venezuela, tal vez usted lo conozca.

—Difícil, señor Venezuela está al norte y Chile al sur. Son países muy lejanos.

Su mirada era cada vez más perpleja, desconfiada y curiosa. Parecía estar entrevistando a una extraterrestre.

Finalmente me contrató, a prueba, por tres meses, pensando que tal vez que para entonces ya sabría de dónde venía.

Mayo 68 a domicilio

Me despierto inquieta, el despertador no ha sonado, afuera no hay ruido, recuerdo entonces que el país está en paro total, miro el reloj, queda poco tiempo para el corte de agua, niñas despierten, apúrense con la ducha. Pienso en mis vecinos franceses, para ellos la ducha diaria es algo innecesario, más bien sospechoso. Más de una vez me han preguntado si tenemos alguna enfermedad que necesitamos lavarnos tanto, cómo decirles que tal vez tenemos distinta sensibilidad olfativa.

Vivimos en un suburbio a 45 minutos en tren de París. Hasta aquí no llegan marchas, protestas o revoluciones, pero sí la mayoría de los

habitantes trabajamos en París. Como no hay ningún medio de transporte, no hay trabajo.

Tener días libres sin la angustia de correr al trabajo, llegar a la tarde apurada a ocuparse de los deberes, hacer la comida, etcétera, etcétera, estos días es un regalo inesperado.

Propongo ir a caminar, lujo imposible en la vida diaria, donde siempre estamos compitiendo con el reloj. En las escaleras nos cruzamos con vecinas con quienes habitualmente intercambiamos un educado *bonjour*, hoy agregamos una sonrisa, luego unas palabras, caminamos juntas, intercambiamos datos de dónde encontrar comida o lana. No acostumbradas a no tener nada que hacer, tejemos. Salen a relucir palillos y crochet. Dos españolas invitan a un tecito, vamos a su departamento, en el comedor tiene una jaula con pollitos. Ella y su marido estudian algo relacionado con aves. El ambiente se relaja, las sonrisas pasan a risas, reconocemos estar dichas con estas vacaciones imprevistas, pasar días con los hijos, hacer actividades de agrado, sin obligaciones.

Bendito Mayo 68, días tranquilos sin reglas, sin jefes, sin trenes y metros atiborrados y practicando la libertad, igualdad, fraternidad, mensaje de todas las protestas y revoluciones.

Regreso

Los años pasan, el matrimonio se termina. Regreso a Chile.

Me recibe un Santiago casi desconocido, recuerdo una ciudad tranquila, amistosa, y encuentro una capital agresiva, rostros hostiles y malhumorados, Ahumada y Estado ya no son calles principales, han cambiado su perfil, sus casonas tradicionales han sido remplazadas por edificios impersonales y sin recuerdos, la Plaza de Armas luce cansada y el edificio de Correos parece marchito.

El centro ha emigrado a otros barrios, sectores antes campestres abrigan ahora casas modernas con jardines llenos de flores, una ciudad moderna.

Mi querido cerro Santa Lucía me recibe como siempre, desde su altura me enfrento con la cordillera y siento que volví a casa.

Empiezo una vida nueva, encuentro antiguas amistades que guardo hasta hoy. Tengo experiencias buenas y también malas. Sin darme cuenta llego a la tercera edad, la edad del descanso y la paz, sin embargo siento que algo me falta. Dentro de mí hay un desasosiego, un vacío, no haber contestado la pregunta ¿por qué estoy aquí? La respuesta la encontré en el Valle del Elqui.

El Valle del Elqui: camino mágico

Después de varias horas de viaje, al fin llegamos. Después de abandonar La Serena y atravesar esos pueblos con sabor a Gabriela, empezamos a descubrir los inolvidables cerros y montañas del norte. Primero cubiertos de desparramados matorrales verdes, que luego empiezan a vestirse de piedra y misterio, algunos me parecían imitar el perfil de Gabriela. Al paso van tornándose más altivos, ya tienen su porte de montaña y se cubren de su manto rosado rocalloso, ¡bellos! Nos muestran sus misteriosas figuras que desprenden energía y paz.

Nuestro destino era al final de Cochiguaz, lo más alto, casi frontera con Argentina. Al descender del auto me sentí proyectada hacia un océano de aire puro y luz. Mientras los demás ubicaban sus maletas y cabañas, mi instinto me urgía a caminar hacia arriba para contemplar el paisaje. Me senté en una piedra y recorrí con la mirada cada montaña, ninguna era igual a la otra. Unas lucían sus capas majestuosas, otras portaban su corona blanca, en cada una encontraba una faceta diferente, unidas por el silencio, la paz misteriosa y la fuerza arrolladora que desprendían. Las lágrimas me corrían, la emoción era parte de mí. No sé cuánto tiempo pasó, alguien gritó mi nombre y regresé. Al llegar abajo era noche y miles de estrellas brillaban en un cielo negro y protector.

Mi vida empezó entre montañas, y tal vez por eso en este valle encuentro mi paz y mi profundidad. Mi primera pena fue alejarme de mi familia, de mi lugar, de mi entorno, pena que creo me acompañó siempre. Más aún porque a lo largo de mi vida viví en muchos países y tuve muchas despedidas.

Este continuo cambio desarrolló en mí una búsqueda de un anclaje más fuerte, que estuviera donde estuviese, siempre estuviera conmigo. Pienso que desde entonces busco una fuerza espiritual que me acompañe eternamente.

Si pienso en una línea que ha caracterizado mi devenir, ha sido la curiosidad, el aprender, el saber más, no como un sentir intelectual, sino de conocimiento humano. Una búsqueda de dónde estoy, cuál es mi lugar en mi mundo. La respuesta creo vislumbrarla, soy un yo pequeñito de un todo infinito que sin embargo me necesita para dar amor, nada más.

A lo largo de mis muchos años he vivido penas muy grandes, sobre todo por separaciones. Cada una de ellas me ha producido rabia, enojo, pero también experiencia y crecimiento. También me ha enseñado a perdonar y perdonarme.

Los años pasan y sin darme cuenta, expectativas, anhelos, sueños, han ido pasando sin cumplirse, cambiando su forma por algo imprevisto, a veces más allá de esperado, pero siempre imprimiendo una enseñanza y experiencia.

Cuando detrás de mí veo tantas personas que han cruzado mi vida, tan diferentes y tan iguales, al fin, valoro la amistad, la solidaridad, la tolerancia, la generosidad, el haber tenido una mano para guiarme, un hombro para llorar, un abrazo de recompensa, una voz que me cante, unos ojos que me transmitan ternura.

Lo mejor que me ha pasado son mis nietos, ellos me ayudaron a adaptar mi formación mágica y humanista a su mundo digital.

Ellos son los guías de mi curiosidad por la vida actual, tan diferente al mundo en que nací.

Para el porvenir solo busco amor y paz.

En paz

Amado Nervo

*Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;*

*porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje la miel o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.*

*Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!*

*Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...*

*Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!*

